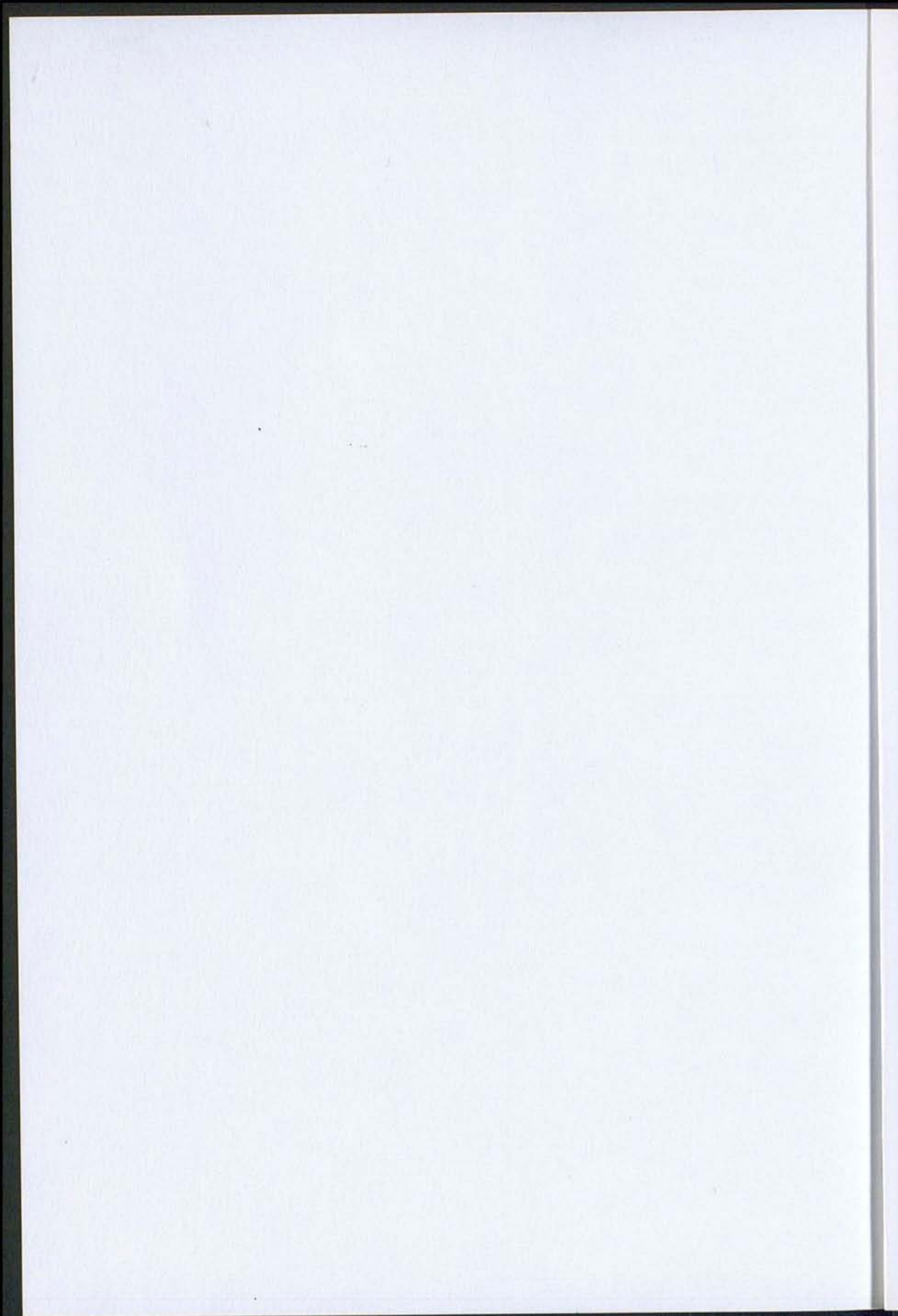


La breve eternidad de **Morfeo**



RAFAEL MANJÓN-CABEZA GUZMÁN

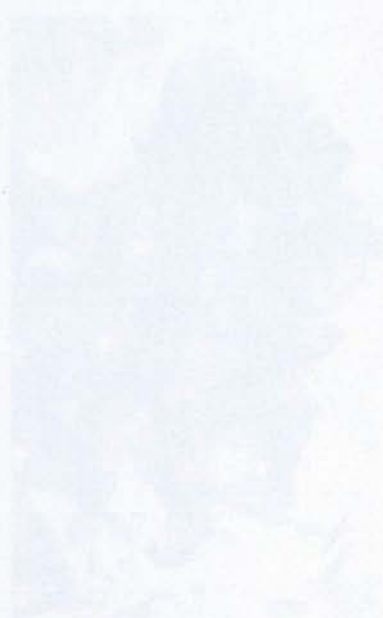
20



EDUARDO MONTÓN-CABEZA GUZMÁN

LA BREVE ETERNIDAD DE MORFEO

LA BREVE ETERNIDAD
DE MORFEO



R/53093

RAFAEL MANJÓN-CABEZA GUZMÁN

LA BREVE ETERNIDAD DE MORFEO



CABRA, 2010



R/53093

© Familia Manjón-Cabeza Guzmán

Ilustraciones: Salvador Guzmán Moral

Portada: Antonio Arévalo Morillo

Dirección de la edición: Antonio Roldán García

Edita: AYUNTAMIENTO DE CABRA
Delegación de Cultura

Depósito Legal: CO-1013-2010

I.S.B.N.: 978-84-936789-9-9

Imprime: C.E.A.G., s.l.®

<http://www.ceagsl.com>

CABRA (Córdoba)

PRÓLOGO

Para nuestro eterno Rafa.

Querido Rafa, aunque nunca te gustó la fama, aunque siempre fuiste extremadamente modesto y humilde, creo que el mundo debe saber, antes de leer tus obras, quién y cómo era la gran persona que se escondía tras el autor de estos relatos.

Todos deben saber tu amor por las ciencias y las letras, tu gran afición por escribir y tu inconmensurable pasión por la música. Hombre de infinito corazón, valiente, decidido, sincero, claro y directo, nos enseñaste entre otras muchas cosas como vivir sin fe, sin religiones, con la única ideología del Amor puro a quienes te rodean. Amor que sólo tú sabías entregar de una forma tan sincera, con tanta solidaridad y tanta nobleza sin esperar nunca nada a cambio. Tus lecciones de sabiduría, de saber estar, de cultura quedarán infinitamente en la memoria de los que tuvimos el placer de compartir horas enteras de charla contigo. Tu optimismo siempre realista, nos enseñó a valorar cada segundo, cada acto, cada sentimiento vivido y nos enseñó a sentirnos afortunados con la sencillez de nuestras vidas.

Cosmopolita egabrense, adorabas y soñabas con viajar por todo el mundo, y en parte, con tu increíble imaginación nunca dejaste de hacerlo. Tu forma de contar historias es única, irrepetible, escudriñando el alma y el paraje de cada escena, cada personaje, cada emoción y vivencia. Tu percepción del mundo, siempre ade-

lantada a tu edad, a tu época, hace de tu poesía y tus relatos un manual de sabiduría, de mente ávida y crítica como pocas. Siempre al corriente de lo que acontecía en el mundo, supiste como pocos escribir artículos, poesías y relatos llenos de inolvidables vivencias y de una visión auténtica, original, crítica y sensible.

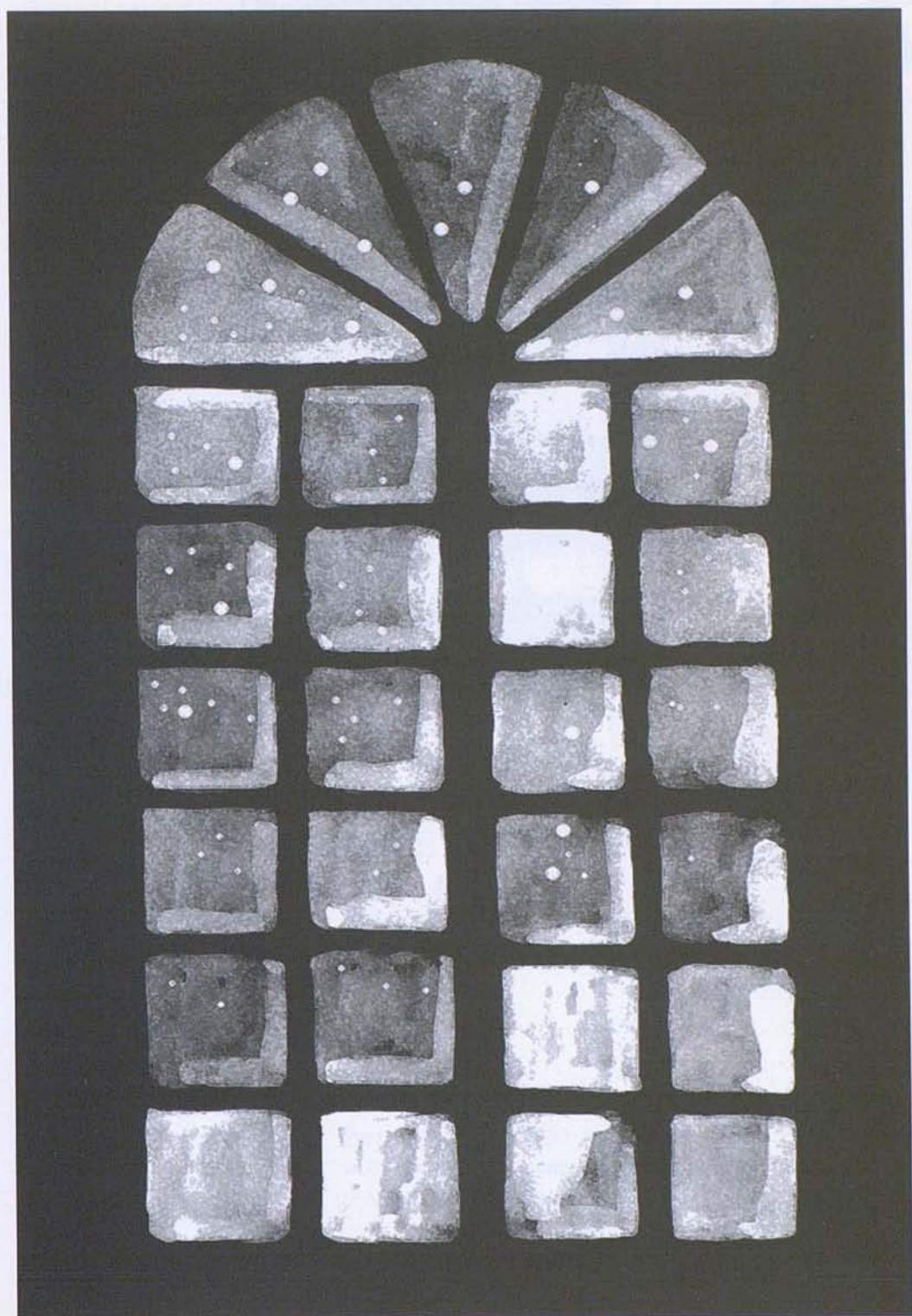
Pocos como tú pueden presumir de vivir y morir con tanta dignidad, con tanta personalidad, con tanta entereza. Ahora además de amigo, hijo, hermano, sobrino, nieto y pareja ideal, eres autor de unas obras que, aunque cómo tú decías te parecían incipientes y mejorables, son dignas de admirar por su visión actual, viva, original e irrepetible.

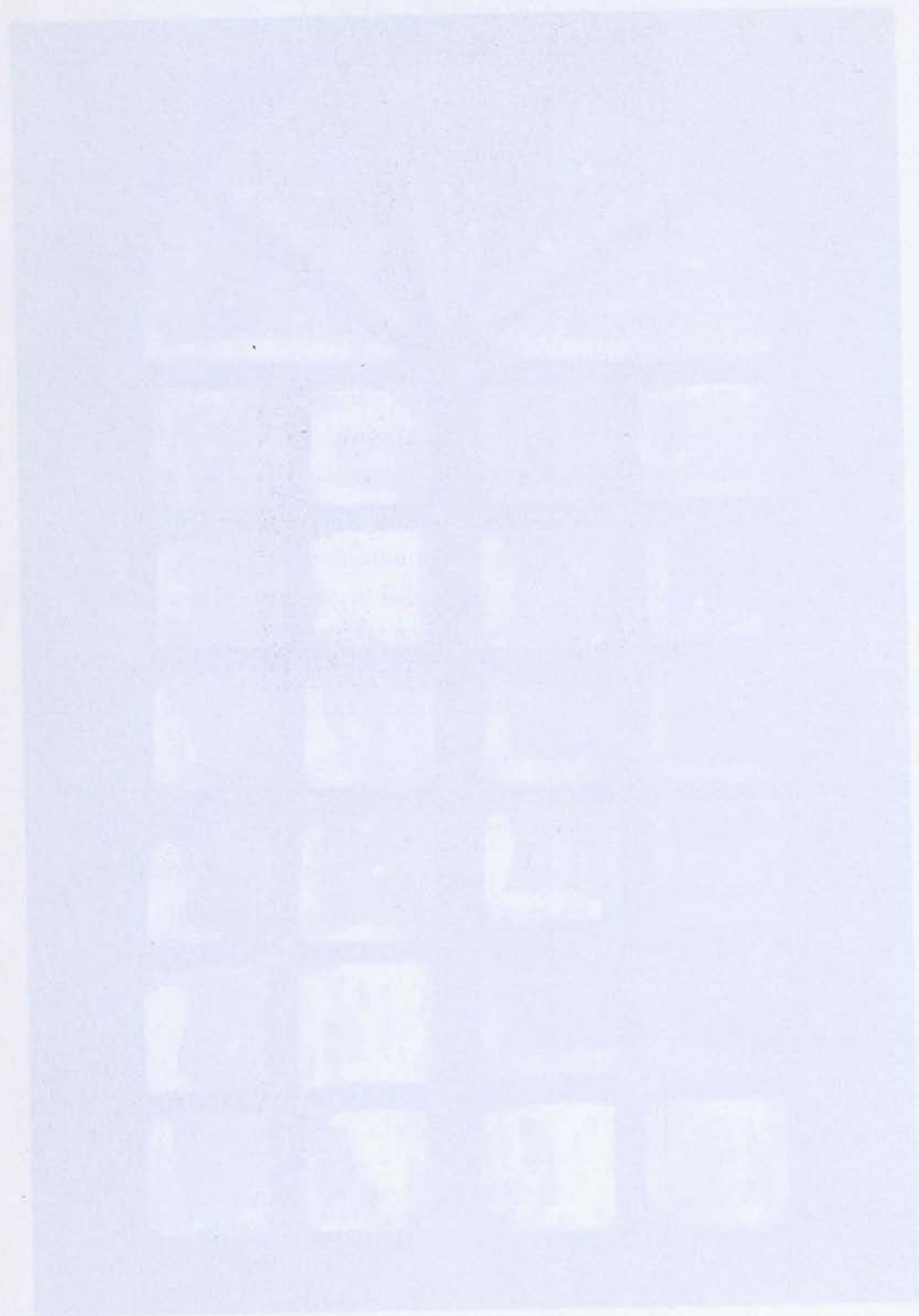
Siempre te sonrojaron los elogios y las alabanzas, y nunca te gustó lo corriente, lo habitual, lo que estaba de moda, por eso este prólogo posiblemente no sea nada de eso. En tu honor, escribo estas palabras de la forma en la que a ti te gustaba, de la manera que tú me pediste, sin formalismos, sin estridencias, simplemente con el corazón.

Huérfanos de tus ideas, nos queda el consuelo de que tus obras sirvan de referencia, memoria y ejemplo para jóvenes escritores y aficionados a la lectura.

Te faltó tiempo para escribir y a mí me faltan palabras en el diccionario para describirte...

Raquel García Hinojosa







LA BREVE ETERNIDAD DE MORFEO

Deris

*Quería tan sólo intentar vivir lo que tendía
a brotar espontáneamente de mí.
¿Por qué había de serme tan difícil?*

"Demian" (Hermann Hesse)



"A quien pueda interesarle:

He cometido el error más trágico en los que el hombre pueda incurrir.

Me he preocupado de conocer la verdad, de intentar entender las cosas, de procurar oponerme, pero no he conseguido llegar a ser feliz sino todo lo contrario.

Mi obsesión por las lecturas románticas me impidieron alcanzar el amor; mi interés por conocer el pasado me hicieron blasfemar contra la humanidad y mi pasión por las grandes metas me llevaron a fracasar en lo cotidiano.

Ahora me encuentro al final del callejón y la salida no se me presenta por más que la busco. Sé que es terrible para unos padres sobrevivir a un hijo, y es por esa razón por la que he retrasado este momento hasta mi límite, que lo siento en mí más que nunca. Perdonad por todo el daño que os voy a hacer; pero mi espíritu necesita sosiego."

Ernesto

—Así que se trata de eso. Ni cuernos, ni enfermedad, ni fracaso profesional. Este tío sólo se sentía incomprendido. ¡Menudo gilipollas! —Claudia se revolvía nerviosa en una de las sillas de la redacción. Hacía apenas seis meses que se había incorporado como becaria en el principal diario de la provincia y pensaba que ya había probado todo el trabajo sucio que se repartía en el periódico.

Pero se equivocaba.

En verano el ritmo del tiempo no marcaba como el resto del año, sino que había que agarrarse a cualquier nimiedad que pudiese expresarse de alguna manera. Para colmo de males, esta semana, al jefe de la redacción de sucesos donde ella trabajaba de becaria se le había metido en la cabeza que la historia del suicidio de aquel desdichado chico era relativamente interesante, o por lo menos eso era lo único que había. ¡Y le había tenido que tocar precisamente a ella! ¡Cómo le habría entusiasmado la posibilidad de cubrir la reapertura del Museo Arqueológico Provincial! Algo relajado para unas fechas en las que sólo le apetecía bostezar bajo el aparato del aire acondicionado mientras veía esos “reportajes de animalitos” que a ella tanto le gustaban.

Pues nada de eso.

Ahora tenía que ir en pleno mes de agosto a aquel maldito pueblo a entrevistar a un suicida tan estúpido que ni siquiera había sido capaz de cumplir su propósito. Y qué bochornoso le parecía el asunto de la nota de suicidio, un documento que a pesar de su supuesta confidencialidad, había llegado antes a sus manos que a la de los acongojados padres del tal Ernesto. Pero es que su jefe lo tenía todo, no sólo asomaba sus diminutos ojos negros de obseso por encima de sus gafas de pasta para mirarle descaradamente el escote, volverse sin tapujos a admirar su trasero o bromear con la capacidad embriagadora de su perfume, sino que era capaz de mover cielo y tierra para conseguir material para su sección, aunque fuera tan poco lícita como el soborno de uno de los jóvenes

policías que cubrieron el caso. Definitivamente, no quedaba ningún rincón en la provincia que escapase a los tejemanejes de su jefe.

Acababa de salir de la ducha de la pensión en que se hospedaba y ya se había embutido en unos vaqueros despintados a la moda que resaltaban su silueta. Mientras terminaba de abrocharse la camisa, una llamada telefónica de la redacción le confirmó la cita que tenía con los padres de Ernesto —Un día de estos me va a costar el trabajo, es que no aprendo— refunfuñaba Claudia a la vez que se secaba a toda prisa la ensortijada melena que hacía de ella la chica más observada de la redacción.

No se enmarcaba la periodista, ni mucho menos, dentro del estereotipo de mujer andaluza. Lejos de tener la tez tostada, brillaba con una palidez que terminaba resultando cautivadora y que complementaba con unos ojos descomunales, a caballo entre el verde y el azul. Su boca no era muy grande, pero siempre resaltaba en el conjunto de su cara debido al carmín intenso que exhibía a diario. Pero sobre todo el conjunto, era el pelo lo que hacía que Claudia llamase la atención. Movía con orgullo al caminar una larga melena caoba ligeramente enrojecida, con un rizo no demasiado acentuado que caía sobre sus hombros formando unos graciosos bucles.

Con el cabello aún húmedo mojando ligeramente la blusa, Claudia salió al exterior de la pensión. Tras comprobar un par de veces el plano que tenía del pueblo, tomó, vacilante,

rumbo a la casa de Ernesto, o mejor dicho, de sus padres, pues todavía vivía con ellos.

El pueblo de Ernesto era relativamente grande, quizás de los más grandes de la provincia, y a pesar de ello guardaba una tranquilidad propia de pueblos más pequeños y una alegría y cordialidad que le resultaban extrañas a una chica de la capital. Desde el primer momento, la joven periodista observó una gran cantidad de parajes bellísimos muy apropiados para pasear.

Después de todo, tal vez no fuese tan malo tener que trabajar en aquel pueblo.

No tardó demasiado en llegar a la casa de los padres de Ernesto, un bloque céntrico que distaba a poco más de cinco minutos a pie de la pensión donde ella se hospedaba. El piso se le reveló a primera vista como un hogar señorial, tanto por la zona que ocupaba y las vistas tan privilegiadas que desde allí se admiraban, como por la decoración interior del inmueble, que a Claudia se le antojó rápidamente inundada de artículos caros. Allí en la puerta le aguardaba un hombre alto, de unos cincuenta años, pelo ceniciento y piel morena. La muchacha conjeturó que sería el padre de Ernesto.

—Soy Ernesto De Paula, usted debe ser la señorita Claudia Vera. Encantado de conocerle —la cordial presentación la completó alargándole la mano a la sudorosa periodista que aún jadeaba a causa del calor y las escaleras.

—Encantado de conocerle señor De Paula, espero que mi visita no le haya importunado la siesta.



—No se preocupe, aún no nos encontramos en condiciones de dormir. Demasiada intranquilidad para descansar, como comprenderá.

Claudia asintió y se sentó en un sillón después de haber sido invitada por Ernesto De Paula. Cualquiera diría que aquellas habitaciones hubiesen albergado días atrás hechos tan desagradables.

Las primeras preguntas fueron de cortesía, acerca del estado de su hijo, del resto de la familia y a modo de repaso de los acontecimientos que ya conocía a través de la información publicada en su momento en el periódico y por otros datos complementarios aportados por el compañero que cubrió la noticia. Aunque cortés, Claudia notó que Ernesto De Paula no se sentía cómodo con aquella entrevista y que sus respuestas concisas esperaban la retirada no demasiado tardía de su interlocutora.

—De modo que fue entonces su esposa la que encontró a Ernesto inconsciente —espetó Claudia resumiendo.

—Así es —respondió quedo Ernesto De Paula.

—Y creyó que todo había sido un accidente hasta que uno de los enfermeros encontró la nota que había dejado Ernesto.

—Sí, mi mujer lo primero que hizo, movida por el olfato, fue apagar el gas, luego vio a Ernesto y llamó a la ambulancia antes de darse cuenta siquiera si mi hijo estaba vivo o no.

—Y ¿cómo se encuentra Ernesto ahora? ¿Han llegado a hablar de lo ocurrido? —asaeteó la periodista que cada vez notaba más la intranquilidad del padre del muchacho.

—Ya está bien, gracias. Ahora se quedará unos días más en el hospital hasta que los médicos lo crean oportuno. Inhaló demasiado gas, unos minutos más y... —el gesto serio e imperturbable pareció desmoronarse durante un instante —Hubiese sido un precio muy caro a pagar por una tontería.

—¿Una tontería? —repitió Claudia sorprendida —¿No cree que su hijo iba muy en serio? Por lo que se deduce de la nota de suicidio, no era la primera vez que había pensado en suicidarse.

—No saquemos las cosas de quicio, ya hemos hablado con él y todo está aclarado. Ha sido algo muy grave, él está muy arrepentido y estamos seguros que no lo volverá a intentar. No hay más. Lamento no poder darle más material para su reportaje, señorita Vera.

La periodista calló unos segundos silenciada por la violencia de la situación. Después consiguió articular las palabras —Es suficiente, gracias. Siento haberlo molestado, y me alegro de que su hijo vaya a salir adelante, de otra forma sería una pena, tan joven como es...

—Sí, es mejor dejar correr el asunto y comenzar a volver a la normalidad —cortó el padre del suicida.

—Claro. ¿Cuándo cree usted que podría hablar con su hijo? —esa pregunta no la esperaba el entrevistado que frunció el entrecejo.

—¿Con Ernesto? No creo que sea buena idea, aún está convaleciente... y, además con lo que le he contado ya tiene material para desarrollar su reportaje —repitió de nuevo Ernesto De Paula.

—Ya, pero no estaría mal contar con más opiniones, para reflejar como ha afectado a cada miembro de la familia el asunto, sólo eso. Sería fundamental poder hablar con su hijo, como comprenderá. ¿Tiene también otra hija no?

—Sí, se llama Laura, tiene dieciséis años. Ahora está en el hospital con mi mujer acompañando a Ernesto. Lo siento pero no va a ser posible más entrevistas. Sólo queremos olvidar lo ocurrido y volver a la normalidad, no creo que sea ni lo mejor para Ernesto, ni lo mejor para el resto de la familia.

—Bien —balbuceó Claudia que se daba cuenta que allí y en ese momento no podría sacar más información para su reportaje —Gracias por todo. Espero que su hijo se recupere totalmente.

—Gracias a usted —respondió Ernesto De Paula que parecía sentirse aliviado al fin.

—Pues eso era todo —pensaba Claudia mientras paseaba calle abajo en la dirección contraria a la pensión donde se hospedaba. Cuando no tenía las cosas claras siempre le resultaba conciliador un largo y tranquilo paseo por las estrechas calles del casco antiguo de su ciudad, y aquel paisaje después de todo también encerraba un encanto particular que tal vez le ayudase a aclarar la situación. Desde que le asignaron el tema en la redacción hace dos días había tenido muy claro

que se trataba del típico trabajo pobre del verano. Si bien no esperaba sacar gran cosa, esto era demasiado poco. Una entrevista con un padre, que resultaba evidente que no quería airear el tema y que todo el problema lo exteriorizaba como solucionado y fruto del pasado.

—No creo que sea tan fácil superar un intento de suicidio, es más, siempre he pensado que la mayoría de los casos re-
inciden hasta que logran al fin su objetivo —todo esto rumiaba Claudia en su incansable cabeza, mientras con paso cansino, llegaba a una calle estrecha y curva que recibía en su último tramo la luz proveniente de un paisaje verdaderamente espléndido. Lo primero que se podía ver desde la calle por la que caminaba era una plaza de grandes dimensiones rodeada en toda su redondez por calzadas donde transitaban coches excepto en el punto donde vertía sus baldosas la calle por la que paseaba Claudia, que era peatonal. Una vez inmersa en la amplitud de la plaza pudo comprobar a su izquierda una prominencia del terreno culminada por un conjunto histórico que se le apareció como espectacular bajo la moribunda tarde de agosto.

Asombrada por la belleza de la vista, se dirigió precisamente hacia allí subiendo por una calle que ascendía como una escalera de caracol hacia el conjunto que desde abajo le había impresionado tanto. Contempló, mientras subía la calle, un jardín, que a modo de manto recibía a los visitantes que hasta allí se acercaban. Se alzaba ante ella una iglesia soberbia para un pueblo de ese tamaño, y detrás una serie de

construcciones que Claudia identificó como religiosas y que por su aspecto dedujo que aún se usaban en la actualidad. Gratamente se sorprendió al comprobar que una de ellas, la más exterior, estaba apoyada en los restos de lo que debió ser en su día un castillo. Delante de la iglesia se observaba la parte de la muralla mejor conservada. Hacia este lugar dirigió Claudia sus pasos. Dedicó un buen rato a mirar por las ranuras de la muralla, imaginándose una arquera apostada para repeler el ataque de los moriscos y tratando de adivinar cuán diferente sería el paraje aquel seiscientos años antes. Se maravilló de la vista con que la muralla le obsequiaba y alabó la pericia de los constructores de la fortificación porque se le presentó imposible otra alternativa mejor para su ubicación.

Una vez abandonada la muralla se internó en un pequeño barrio que se edificaba detrás de la iglesia aprovechando como topes los límites de la muralla. Típicas casas andaluzas cubiertas de cal y engalanadas con geranios se le venían encima con cada paso que daba hacia el interior del barrio. Pocos minutos le quedaban de luz a aquella tarde y decidió aprovecharlos para seguir admirando la blancura del entorno. Cuando recorrió la totalidad del menudo barrio, dio con sus huesos en un banco de piedra que encontró en la esquina de un coqueto parque que se extendía en el extremo del barrio. Estaba francamente cansada, no tanto por el metraje de su paseo como por el calor que había sufrido, pero había merecido la pena. Además estaba segura de no haber pasado mucho más calor del que le habría tocado sufrir en la pensión

donde un vetusto ventilador era su única arma para ganar la batalla a las inclemencias de la actual estación.

Tan absorta se había quedado con la sorpresa de que aquella ciudad escondía tamaño tesoro que había olvidado por un momento el asunto que le había inducido a caminar en busca de claridad. Ahora estaba segura que con la escasa información que le había aportado el padre del suicida se las podría apañar bien para componer un reportaje resultón, después de todo escribir era su principal virtud, y de aquella capacidad era de la que más orgullosa se sentía.

Pero aquello no la confortaba. Sentía curiosidad. Su lado morboso empezaba a salir a relucir, y había comenzado a notarlo en el momento en que Ernesto De Paula le había negado la posibilidad de departir con su hijo o con el resto de los miembros de la familia.

Si conociera los pensamientos que habían llevado a Ernesto a esa situación, si conociese cómo pensaba, cómo era, cómo la vida podía conducir a un chico joven como él a tomar una decisión que se opone a la naturaleza, que se opone al instinto de supervivencia que todo ser humano posee. Podría entrar en profundidad, sería como una especie de reto personal, lanzarse sin paracaídas dentro de la mente humana y nadar entre la psicología y el periodismo. Además saciaría su inquietud, y si conseguía hacer un buen trabajo podría dar el salto de una maldita vez y dejar el deshonesto puesto de becario, después de todo tenía su título, y ¿por qué no decirlo?, tenía talento, mucho talento.

Ahora venía la gran incógnita no por esperable fácil de solventar, ¿cómo se las apañaría para hablar con Ernesto? Estaba claro que en el hospital era imposible, daba por sentado que no lo dejarían solo, no sería lo recomendable en estos casos. Pero tenía tiempo. Podría proponer el reportaje para el dominical. Como hoy era martes, ganaría de esa manera dos o a lo sumo tres días antes de tener que entregar el reportaje en la redacción. —Tienen que darle el alta pronto, es imposible que tarde mucho tiempo, después de todo, los médicos sólo querían asegurarse de que todo iba bien —rogaba para sus adentros la joven periodista —Y cuando se la den, allí estaré yo para hablar con él tranquilamente y en profundidad. Tengo que conseguir que hable conmigo, ¡tiene que querer hablar conmigo!

Unas campanadas enlatadas dieron al traste con el plácido sueño de Claudia. Aún faltaba una hora para que sonara el despertador que había programado con tanta pereza la noche anterior, y eso la había puesto de mal humor, lo que por otra parte no era algo extraordinario. No había necesidad de madrugar demasiado, después de todo, no tenía muy claro lo que iba a hacer al despertar, así que había pensado que sería mejor recuperarse del sofocante día pasado, y una vez descansada, ya se le ocurriría algo —¡Pues sí que empezamos bien, vaya presagio! —se lamentó mientras se asomaba entre los geranios de la ventana y contemplaba la estampa de un féretro portado a hombros por media docena de hombres de mediana edad. —¡Lo que le faltó al loco ese para verse dentro

de uno de esos! —rió con malicia una vez recuperada de la impresión inicial. Las extrañas campanadas que la habían desvelado, no eran otra cosa que una cinta de cassette que a falta de campanas auténticas llamaban a los asistentes a la misa funeraria.

Guiada por la costumbre de llegar tarde a las citas, Claudia se vistió rápidamente, aunque después tuvo que esperar un rato hasta que el cortejo fúnebre entró en la iglesia. Ante aquel paisaje tan crudo, la joven sintió ligeros remordimientos de conciencia. ¿No se estaba tomando el asunto de Ernesto con demasiado cinismo? Una cosa estaba clara. Algo verdaderamente trágico cruzó la cabeza del chaval para llevarlo a aquella situación.

Tan ensimismada estaba en sus pensamientos que tuvo que interrumpirlos bruscamente al darse cuenta de que ya se encontraba en la puerta del hospital. Casi por inercia y sin pensarlo se había encaminado en la dirección del hospital, tal vez con la esperanza de averiguar algo acerca de la situación de Ernesto. Lo primero que hizo fue dirigir sus pasos hacia la ventanilla de información y preguntar allí por el objeto de su reportaje —Llega tarde señorita, le dieron el alta hace dos días —contestó secamente una rubia de bote que había tenido que interrumpir su parloteo con una compañera que aguardaba detrás de ella para continuar su crítica de la prensa rosa del día. No podía creérselo. Hace dos días —Pero si estuve ayer en su casa y el padre me dijo... ¡Mierda! ¡Maldito pijo! —exclamó en voz alta mientras cruzaba la puerta del hospital



ante la mirada despectiva de una pareja de ancianos que no habían pasado por alto sus exabruptos.

Hacía ya dos años que Ernesto había tenido que abandonar sus estudios superiores de filosofía. La vida dionisiaca que llevó en su periplo universitario y los paupérrimos resultados académicos condujeron a su padre a cortar el suministro financiero de aquella eterna juerga. Así que después de dos años de vagabundeo por la capital, se veía obligado a volver a su pueblo como empleado de su propio padre en la agencia de seguros de la que éste era propietario. No es extraño pensar que detestaba aquel trabajo, siempre bajo la mirada del padre, sin un solo instante en el día para escapar de aquel mandato constante ni de aquellas calles vigilantes.

Precisamente en la oficina de la agencia de seguros lo vio Claudia por primera vez. Su compañero del diario no se había dejado ningún cabo por atar, la dirección era correcta. Antes de entrar comprobó tras la cristalera que se encontraba solo, no quería vérselas otra vez con Ernesto De Paula.

Pudo ver a un muchacho moreno con el pelo ligeramente dejado crecer que le tapaba las orejas y la parte trasera del cuello. El flequillo era apartado constantemente por una mano de piel morena dejando ver unos ojos negros que proyectaban un halo misterioso que enseguida captó Claudia. Con la otra mano revisaba cansinamente unos folios de letra minúscula. Sin pararse siquiera a pensar, dio por sentado que efectivamente debía tratarse de Ernesto.

—¡Qué frío! —se le escapó a Claudia al entrar en la oficina. La intensidad del aire acondicionado contrastaba bruscamente con el bochornoso ambiente que aguardaba fuera. El muchacho levantó la vista de su quehacer diario y sin decir nada clavó sus ojos en los enormes ojos de Claudia. —¡Esto es un congelador!, con lo que hace ahí fuera... —bromeó Claudia que no consiguió sacar ninguna palabra a Ernesto a excepción de una mueca que ella supuso que sería una sonrisa forzada. —Hola, tú debes ser Ernesto ¿no? —afirmó con rotundidad la periodista pese a riesgo de equivocarse —Yo soy Claudia Vera, la periodista del diario provincial.

—Ah —dejó oír al fin el muchacho que parecía muy turbado con la presencia de Claudia. Después de unos segundos contestó —Sí yo soy Ernesto.

—Estupendo, por fin te encuentro. Me preguntaba si podría hablar contigo... sobre lo que te pasó y sobre ti. Supongo que sabrás que estoy haciendo un reportaje... por cierto ¿cómo te encuentras? —bombardeó Claudia mientras dejaba ver la mejor de sus sonrisas. Había que aprovechar la aparente timidez de Ernesto para convencerlo de que accediese a la entrevista.

—Bien, gracias, ya me encuentro mejor —Dijo mientras sonreía al fin, y esa sonrisa se le quedaría grabada a Claudia para el resto de sus días. A continuación Ernesto calló, borró la sonrisa de sus labios y dijo —Está bien, hablaremos esta tarde si te viene bien. Aquí no puede ser, tengo mucho trabajo hoy y mi padre está al venir. Supongo que adivinarás que tu presencia puede molestarle ¿verdad?

—Sí, ya me he dado cuenta —dijo Claudia en tono más distendido para quitarle hierro al tema. —Nos vemos cuando tú quieras.

—A las 8 es buena hora ¿no crees? Así evitamos un poco el calor. ¿Conoces el barrio que hay detrás de la parroquia? Allí hay un parque muy tranquilo, podríamos vernos allí.

—Sí, lo conozco. Es perfecto —exclamó alegre Claudia al darse cuenta de que el lugar al que aludía Ernesto era el mismo por el que había paseado la tarde anterior. Allí nos vemos entonces. Ah, me olvidaba decirte que no te preocupes, no se tratará de una entrevista en toda regla, es más... una especie de charla.

Como era de esperar, cuando llegó al parque, Ernesto ya estaba allí, aunque esta vez sólo se había retrasado cinco minutos —Vaya record —pensó Claudia cuando miró su reloj y vio que eran las 20:05. Aquella tarde se había presentado aún más bochornosa, el cielo estaba completamente encapotado, y la humedad del ambiente hacía más inaguantable el calor de agosto. Ernesto estaba sentado en un banco adyacente al que estuvo ella sentada hacía veinticuatro horas. Se había descalzado dejando su par de sandalias al pie del banco. La esperaba con las piernas cruzadas, los codos apoyados en las rodillas, y la cabeza entre sus manos.

—Hola, siento el retraso —se disculpó inmediatamente Claudia, pese a que se sentía orgullosa del poco tiempo que había hecho esperar a su entrevistado.

—No importa, me gusta estar aquí. Es el único lugar que me gusta de este pueblo.

—Sí, es muy relajante. Ayer estuve por aquí paseando y me encantó todo el conjunto, la muralla, las callecillas encaladas, las vistas... todo.

—Todo, excepto las inmediaciones de la iglesia. Tanto beato por ahí rompe todo el encanto del lugar. Aunque la iglesia al menos es bonita.

—¿Crees en Dios? —preguntó rápidamente Claudia, la cual encontró muy oportuno el comentario de Ernesto para entrar en conversación.

—No. Creo que es estúpido apoyarse en algo sobrenatural para completar nuestra existencia terrenal. Sé que la única vida que hay es esta. No hay que buscar más.

—Si hubieses creído que había algo detrás de todo esto —dudó mientras hacía la pregunta— ¿Hubieses intentado quitarte la vida?

—Depende. Sería más complicado. Por ejemplo si fuese católico, no creo que lo hubiera ni pensado —hablaba siempre muy ensimismado, pero ahora parecía sentirse cómodo dialogando con Claudia— Tengo entendido que es pecado. Es como si rechazases el regalo divino de la vida o algo así. Si no lo fuese, pero creyese en algo después de la muerte estoy seguro que lo hubiera hecho. Cualquier cosa mejor que la vida que llevo.

—Entonces... —interrumpió Claudia— Si crees que al morir todo se acaba, ¿qué es lo que te llevó a intentar terminar con

lo único que tenías? –sin darse cuenta apoyó su mano en la de él para después decir–¿Tan desgraciado te sentías?

–Era cansancio. Intenté suicidarme porque no encontraba mi lugar. Es todo como si debiese haber nacido en otra época, más acorde con mi carácter. He sido un inadaptado para todo. En mi casa me siento un extraño, mi padre sólo se preocupa de su negocio y de las apariencias. Su particular obsesión es que todo el mundo nos vea como una familia ejemplar unida, aunque después no le importe ni lo que sienta. Lo importante es que sus amigos o conocidos hablen bien de él. Me obligó a trabajar en su maldita agencia no porque me tomase demasiado a la ligera mi vocación universitaria, incluso me comentó un día que me comprendía, que era joven y era normal por las circunstancias, aunque debía intentar centrarme más. Lo que le volvió loco es que llegara a oídos de sus amistades. Todo menos eso, no lo podía soportar.

–¿Y tu madre y tu hermana? –preguntó Claudia que estaba satisfecha de cómo se desarrollaba su entrevista. Había previsto que sería todo más difícil, pero ahora estaba claro que Ernesto la necesitaba a ella más que ella a él. Necesitaba desahogarse con alguien, aunque ni siquiera conociese apenas a ese alguien.

–Mi madre es de otra forma. Más interior y menos de puertas hacia fuera. Pero es de carácter muy voluble y le da miedo oponerse a mi padre, aunque a veces se dé cuenta de que éste se equivoca. Nunca ha roto claramente una lanza en mi favor, y después de todo esto no creo que lo haga nunca.

Debe verme como un chiflado, eso al menos es lo que le dirá mi padre, que hay que vigilarme. Mi hermana es una adolescente histérica. No me soporta. No soporta que no sea el hermano mayor popular que le presenta a mucha gente y le lleva de marcha por ahí. A saber lo que rajarán de mí ella y sus amigas, no me lo quiero ni imaginar —y de pronto se echó a reír discretamente —A quién le importa...

—Ernesto, pero la vida tiene muchos alicientes. Hay muchas pequeñas cosas por las que vale la pena vivir. Después de todo hay mucha gente que no se lleva bien con su familia y son felices.

—Pero no son como yo. Yo puedo llegar a disfrutar de un paseo por este lugar, de mis libros, de mi música, pero sin llegar a alcanzar la felicidad. Tan solo algo de distracción. Necesito una razón mayor para vivir, necesito algo que me llene. Tal vez soy demasiado exigente. Es probable. Tal vez mi padre tenga razón y no sea más que un maldito chiflado. La cuestión es que estoy hastiado de ser infeliz. Odio estar todo el día analizándolo todo, sintiéndome defraudado por las personas, riéndome de sus ridículas existencias, y yo no soy mejor que ellos. Ojalá pudiera conformarme con pequeñas cosas y vivir al máximo nuestra efímera existencia, lo he intentado durante mucho tiempo pero no lo he conseguido.

—Vamos ¿no tienes amigos? ¿ni ninguna novia por ahí perdida? —le espetó Claudia en mitad de la reflexión de Ernesto con un tono más afable que el que estaba llevando el diálogo.

Quería llevar la conversación por ámbitos más terrenales porque estaba claro que Ernesto era mejor que ella filosofando de esa manera. Se sentía rara. Una vez había empezado la conversación con aquel muchacho, se estaba dando cuenta de que se olvidaba de que aquello era una entrevista para un reportaje del dominical y estaba empezando a tomarse el asunto como algo personal. Ahora en cada pregunta le interesaba más conocer los sentimientos de Ernesto para intentar ayudarle, como haría una amiga normal.

Le interesaba eso más que conseguir buenas frases para su reportaje.

—Digamos que sólo conocidos. Cuando me marché a estudiar fuera, me distancié de la mayoría de ellos. O se fueron a estudiar a otras ciudades o se quedaron aquí trabajando. No les culpo a ellos. La verdad es que tanto ellos como yo hicimos poco por mantener la relación que teníamos. Yo venía poco por aquí. No me gusta nada este sitio. Si no eres un beato o estás metido en alguna cofradía de Semana Santa poco tienes que hacer en este pueblo. Todo esto está inundado de hipocresía, ¿sabes? Hay toda una cultura alrededor de todas esas estatuas de Cristos y Vírgenes. Se mueve muchísimo dinero, y la mayor parte en manos de esos niños engominados con traje que se pisotean entre ellos para llegar a mandar algo en la dichosa cofradía de turno ¿Qué va a hacer un ateo declarado como yo en un pueblo como éste? Más de uno de esos engominados se hubiera alegrado si mi madre hubiese tardado unos minutos más en cerrar el gas —el rostro de Er-

nesto marcaba en cada facción el desprecio. A juzgar por su mirada no sería descabellado imaginar que él mismo habría tenido alguna trifulca con alguno de aquellos personajes de los que hablaba. Se detuvo un momento y miró a Claudia que cambiaba alternativamente de posición en el banco —Si quieres podemos dar un paseo. Se te ve cansada de estar tanto rato sentada aquí. Ven, conozco un recorrido muy bonito a lo largo de la muralla. —Se levantaron y atravesando el parque se dirigieron con parsimonia hacia una calle exterior debajo de la cual se observaban los restos de lo que en su día fuera la muralla de la ciudad. Recorrieron tranquilamente aquella calle que les brindaba mejores paisajes que los que Claudia pudo descubrir ayer. —En cuanto a lo de las novias... nada de nada —soltó de repente Ernesto que había eliminado ya el desagrado de su cara —No me he comido nunca una rosca, o mejor dicho, no una rosca de esas con las que se habla —rió Ernesto satisfecho al comprobar que también Claudia reía.

Continuaron el paseo por toda la muralla. No era demasiado extensa, pero el ritmo tranquilo que llevaban hizo que a Claudia le pareciera mayor. Tan solo el dulce sonido provocado por una lechuza les advirtió que la noche había caído encima de sus cabezas y de aquel paraje de ensueño. Ahora parecía como si la vivaz energía lumínica de la luna y las estrellas hubieran desecho en jirones la espesa capa de nubes cuya humedad había padecido el pueblo durante toda la tarde.

Se acercaron a un modesto precipicio separado del encalado paseo por una barandilla oxidada de un semblante al menos inquietante. Acomodados en tan inseguro apoyo estuvieron departiendo relajadamente sobre música, literatura y cine. Claudia era muy aficionada a todo tipo de arte y contempló maravillada de qué manera se defendía Ernesto en todas esas materias. Si bien no coincidían en apenas alguno de los artistas comentados, la locuacidad, la pasión y la vehemencia con que Ernesto describía a sus favoritos interesó vivamente a Claudia.

Estaba recordando la primera impresión que le produjo la lectura de la nota de suicidio de Ernesto —¡Menudo gilipollas!—pensó. Se sentía culpable por haber juzgado tan pronto, y aquel sentimiento había aflorado de repente porque ahora empezaba a comprender. Qué extraño era todo ¡Cómo un espíritu tan rico y encantador se transformaba en cruel fragilidad al contacto con la realidad! Sentía admiración por Ernesto. Se encontraba cautivada por esa torrencial forma de ser, por esos originales y coherentes esquemas de pensamiento.

Pero su desazón le golpeaba por otro flanco.

Había algo más que admiración y eso era lástima. Sobre todo sentía lástima por él, por ese precio tan caro a pagar por aquel don. Toda esa inquietud la expulsó de pronto contra su contertulio al filo de aquel menudo y oscuro abismo: —¿No tuviste miedo?... quiero decir, ¿no te asustaste de la muerte, de la incertidumbre? —las palabras flotaron durante

unos segundos, como suspendidas de las estrellas por hilos invisibles.

—Un poco. Pero no de la muerte, sino de la nada. La muerte no es eterna, es efímera, fugaz. Sólo dura mientras te mata. Caes en las redes de Morfeo, pero esta vez se hace para nunca despertar. Una vez muerto viene la nada, que es lo realmente terrorífico. No sabes si duele o si es fría. Esa incertidumbre es lo que asusta, me aterrorizaba semejante incógnita. Cuando me decidí a hacerlo medité mucho sobre ello. Sobre como sería. Conseguí tranquilizarme un poco. Me imaginé la nada como la sensación que se tiene antes de nacer. ¿Qué sentiste al nacer? ¿lo recuerdas? Eso es lo que sigue a la muerte. No sientes nada. No eres, simplemente. Eso es lo que me dio valor para terminar con mi angustia.

La redacción bullía de gente por todos lados rastreando alguna presa que llevar a sus ávidas páginas. Claudia miraba con curiosidad la fila de jóvenes que aguardaban nerviosos delante de la puerta de selección de personal. Nuevos becarios con los que nutrir los bajos fondos del periódico para la nueva temporada. Alguno de aquellos inexperimentados periodistas ocuparía su vacante. Sonreía satisfecha para sus adentros a la vez que juraba que sería un respetuoso norte para aquellos becarios. —Después de todo, ayer yo era una de ellos. Y mucho que me putearon, esos cabrones. Yo voy a ser más buena —se decía mientras volvía a releer su reportaje del dominical. Estaba muy orgullosa del resultado, de hecho le valió la confirmación de la renovación de su contrato



La breve eternidad de Morfeo

otro año más, y lo más importante al fin había abandonado el deshonoroso puesto de becario. Aunque su jefe no la recibió precisamente con los brazos abiertos a su regreso. No pensaban pagarle más que la dieta del transporte y un día de alojamiento. –Un día te habría bastado –gruñó su jefe–. Con la entrevista con el padre y algo de tu cosecha podrías haber escrito unas páginas apañaditas ¡La próxima vez piensa en euros, que esto no es una ONG! –No pudo decir nada ante eso porque sabía que por primera vez en seis meses, su jefe llevaba toda la razón, de modo que asumió el coste que le correspondía. Había decidido quedarse un día más después de la charla con Ernesto. Fueron juntos al cine de verano a ver una película propuesta por Ernesto que no terminó de gustar mucho a Claudia, y después conversaron hasta el amanecer mientras iban de bar en bar. Se habían intercambiado sus teléfonos y direcciones para seguir en contacto, después de todo no estaban tan lejos ambas ciudades. Y ahora, mientras sujetaba entre las manos el dominical del que ella se sentía estrella, tenía clavada en la retina la imagen de los ojos de Ernesto al despedirse de ella.

¡Cuánto misterio encerraban siempre!

El ensimismamiento lo rompió de repente el portero del edificio. Allí estaba con esa sonrisa de estúpido y esos ojos saltones que parecían proyectar siempre la imagen desnuda de ella misma. –Tienes una carta, Claudita. ¿No me digas que tienes novio? ¡Qué se le va a hacer! –De pronto sintió un

extraño escalofrío al rozar con las yemas de los dedos aquel papel. Lo mantuvo entre las manos un instante hasta que por fin se decidió a leerlo. Se oyó un leve sollozo mientras un par de lágrimas se deslizaban suavemente por la mejilla enrojecida de Claudia manchando las últimas palabras de Ernesto —Terminó todo —exclamó y rompió a llorar desconsolada.

“Ya no creo que fuese tan grave mi error de intentar conocer la verdad, pues ésta me llevó a ti. La humanidad ya no me parece tan abominable e incluso el amor podría algún día llegar. Pero yo jamás cambiaré y la felicidad para mí no existe. El tiempo se agota, Morfeo me llama con insistencia y la nada se prepara. Gracias por ser la luz más hermosa de mi callejón sin salida.”

Ernesto.



EL LICÁNTROPO

¿Qué era este lugar? La condesa sabía cómo probado en la
profundidad de la primera estancia adyacente a la puerta, donde,
como en el caso de la propia habitación del joven, Tom, había
sido extraído de un rincón de la novela de Friedrich Schlegel,
Hermann. "Este interesante relato se le puede hacer se ha



Recuerdo con precisa nitidez la noche en que vi por primera vez a Jaume Macías. Me encontraba, como casi siempre, en el bar que he frecuentado desde que crucé el umbral de lo que considero mi mayoría de edad, el momento en que escribí mis primeros versos y bebí mi primera cerveza. El Licántropo original era mi rincón favorito de entre todos los escondrijos maravillosos que encerraba Córdoba. En aquel año, todavía una década antes de su reforma, consistía en un rectángulo amplio con la barra atravesada longitudinalmente, tras la cual servían la mejor cerveza del mundo. Ignoro si el nombre del bar fue puesto a conciencia, la cuestión es que no podía existir denominación más acertada para aquel submundo en que me sumergía a diario y en el que cualquier alma perdida que entraba terminaba aullando en algún lugar de la ciudad.

Las botellas y barriles eran vaciados mucho más rápido que en cualquier otro negocio de hostelería cordobés por escritores, poetas, pintores, cinéfilos o melómanos. Todos ellos profesionales o aficionados, estudiantes o trabajadores, todo eso daba igual. La consigna secreta estaba grabada en la pintura de la primera columna adyacente a la puerta, la cual, como un día nos contó, el propio dueño del local, Toni, había sido extraída de un párrafo de la novela de Herman Hesse, *Demian*: "Está intentando refugiarse en la masa; hasta se ha

convertido en cliente asiduo de las tabernas. Pero no lo conseguirá. Su estigma está escondido pero arde en secreto”.

En aquella atmósfera particular nos refugiábamos todo tipo de artistas bohemios y personajes singulares que encontrábamos en El Licántropo nuestro personal enlace con la sociedad. Una válvula de escape para sentirnos durante unas horas a la semana, o al día como era mi caso, inmersos dentro de un reducido colectivo en el que pasábamos desapercibidos. Si bien esa sensación se extinguía siempre al tiempo que cualquiera de nosotros cambiaba el aire viciado de nuestro refugio por el algo menos contaminado de la calle y entonces, como decíamos en el bar, el estigma de nuestra frente nos delataba ante los demás viandantes. Explicando esto, hay que decir que no es que llevásemos grabado ningún símbolo en la frente, la cuestión es que Toni siempre nos decía que es como si lo llevásemos, que sería capaz de reconocer algún cliente potencial del bar sólo con mirarlo, que teníamos un aura diferente, una mirada que nos distinguía del resto de las personas. Ciertamente es que yo nunca me creí a pies juntillas las originales teorías de Toni, aunque admitía que todos nosotros éramos algo distintos, pero quizá únicamente por nuestra pasión por las artes. Siempre defendía ante mis compañeros licántropos que cada individuo conformaba todo un mundo particular y no se trataba de tarea fácil el clasificarnos por grupos como a veces lo intentaba Toni. Pero también es completamente veraz que todas estas ideas las tuve que derramar

por el suelo la noche en que Jaime Macías entró por vez primera al Licántropo.

Esa noche, como casi todas, me encontraba allí con mi hermana Leticia y con Laura, una amiga mía de la facultad que por aquel entonces ya se había convertido más en íntima de mi hermana que mía. Tuvimos que precipitar esa noche nuestra entrada en El Licántropo debido a una copiosa lluvia que nos obligó a acelerar el paso. No habíamos terminado de acomodarnos en nuestra mesa habitual cuando vimos a Jaime Macías junto a la puerta del bar. Acababa de entrar totalmente inundado por la lluvia, que en ese momento por el estrépito que ocasionaba nos pareció que se transformaba en un río vertical. No puedo explicar muy bien el porqué, pero los tres nos quedamos observándolo perplejos. En principio todo parecía indicar que su incursión en El Licántropo se debía a la lógica necesidad de un refugio, pero un extraño brillo en sus ojos nos hizo vaticinar que aquel mojado personaje sería uno de los clientes más ilustres de nuestro bar.

Tenía el pelo rubio, larguísimo, y toda su humedad descansaba en un jersey verde oscuro de lana totalmente calado. Sus ojos eran un poco más claros que el jersey y parecían buscar algo. Llevaba una barba de tres o cuatro días y una brevísima nariz que aún goteaba agua. Sobre su hombro derecho, una mochila de piel marrón turgente y lo que más nos sorprendió, un bolígrafo azul en su mano izquierda. Oteó lentamente el largo del bar, y de pronto su mirada se cruzó

con las nuestras, sonrió y con andar cansino se acercó hasta nuestra mesa dejando un reguero de agua a su paso.

—¡Qué bien acompañado está el caballero! —exclamó con un ligerísimo deje catalán mirándome fijamente con una sonrisa pícara en sus labios. A continuación desvió la sonrisa hacia Laura y mi hermana Leticia —¿Serían estas bellas señoritas tan amables de aceptar unos versos a cambio de una cerveza? Paradójicamente —y se señaló el cabello empapado— estoy sediento —Leticia cruzó una mirada ruborizada con Laura que reía abiertamente por la extraña situación mientras levantaba la mano haciéndole una señal a Toni para que sirviera una cerveza más para nuestra mesa. Jaume Macías extrajo con la mano del bolígrafo dos servilletas de papel de un servilletero que había en la barra y se sentó a mi lado portando en la otra mano la cerveza recién servida por Toni. Agachó la cabeza mientras se apartaba la harta humedecida melena y se dispuso a escribir en las servilletas. Leticia y yo nos miramos intrigados por el nuevo habitante de nuestra mesa mientras que Laura parecía divertirse de lo lindo, le encantaba conocer gente extraña y original. Al cabo de un par de minutos, Jaume Macías levantó de nuevo la mirada y dirigiéndola al frente hacia mi hermana Leticia le susurró: —Para la belleza de ojos de leyenda —y le entregó la servilleta en la que había garabateado su poesía.

“Por ti me convertiría en Ícaro,
y con mis alas derretidas por el azul de tus ojos

viajaría hasta el sol para decirle
que ya no es la estrella que más brilla en mi universo”

Antes de ver la reacción de Leticia, Jaume Macías alargó la mano para tomar la de Laura dejando entre los dedos de ella, la servilleta dedicada –Para el encanto del sur, envidia de tantos países.

“Es por ti por la que he recorrido el mundo entero.
Frío y lluvias para ahora refugiarme
en el cálido azote del azabache de tu mirada
y en la candidez de tus labios andaluces”

–Espero que sepáis disculparme. Estas torpes líneas escritas a la carrera dudo mucho que estén a la altura de dos bellezas tan espléndidas –Y con estas palabras y ese par de servilletas manchadas por la cursilería conquistó la eterna simpatía de mi hermana y de Laura. También a mí, todo hay que decirlo, me cautivó desde un principio con su irradiante jovialidad y sus maneras burguesas.

Así fue como conocimos a Jaume Macías y como en un ameno monólogo de dos horas por parte de éste, nos enteramos esa misma noche que, como se podía adivinar por su acento, era catalán, de Gerona y que tras concluir sus estudios de arquitectura había decidido pasar una temporada cultivando sus dos grandes pasiones, viajar y sobre todo, escribir. Había gastado de esta manera su último medio año; errando de ciudad en ciudad con la ayuda de algunos ya extintos ahorros y de esporádicos trabajillos que conseguía, a ser posible de

media jornada para tener tiempo libre para escribir. Tuvo la suerte de escribir durante este peregrinar en lugares tan excepcionales como la Plaza del Obradoiro de Santiago de Compostela, el paseo marítimo de las Playas del Sardinero en Santander, los pies de las murallas de Ávila o junto a los reflejos de la Torre del Oro en el Guadalquivir sevillano. Y ahora había aterrizado en El Licántropo, el bar más singular de la geografía cordobesa, enclavado en el rincón más especial del barrio de La Judería.

El Oñar despertó aquella mañana de noviembre henchido de agua debido a las últimas lluvias. Desde el puente amenazado por la crecida, se podía vislumbrar la silueta de Francesc Macías, totalmente rígido tras la ventana de un segundo piso en el bloque número 7. Tras él, en la habitación parcialmente iluminada por las primeras horas de sol, Clara Antúnez, su esposa, intentaba al pie de una cama, comprender las palabras que balbucía su padre, Ferrán Antúnez.

—¿Empuja mucho el río? —el sollozo apenas inteligible tardó unos segundos en ser contestado.

—Pasa con mucha agua Ferrán, pero no se preocupe que por esta vez no se desbordará —respondió Francesc que había abandonado su lugar junto a la ventana para acompañar de nuevo a su mujer, como lo había hecho toda la larga noche.

—Y Jaume... ¿Por qué tarda tanto? —el anciano, que había delirado durante la madrugada, parecía ahora volver de nuevo a la realidad.

—Ya sabes cómo es, papá. Siempre tan loco... no te preocupes que volverá pronto. Y no hables tanto y descansa —Clara cruzó una mirada de ojos humedecidos con Francesc que le acariciaba la mano.

Durante los días que continuaron al primer encuentro, nos vimos a menudo con Jaume Macías en El Licántropo. Compartíamos vivencias, que la mayor parte de las veces brotaban en el mismo sentido, del extraño catalán hacia nosotros. Una noche, al llegar al bar, me esperaba con una nota en las manos de Toni: “Marcos, mañana a las 6 de la tarde aquí. No me falles”. —¿Y esto? —pregunté sorprendido al leerla.

—Es del catalán ese. Me la dio esta mañana. Para ti —respondió Toni escuetamente. Aquella hora de la noche tenía mucho ajetreo en la barra, o quizá la situación no requería demasiadas explicaciones.

Llegué pronto al Licántropo al día siguiente, para así poder disfrutar unos minutos de la compañía del grupo de republicanos nostálgicos de la poesía del 27 que se reunía allí todas las tardes para conversar y tomar café. Comprobé complacido que Jaume Macías se me había adelantado, y lo encontré departiendo alegremente con ellos sobre Luis Cernuda. Al verme, me saludó levantando la taza de café y se levantó despidiéndose cortésmente de sus contertulios.

—¿Me he adelantado, verdad?

—Lo cierto es que es muy enriquecedor su conversación —respondí sonriendo al comprobar que Jaume Macías me había leído el pensamiento.

—Voy a ir al grano. Necesito tu colaboración —sin esperar mi respuesta continuó —Voy a organizar un recital de poesía, en honor a Góngora. Tengo la urgencia de hacer cosas de provecho, y así también me ganaré la simpatía de mucha gente. Homenajear a un paisano tiene que estar muy bien visto ¿no? He pensado hacerlo en el Patio de los Naranjos. No puede haber mejor escenario que ése, ¡y a unos metros de su tumba! Cuento contigo ¿verdad? Ya he avisado a otro muchacho. Tú, díselo a Leticia y a Laura ¡Os quiero a todos en esto!

El Patio de los Naranjos rebosaba de gentío, no ya porque acudiera impaciente a la actuación que allí llevaríamos a cabo, sino como era de esperar para contemplar la grandiosidad de La Mezquita. Sólo la presencia de unas cámaras de la televisión local, a las que previamente habíamos avisado, podía anunciar que algo diferente iba a acontecer allí aquella tarde de invierno. El cielo se manifestaba unas horas antes totalmente cubierto, pero a las cinco de la tarde ya se deshacían las nubes en jirones. Sentada en un banco sola, mi hermana Leticia, guitarra española en mano, esperaba la señal que habría de darle cuando todo estuviese listo. A un movimiento de cabeza por mi parte, Leticia respondió con unos acordes improvisados que iba desgranando a modo de arpegios. A continuación, separada

de ella un par de metros y con la voz temblorosa por la escasez de tablas, otro de los asiduos del Licántropo, el "camarada Martínez" se dispuso a articular unas frases que a modo de presentación me daban paso, para que encarnado en la piel de Don Luis de Góngora y Argote comenzara a recitar el extenso poema "La fábula de Polifemo y Galatea". Las cámaras de la televisión local grababan y los turistas en su mayoría franceses, japoneses e italianos se arremolinaban, junto con nuestros restantes compañeros del Licántropo, en torno a mí y en torno a Leticia que se defendía magníficamente con su improvisación que acompañaba mi intervención.

Cuando estaba terminando con la primera poesía, y como estaba previsto, de repente a unos veinte metros desde donde nos encontrábamos el camarada Martínez, Leticia y yo, Jaume comenzó a hacerse paso entre la gente que se congregaba alrededor nuestra mientras gritaba como un loco:

"Yo te untaré mis versos con tocino porque no me los muerdas, Gongorilla"

La muchedumbre se iba volviendo hacia Jaume al tiempo que éste se iba abriendo paso entre ella. Las expresiones en el Patio de los Naranjos denotaban una cierta implicación con el espectáculo que era mayor en los espectadores que habían reconocido la histórica trifulca. Entonces fingiendo sorpresa e indignación, grité hacia donde venía la voz del falso Quevedo respondiendo:

“Musa que sopla y no inspira,
y sabe por lo traidor
poner los dedos mejor
en mi bolsa que en su lira”

Jaume que se acercaba frenéticamente seguía con la re-
tahíla dirigida hacia su eterno enemigo:

“Esta cima del vicio y del insulto;
éste en quien hoy los pedos son sirenas.
Éste es el culo, en Góngora y en culto,
que un bujarrón le conociera apenas”

En ese momento alguien entre el público comenzó a
gritar:

—¡Callaos ya, que esto no es un circo!

Jaume ignoró el pequeño revuelo que se estaba iniciando a
raíz de aquel contratiempo y continuó con sus insultos hacia
el insigne cordobés:

“Hombre en quien la limpieza fue tan poca...”

—¡Que te calles coño! ¡Que aquí se viene a escuchar
misa!

“no tocando a su cepa,
que nunca, que yo sepa,
se le cayó la mierda de...”

Justo en ese instante un objeto arrojado entre el público
golpeó a Jaume en la mandíbula y lo obligó a interrumpir la
lindeza. Desde mi posición me pareció que el objeto lanza-

do era una naranja que además del dolor dejó su impronta en la camisa blanca que se descubría debajo de la chaqueta abierta de pana marrón que vestía Jaime. El catalán, fuera de sí, me buscó con la mirada, y yo que acababa de descubrir al agresor entre el gentío le señalé en la dirección donde se encontraba un joven moreno, de perfecto corte de pelo y más impecable vestimenta que blandía otra naranja que acertó a reventar en la guitarra de Leticia. A mi derecha, el fornido camarada Martínez se revolvía a empujones con otro muchacho al que ya le había destrozado su espléndida camisa. Las naranjas seguían lloviendo en todas las direcciones y Jaime ya la había emprendido con el agresor primigenio. Me quedé petrificado por un momento. A mi alrededor todo era caos. Con excepción hecha de la camarilla de los ancianos republicanos, el grueso de nuestros amigos del Licántropo se pegaba con un grupo de veinteañeros. Los turistas corrían asustados, los guardias de seguridad de La Mezquita hacían lo imposible por poner orden, y mi hermana... ¡la había perdido de vista después del naranjazo a su guitarra! En ese instante reaccioné y me encaramé a la fuente central del patio para poder encontrarla.

Tampoco veía a Laura. Todo era una locura, ni siquiera le había dado tiempo a entrar en escena. De pronto, por una de las puertas comenzó a entrar la policía nacional que lograba al fin disolver la efímera melé. Fue entonces cuando distinguí a Jaime que junto con Leticia y Laura se escabullían por otra de las puertas del Patio de los Naranjos. Laura me hacía

señas con la mano para que los siguiera, pero fue el tremendo golpe en la espalda que me propinó un policía detrás de mí el que me determinó a salir corriendo de allí. En lo único que me fijé antes de escapar fue en una pareja de nacionales que se llevaban aturdido al camarada Martínez.

Francesc Macías y su esposa Clara Antúnez paseaban tediosamente por la ribera del Oñar en dirección a su apartamento donde ya nadie les esperaba. El día plomizo y gris había constituido un estereotipo cinematográfico perfecto para el funeral por Ferrán Antúnez. Con su hijo Jaume en algún lugar y sin su padre para siempre, Clara se desplomó en silencio en el sofá del salón. Francesc se inclinó sobre ella, la besó en la frente, la descalzó y le ayudó a tenderse completamente en el sofá. Le colocó un cojín bajo la cabeza y encendió la televisión. El informativo de la noche estaba comenzando. Se acercó al control de la calefacción y la conectó. —Voy a preparar unas infusiones. Te sentará bien —Clara asintió y volvió la mirada perdida hacia la televisión mientras su marido salía del salón cerrando la puerta tras de sí.

En la Gerona exterior a aquel apartamento, ya llovía cansinamente, con un martilleo liviano pero insistente que estaba sumiendo a Clara en una duermevela irregular. En la televisión, la noticia de unos disturbios en La Mezquita cordobesa despabiló los exhaustos párpados de Clara que veía cómo un joven recitando era alcanzado por una naranja catapultada desde la concurrencia. De repente, la imagen del



muchacho agredido se transformó en diáfana certeza. Instintivamente Clara ahogó un grito —¡Jaume!

Esa noche el camarada Martínez la durmió en la comisaría. A la mañana siguiente, Jaume y yo estábamos a primera hora en la puerta esperando su salida. Aproximadamente una hora después apareció su silueta recortada en el umbral luciendo dos perfectas ojeras y un rasguño en la barbilla. Al vernos sonrió cansinamente —Vaya sorpresa camaradas.

Nos dirigimos desde allí lentamente en busca del Guadalquivir. Jaume quería enseñarnos algo. Bordeamos el casco antiguo siguiendo la ribera hasta que la piedra monumental se transformó en cal. Entonces nos internamos en una calle estrecha que se abría a nuestra izquierda. Jaume iba delante y se detuvo en uno de los portales blandiendo un juego de llaves —Bienvenidos licántropos a mi nueva cueva.

Se trataba de un apartamento minúsculo y ligeramente deteriorado por el paso del tiempo. Aún no había colocado nada a excepción de una soberbia bandera catalana y una foto de tamaño folio de Groucho Marx. Un par de solitarias cajas esperaban a ser vaciadas en un rincón del salón-cocina.

—Por fin dejo esa pensión de mala muerte, así por lo menos el tiempo que me quede de estar aquí, estaré en mi propio refugio —dijo Jaume con una sonrisa que se le extendía por toda la cara.

—Es muy acogedor. Me gusta —exclamó el camarada Martínez que se había desprendido del abrigo de piel y acomodado en uno de los sillones.

—Marcos ¿qué dices tú? —preguntó Jaume mientras descorría las cortinas.

—¿Cómo lo pagarás? —fue lo único que acerté a responder.

Jaume soltó una carcajada —¿Por esto tienes esa cara tan mustia? Tranquilo hombre, no te pediré dinero. Voy a trabajar, he convencido a Toni para que me deje ser su ayudante. Media jornada de martes a jueves, el fin de semana completito pero los lunes libre.

—No está mal —asintió el camarada Martínez.

—Por lo menos podré seguir armándola gorda —rió Jaume señalando el rasguño del camarada Martínez —y sobre todo podré seguir escribiendo.

Los días que siguieron al altercado del Patio de los Naranjos fueron más tranquilos. Jaume se adaptó perfectamente al espíritu del Licántropo y supo aderezarlo con ese toque de locura vitalista de la que, por otra parte, adolecía Toni. De este modo, los licántropos más excéntricos preferían los fuertes licores de Jaume y los más bohemios continuamos con las espumosas cervezas que con singular gracia no servía Toni. Laura, Leticia y yo comenzábamos por aquellos días a meter la cabeza en el atolladero de los exámenes, siempre con las astas del toro muy cerca de las

rabadillas. Por su parte, el camarada Martínez tras muchos meses extrayendo el usufructo de sus padres, tuvo que enrolarse en una carpintería en la que trabajaba todo el día y de la que escapaba algún rato para explicarnos su nueva vida alienada. Lo más impactante que ocurrió ese mes fue la desaparición de Federico, el más joven del grupo de los viejos republicanos, los cuales tardaron mucho tiempo en asimilar que su cadete de 63 años fuese devastado por un inoportuno ataque de corazón.

La semana antes del final de Procesal, dejé varias noches mi impronta sobre la barra del Licántropo, tomaba una cerveza, compartía unas risas y volvía a casa para estudiar. El viernes llegué más tarde porque había estado dando los últimos repastos al último tema, apurando un inusual estado de lucidez. El bar estaba bastante desalojado de licántropos para la hora y el día que se trataban. Detrás de la barra Toni fregaba los vasos mientras Jaume servía un par de whiskeys con agua a una pareja a la que nunca había visto por allí.

Saludé con la mano —Hoy está la cosa floja ¿eh?

—Ahora sí, antes hemos tenido mucho ajeteo —Jaume terminó de servir a la pareja —¿Cómo vas, picapleitos?

—Bien, como siempre. Soy un hacha. Ponme una caña anda.

—Te tomas una nada más —me susurró Jaume mientras asía el grifo. Yo lo miré extrañado, pero no le hice caso— Dentro de quince minutos libro. Hoy le toca cerrar a éste. Tú y yo

nos vamos por ahí. Llevo dos meses en Córdoba y sólo me he emborrachado en este bar de raros...

—Vete a la mierda, no es un bar de raros —le interrumpí bruscamente, pero Jaume me miró con esa cara que solía poner cuando quería burlarse de todo— Vale —acepté— Nos tomamos algo por ahí, pero poca cosa que mañana tengo que seguir estudiando.

Jaume tardó menos de quince minutos en escapar de la barra, aunque no pudo hacer lo mismo con los reproches de Toni que tuvo que arrastrar hasta la puerta —¿Y las niñas? —preguntó— ignorando al dueño del Licántropo.

—Donde yo debería de estar ahora, estudiando.

—Qué pena —Dejó escapar Jaume con una voz queda y salpicada de ironía.

Estuvimos vagabundeando por el centro, intentando entrar en un par de locales de “alto standing” cuyas puertas no se nos abrieron a causa de mis desgastadas zapatillas y de la melena y barba de Jaume. Cansados ya de vagar, topamos con un garito al que por fin pudimos acceder. La música no estaba demasiado alta, y me pareció que sonaba a algo así como a grunge, tal vez se tratase de Nirvana o Alice In Chains, quién sabe. La gente vestía cómoda y diferente como en El Licántropo, pero el espectro de edades era más reducido. Nos abrimos paso y llegamos hasta la barra donde Jaume comenzó a coquetear con la camarera. Era un poco más joven que yo, rubia y risueña, y se parecía bastante a mi hermana. El catalán intentó conseguir gratis los primeros chupitos, pero no lo logró hasta la tercera

ronda. Mientras me reponía de mi tercer tequila consecutivo, Jaume desapareció. Estuve unos minutos solo y los aproveché para recuperar mi garganta con una cerveza bien fresca.

—Ya estoy aquí —escuché de repente la voz de Jaume muy cerca de mi oído. Me volví y lo encontré muy bien acompañado por dos chicas. Eran dos atractivas morenas vestidas con unos vaqueros y camisas, una la llevaba blanca y escotada y la otra negra y se tapaba con una cazadora que sostenía entre los brazos cruzados en el pecho. Esta última estaba seguro que la había visto por mi facultad.

Me las presentó. Lola y Patri resultaron ser muy simpáticas y justo lo que necesitábamos esa noche. Movimos los esqueletos durante un buen rato al ritmo trepidante de música rock, y Jaume y yo nos alternábamos con las invitaciones. Después de siete chupitos con ellas y de incontables canciones y saltos, salimos del garito rumbo al apartamento de Jaume. No sé si fue casualidad, pero lo único que tenía colocado Jaume en el salón-cocina eran un par de botellas de whiskey y otras tantas de ron añejo. A partir de ahí lo único que recuerdo vagamente es que dimos buena cuenta de una de las botellas de ron y que a la mañana siguiente amanecí desnudo con Patri, mi supuesta compañera de facultad, en el sofá del salón-cocina. Me quedé pasmado unos instantes, contemplando maravillado la preciosa piel desnuda de Patri, cuando el ruido de una puerta me volvió a la realidad.

—Buenos días —me dijo Lola, que salía del dormitorio de Jaume ya vestida completamente. En ese momento me

di cuenta de que yo también estaba desnudo y me ruboricé. Traté de levantarme y ponerme torpemente los pantalones que estaban tirados en el suelo al pie del sofá. Lo siento –continuó la chica– sólo quería despertar a Patri. Logré al fin incorporarme completamente y salí en dirección al baño mientras terminaba de colocarme los pantalones.

Al salir del baño me encontré a Jaume vestido únicamente con unos vaqueros, mirando embobado cómo se vestía Patri –Marquitos, la tuya tampoco estaba nada mal ¿eh?

Cuando las chicas se fueron, Jaume y yo nos quedamos sentados en el sofá, con los pies apoyados en una mesita astillada y con la mirada fija en la foto de Groucho Marx.

–Es la borrachera más grande que he pillado nunca, y es una lástima porque no me acuerdo de nada de lo que pasó con la chica.

–¿De veras? No te preocupes, refrescarás la memoria. Tengo pensado hacer esto muchas más veces, por lo menos hasta que el cuerpo aguante. No hay que dejar ni un segundo por vivir.

–No sé si podré con este ritmo mucho tiempo –bromeé.

Jaume sonrió y se quedó callado un rato, pensativo, con la palidez etílica manifestada en su rostro. Se levantó y llevándose la mano a la frente me dijo –Venga, concluyó el momento de pereza. Acompáñame.

Me revolví perezoso en el sofá –¿Dónde quieres ir ahora?

—A la Casa de la Juventud. He quedado con la directora de una pequeña compañía de teatro. Tal vez representen una obrita que escribí hace unos años. Vamos.

Cuando me incorporé, Jaume ya había cruzado el umbral de la puerta. —¡Venga! —me gritó desde las escaleras.

La Casa de la Juventud estaba cerca del apartamento de Jaume. Por el camino me puso al tanto de sus movimientos. Había estado un par de veces por allí con la idea en la cabeza, pero la oportunidad no se le presentó hasta que conoció a un muchacho que tocaba en un grupo en una de las salas de la Casa de la Juventud y le habló de Mariló, que llevaba la dirección de una compañía de teatro aficionada vinculada a la Escuela de Interpretación. Llegamos pronto y nos entretenimos viendo ensayar al grupo del conocido de Jaume, unos hippies que aporreaban unos timbales sin concierto alguno mientras otros danzaban en el centro de la sala tocando unas flautas bastante precarias. El tiempo gastado allí se me hizo eterno, hasta que de pronto una chica bajita, con el pelo corto teñido de naranja entró en la sala y saludó con la mano desde la puerta a Jaume. Fuimos a su encuentro y salimos de la sala.

—¿Ha habido suerte? —como siempre Jaume fue al grano.

La chica sonrió —Parece que sí. La obra les ha gustado a todos, dicen que es original. Veremos cómo queda.

Jaume me estrechó hacia él con el brazo derecho y me besó en la mejilla, después hizo lo mismo con Mariló —¡Estupendo! Muchas gracias, quedará genial ya verás.

—Jaume, los ensayos los empezaremos mañana. Queremos que estés en ellos, tu opinión como autor es muy importante ¿vale? Mañana a las seis aquí. No faltes.

—No lo haré. Gracias.

Jaume estaba exultante. No paraba, tratando de compaginar su trabajo en El Licántropo con los ensayos. Durante las dos semanas siguientes apenas lo vimos. Leticia, Laura y yo seguíamos zambullidos en el desenfreno de los exámenes y no pisamos el bar esos días. Aunque Laura por su parte quedaba con él con asiduidad porque vivía a cinco minutos de la Casa de la Juventud y pasaba por allí todas las tardes un rato a ver el curso de los ensayos. Por ella me enteré de que hubo algunos problemas, el personaje central de la obra era un alcoholico en paro que trataba de rehacer su vida sin ayuda de nadie, y a Jaume no terminaba de convencerle la interpretación del actor que lo encarnaba. El resultado esperado se demoraba más de lo que el catalán pensaba. Estaba totalmente absorbido por los ensayos e intervenía en ellos con más frecuencia que Mariló. Laura intentaba calmarlo, pero no hacía caso a nadie. Incluso terminó acompañándolo algunas noches a su casa, él se tendía en el sofá y Laura le preparaba la cena, mientras observaba conmovida a aquel misterioso personaje que había aparecido en nuestras vidas unos meses atrás. Cenaban juntos, y conversaban hasta muy tarde acerca de la vida, de política o de las

injusticias, hasta que Jaume decidía acostarse, y Laura también soñolienta cogía su Opel Corsa azul de segunda mano rumbo a su casa donde le esperaba la reprimenda de sus padres.

Para mi hermana también fueron días extraños. No sólo había empezado con mal pie los exámenes, sino que veía cómo su mejor amiga se distanciaba cada vez más de ella. Si bien es cierto que vivía lejos de nosotros, nunca eso había significado un problema, ya que cada día nos visitaba con su coche y pasábamos largos ratos charlando y riendo, incluso en la época de exámenes, a todos nos servía de distracción. Leticia no decía nada, pero se daba perfecta cuenta de que Laura sólo tenía ojos para Jaume. Inoportunamente, además, las riñas entre nuestros padres cada vez eran más frecuentes. Cuando las voces se elevaban demasiado, Leticia entraba en mi cuarto y con su lacia melena rubia ocultando su cara, se tendía en mi cama y me pedía que le pusiese algo de música. Chopin era nuestro preferido, y pronto sus notas invadían la habitación amortiguando el ruido de un matrimonio que desde hacía unos cuantos años no era bien avenido.

El acercamiento de Laura a Jaume cada vez era mayor. Sin embargo Jaume no parecía darse cuenta de ello. Seguía ensimismado con los ensayos y el bar, y aceptaba de buena gana la ayuda de Laura, pero jamás me comentó nada de ella. Una mañana, decidí acercarme desde la facultad al apartamento de Jaume porque llevaba días sin hablar con él. Estaba a punto de marcharse para El Licántropo. Apresuradamente me invitó a desayunar. Tenía mal aspecto, los platos estaban

sin fregar, y el salón era la expresión más pura del caos. Me estuvo hablando mientras desayunábamos del progreso en los ensayos, que pronto estaría la obra lista para estrenarla. Había pensado el primero de mayo, un buen día para ofrecer una oportunidad a un alcohólico en paro. Le transmití mi alegría y disimuladamente cambié la conversación hacia otros derroteros. Salimos del piso y decidí acompañarlo al Licántropo.

Seguí insistiendo con el tema de Laura, hasta que mi paciencia se agotó —¡Por el amor de Dios Jaime! ¿No te das cuenta que Laura no se despegaba de ti?

El catalán se detuvo en la calle sorprendido, miró en derredor y me dijo en un tono mucho más sereno que el mío —No hay nada Marquitos, sólo nos hemos enrollado unas cuantas veces. Somos buenos amigos.

—¿Qué? ¿Has hablado con ella? No creo que piense como tú —me quedé anonadado con la naturalidad de Jaime.

—No, no he hablado con ella. No creerás... —La expresión de mi cara no dejó lugar a dudas —uf, no me he dado cuenta, creí que ella también quería esto... yo no debo... no puedo... perdón —Y de pronto echó a andar rápidamente y me dejó allí.

Aquella tarde, Laura volvió a aparecer por el ensayo, sonrió a Jaime al entrar y se sentó en una de las butacas de la última fila con el abrigo bien abrochado hasta arriba. Esperaba que el día del estreno en mayo hiciera mejor temperatura. El decorado que habían preparado para la representación

era escaso, pero la historia cada vez era más creíble. Jaume estaba satisfecho, aunque con la entrada de Laura en la sala, unas gotas de nerviosismo salpicaron sus gestos. De repente, algo extraño ocurrió, poco después de la entrada de Laura, un hombre de mediana edad se asomó a la puerta, estuvo un rato mirando el escenario y después entró sentándose también en la última fila, aunque en el extremo opuesto de la sala. Así estuvo un rato, hasta que Jaume al volverse para mirar a Laura advirtió su presencia. Quedó petrificado por un instante y con caminar vacilante se dirigió hacia el recién llegado.

El hombre se levantó y dijo con acento catalán —Jaume.

Jaume quedó en silencio por un momento —¿Cómo... qué haces aquí?

—Te vimos por la televisión, Jaume. Así supimos que estabas aquí. Nos pensamos mucho el venir, luego pasó lo del abuelo... y lo pospusimos. Mamá y yo llevamos una semana en Córdoba buscándote. Estábamos desesperados... nunca debiste irte. En estos momentos nos necesitas, y nosotros a ti —el padre de Jaume parecía afectado.

Jaume no oyó el final absorbido por el comentario acerca de su abuelo. Ferrán Antúnez era el familiar que mejor lo entendía, añoraba a menudo sus paseos, y su conversación oculta últimamente por la senilidad sosegaba a Jaume desde la lejanía del recuerdo en los momentos de soledad. Comprendió de inmediato, y conteniendo las lágrimas dijo —Papá, ya sabes... Ahora no es momento, estamos ensayando.

—Está bien, hablaremos después más tranquilamente. Nos hospedamos en este hotel, mamá está allí —Francesc Macías escribió en la tarjeta del hotel el número de la habitación y se la entregó a Jaume —Aunque me quedaré un rato viendo el ensayo, si no te importa.

—Claro que no papá. Cuando termine iré al hotel.

Laura observaba al hombre que había estado hablando con Jaume. Debía tener unos cincuenta años. Conservaba intacto la abundante cabellera castaña que peinaba con un flequillo, aunque la barba empezaba a aclararse. Decidió que se parecía a Jaume y se acercó a él.

—¿Puedo sentarme? —preguntó cortésmente Laura a Francesc Macías.

—Claro —dijo sonriente el padre de Jaume y retiró el abrigo que había colocado en el asiento adyacente.

Laura fue directa —¿Conoce a Jaume?

—¿Que si lo conozco? Pues la verdad es que bastante, soy Francesc Macías, su padre.

—Se parecen mucho, sobre todo por la barba —bromeó Laura y continuó —Yo soy Laura, su novia.

Francesc Macías arrugó el gesto, aunque después intentó ser simpático —Vaya, ¡qué sorpresa! No sabía que Jaume... Bueno, encantado de conocerte. Debo marcharme, mi mujer me espera en el hotel —Se incorporó decididamente, cogió el abrigo y se despidió con un gesto de Jaume, después se dirigió a Laura —Adiós, nos veremos otro día con seguridad.

—Adiós, encantada igualmente —se despidió Laura sonriente.

En el hotel, Clara Antúnez miraba el reloj nerviosa. Eran las diez de la noche y no había ni rastro de Jaume. El pánico a perderlo otra vez empezaba a apoderarse de ella cuando llamaron a la puerta. Dos toques secos. Francesc se levantó, miró a su esposa y fue a abrir. Tras el dintel emergió la figura de Jaume Macías, con unos vaqueros desgastados, una camisa de cuadros azules y una rebeca gruesa azul marino. La melena rubia brillaba bajo la bombilla del pasillo. Clara cruzó la habitación y abrazó con fuerza a su hijo. Al mismo tiempo, madre e hijo estallaron en un silencioso llanto seguido de cerca por la mirada atenta de Francesc Macías.

Jaume andaba cansinamente de vuelta a su apartamento de la ribera. Los ojos enrojecidos eran un síntoma evidente de lo duro que había sido para él reencontrarse con sus padres después de nueve meses. Aquello no entraba en sus planes, habían venido para que volviera con ellos a Gerona. Ahora no, había dicho, por lo menos no antes del estreno de la obra, de su obra. Se internó casi sin despegar los pies del suelo en la callejuela que llevaba a su apartamento. Había alguien sentado en su portal.

—Hola Jaume —emergió una voz femenina de la figura agazapada.

—Laura... no te había reconocido, ¿qué haces aquí sola? Es muy tarde, vamos dentro.

Subieron las escaleras lentamente, Jaume no hablaba, y respondía con gestos a las continuas preguntas de Laura.

—Pasa Laura, y siéntate. Yo voy mientras a ducharme —fue lo único que acertó a balbucear.

Laura se estiró en el sofá y gastó los veinte minutos que tardó Jaume en ducharse viendo un programa de cotilleos que produjo una impavidez extraña en su cara. Estaba nerviosa.

Jaume apareció vistiendo un chándal viejo y una toalla en los hombros para no mojar la ropa con el pelo empapado. Cruzó el salón-cocina y se paró delante del frigorífico.

—¿Has cenado? —preguntó Jaume escudriñando el fondo de la nevera.

—No... déjalo Jaume. Ven aquí un momento por favor, quiero hablarte de algo.

Jaume cerró el frigorífico y con gesto serio se sentó junto a Laura. Ésta prosiguió:

—Jaume voy a ser clara. Es verdad que hay algo entre nosotros —buscaba los ojos de Jaume esperando complicidad— Pero como tú no dices nada, voy a ser yo la que te lo pregunte, ¿qué es lo que sientes exactamente hacia mí?

El catalán fue cortante —No veo que te interese lo que yo piense. Te ha faltado poco para ir a decirle a mi padre que eres mi novia. Yo creía que éramos amigos, pero parece que somos mucho más...

—Nos hemos acostado varias veces, creí que eso significaba...

Jaume empezó a ablandarse al ver las lágrimas asomar en los ojos de su amiga. Cogió sus manos y clavó su mirada en el iris de los ojos de Laura –Lo siento... yo creí que tú también buscabas eso. Perdóname, para mí significas mucho.

–¿Sólo como amiga, no? Eso es lo que quieres decir ¿verdad?

–No, me he dado cuenta que me gustaría que fueses mucho más que eso. Pero no puede ser, es imposible.

–No te entiendo, yo no sé en tu tierra, pero aquí hablamos claro.

Jaume respiró y acompañando a Laura con dos lágrimas en sus mejillas dijo –No puede ser porque debería estar muerto –El gesto de Laura palideció pero no dijo ni una palabra, el catalán siguió –Me diagnosticaron un tumor cerebral, me dieron medio año de vida. Por eso me fui de casa, no quería que mis padres me vieran morir lentamente... y me quedaban tantas cosas por hacer. No quería que nadie sufriese, sólo quería exprimir los días que me quedaban, realizar los sueños que siempre tuve, y aquí los estoy rozando. Conocerlos a todos ha sido genial, y conocerte a ti ha sido lo mejor que me ha ocurrido nunca, pero no quiero hacerte sufrir. Este tiempo que estoy viviendo es un regalo ¿no lo entiendes? –Jaume se detuvo y tragó saliva, Laura había dejado caer la cabeza en su hombro –Mis padres se enteraron hace unos meses, llamaron del hospital... Me vuelvo con ellos a Gerona cuando estrene la obra. Será lo mejor, quiero que me recuerdes así y no agonizando en una cama.

Laura no dijo nada. Sólo se escuchaba su sollozo continuo en el hombro de Jaume. Así en esa posición permanecieron toda la larga noche.

Laura guardó celosamente el secreto de Jaume y no se despegó de él durante los días que él estuvo en Córdoba. Pasó el tiempo sin que los demás supiésemos nada, hasta meses después en que todo había acabado. Recuerdo las últimas palabras que me dirigió antes de marchar para Girona —Adiós Marquitos, me gustaría que un día escribieras algo sobre estos meses ¿lo harás? —preguntó con su eterna sonrisa —Claro, algo se me ocurrirá, ya lo leerás —contesté y nos fundimos en un abrazo largo cuyos visos de última vez sólo él conocía.

Y así llegó el primero de mayo, el día en que se estrenaba la obra de Jaume. El salón de actos de la Casa de la Juventud estaba repleto, Toni había cerrado el bar y todos los licántropos estábamos presentes. Al camarada Martínez le costó el puesto de trabajo, pero allí estaba de pie en un lateral con su incansable palabrería mermando la paciencia de mi hermana con sus historias. Los viejos republicanos ocupaban la primera fila junto a los padres de Jaume, que esperaban el momento cogidos fuertemente de la mano. Ahora mientras escribo me explico por qué lloraba Laura cuando le deseó mucha mierda a Jaume y por qué aguantó muda mi preocupación por su llanto. Y por último, en el pasillo central entre las butacas estaba yo, inmortalizando con mi cámara de video lo que fue el último gran sueño de Jaume Macías.



MAR DE SOLEDADES



*"El hombre es una multitud solitaria de gente
que busca la presencia física de los demás para
imaginarse que todos estamos juntos"*

(Carmen Martín Gaité)

1.- LA PLAYA

El mar rugía con bravura aquella tarde. Muy próximo a la orilla, Abel repartía las cartas con picardía sin quitarle los ojos de encima a María. Ésta, conocedora de su atractivo, se dejaba embadurnar con la mirada del chico mientras contemplaba, con desgana, a una joven pareja de enamorados que jugueteaban dichosos en la cresta de una ola.

—¿Empezamos? —preguntó Abel apartando la vista de las doradas piernas de María y paseándola por el resto de compañeras de juego.

—Un segundo nada más y ya estamos —contestó Clara mientras terminaba de anudarle el tirante del bikini a Lola, que lo había soltado para evitar las marcas del sol en los hombros.

El viento comenzaba a acelerarse con el paso lento de los minutos. A unos metros de los cuatro tahúres, los padres de Lola se fijaban en ella con gesto descontento. La muchacha, que apenas sobrepasaba las dos décadas de edad, participaba humildemente de la partida sin sentirse muy involucrada en

ella, pero haciendo todo lo posible por desviar la atención lejos de sus padres. Al lado de dos mujeres tan hermosas como María y Clara, Lola se sentía vulgar y aburrida. El escueto bikini rosa que tan favorecedor le pareció cuando lo adquirió, ahora no hacía más que poner al descubierto carnes flácidas y curvas demasiado redondas.

Cerró los ojos con violencia como para desechar tan desconsoladores pensamientos y se concentró en el juego y en las conversaciones de su nuevo y efímero grupo de amigos, adornando su boca con una sonrisa de alegre melancolía. Después de todo, para eso habían sacrificado sus padres los pocos ahorros de que disponían; para que saliera a flote. Para resurgir de una vez por todas. Aunque los medios fueran ligeramente diferentes a los que hubieran deseado sus progenitores, quienes tendidos al sol añoraban con inquietud su ausencia.

Abel y su hermana Clara dominaban la situación como desde el primer momento en que se conocieron los cuatro en uno de los muchos salones del hotel. De rodillas sobre la finísima arena, el chico disparaba una broma después de otra esperando seguidamente el coro de risas y elogios que satisficiera su ego. Esta respuesta comenzaba invariable y estrepitosamente por la carcajada ruidosa de Clara para ir perdiendo volumen y transformarse en una risa más suave y elegante en los labios de María. Lola en un segundo plano, trataba de contestar a los chistes de Abel con gracieta salpicadas de deje extremeño que para los



oídos siempre atentos de sus padres resultaba más simpático que el recargado acento madrileño del chico. De todas formas el resultado obtenido era siempre más discreto que el de Abel.

Se encontraba el cuarteto inmerso en una exagerada carcajada cuando, de repente, una ola solitaria y atrevida sesgó de un plumazo el entretenido juego mojando toallas, naipes, piernas y traseros. Lola se dispuso rauda a pescar sus cartas, que habían quedado flotando en el vaivén del mar. Tan sólo Clara se prestó solícita a ayudar a Lola a recoger las cartas, ya que María andaba ocupada estrujando la toalla para vaciarla de todo el agua que había absorbido. La chica desistió pronto de la tarea y se incorporó para secarse con la toalla que Abel le ofrecía y que, milagrosamente, había resultado ilesa.

De pie, la silueta de María era irresistible a los ojos de Abel. El bikini azul oscuro favorecía el suave dorado del sol bajo la rojiza luz del atardecer costero. Cuando María terminó de peinar la negra melena rizada, se dispuso a recoger sus enseres playeros y, acompañada de Abel, abandonó la playa con paso liviano. Clara se retrasó sólo lo suficiente para finalizar la búsqueda de cartas y salir corriendo detrás de Abel y María, dejando allí a Lola con las cartas hechas un amasijo de cartón mojado y los padres de ésta llamando insistentemente a su hija, conminándola a permanecer allí con ellos.

2.- FIESTA EN EL HOTEL

El Hotel Marítimo albergaba en su interior, además de numerosas salones para el relax y varios bares y cafeterías, tres salones de fiestas que hacían las delicias de sus numerosos huéspedes. Éste era uno de los motivos principales (aparte de su extraordinaria ubicación en primera línea de playa y su proximidad al Puerto Marítimo) por los que Clara y Abel habían decidido hospedarse aquí.

Clara, a sus treinta y siete años de edad y doce años de trabajo como maestra de inglés en un colegio de Madrid, había resuelto tirar de ahorros y disfrutar de un año sabático. Acompañada de una amiga, exhibió su espléndida madurez por unos pocos países europeos mochila al hombro; practicó yoga, se apuntó a clases de pintura e incluso rozó la osadía de acometer la escritura de una novela basada en su ajetreada vida. Ahora que el mejor año de su vida tocaba a su fin, acogió la propuesta de su inseparable hermano de buen grado y aceptó gustosa acompañarlo dos semanas a las delicadas playas del litoral murciano.

La Sala Julio César presentaba un aspecto poco populoso a esas tempranas horas de la noche. Apoyada de costado en la barra, Clara observaba aburrida el gran número de familias sentadas en el salón exterior entre mosaicos, bustos y estatuas de ambientación romana. Por el contrario el salón de baile estaba prácticamente desierto. Clara deslumbraba a la poca concurrencia con un delicado vestido color marfil que imitaba el estilo de las grandes películas de Hollywood de

los años cincuenta, pareciendo de esta guisa (y con el pelo recogido en un moño desenfadado), una versión madura de Audrey Hepburn.

Muy pegado a Clara, Abel bostezaba, ocultando su poblada perilla con una mano semiabierta y guiando su vista al rumbo de la de su hermana. Llevaba unos vaqueros ajustados y sutilmente descoloridos en los muslos, acompañado de una asfixiante camiseta de licra negra con motivos de relieve dorado. Este atuendo distaba mucho del que vestía en Madrid, donde prácticamente todos los días había de llevar traje (Gucci o Armani, a ser posible) por motivos de trabajo. Sus clientes no pasaban por alto el vestuario, y él, como responsable del área de publicidad, tenía que estar a la altura de las circunstancias. Apuraba su segundo whiskey con cola cuando vio entrar a Lola seguida por sus padres y dos matrimonios cincuentones.

—Vienes muy guapa —exclamó Clara elevando su voz por encima de la música veraniega que animaba la sala.

Lola que se había acercado nada más divisó a la pareja de hermanos, sonrió a Clara en gesto de agradecimiento —Tú también... bueno, los dos estáis muy guapos —dijo mirando tímidamente a Abel que ahora la saludaba indiferente con la mano. Sin llegar al nivel de Clara, Lola se veía muy favorecida con un vestido de color azul de tirantes que se había comprado antes de venir al hotel.

La sala comenzaba a engullir gente de todas las edades que se precipitaban animadamente por las escaleras que bajaban

desde el salón principal del hotel, junto a la recepción. La música retumbaba atronadora. Las parejas mayores eran las más atrevidas en la pista de baile. Los más jóvenes, por el contrario, esperaban su turno bebiendo junto a la barra.

Lola intentaba entablar conversación sin demasiado éxito. Tan sólo Clara la escuchaba educadamente, fingiendo un interés que el fondo no sentía, mientras que Abel seguía muy pegado a su hermana sin perder detalle de la pista de baile y vaciando todo el whiskey que el camarero le ponía por delante.

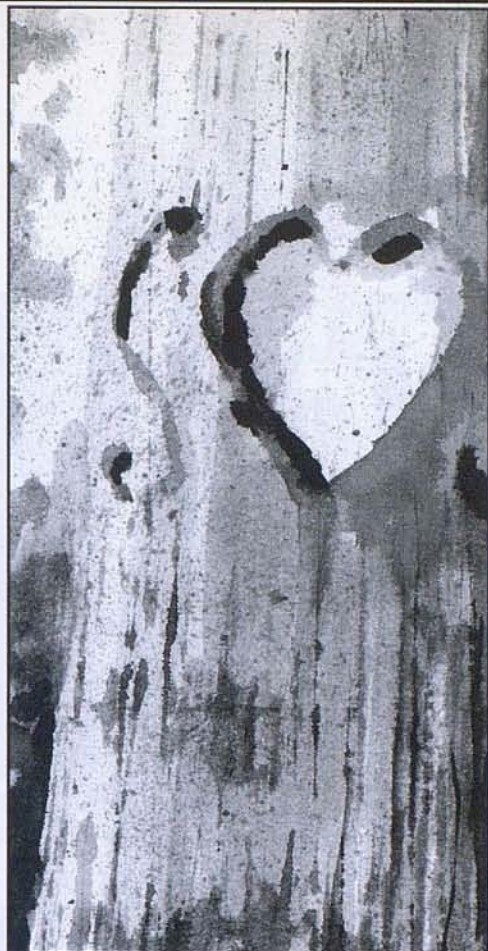
En ese momento, irrumpió solemne en la sala María, acompañada de una elegante mujer que conservaba una excelente figura a pesar de sobrepasar, a duras penas, los cuarenta y cinco. Sin hacer demasiados aspavientos, María saludó discretamente a Lola, Clara y Abel y se sentó en la esquina opuesta a la barra junto a una mesa menuda con su acompañante.

—Vaya, ha venido con su madre —apuntó Clara.

—¿Su madre? —preguntó asombrada Lola.

—Increíble ¿a qué sí? —contestó desabrido Abel.

—Ya lo creo —pensó en voz alta Lola, sin poder evitar echar un ligero vistazo a su propia madre, que debía tener aproximadamente la misma edad y cuatro veces más trasero que la madre de María.



INSCRIPCIÓN EN UNA SEQUOIA

UNIVERSIDAD DE VALPARAÍSO, FACULTAD DE CIENCIAS FÍSICAS Y MATEMÁTICAS



UNO: LA MUESCA

Cuatro agujas imposibles flanqueaban cada esquina del parque como torres de una catedral gótica. Cuatro prodigios naturales compitiendo en osadía con paisanas moles antrópicas, que miraban con recelo la intrusión en aquellos lares de sus afiladas hojas.

De entre todas ellas, la sequoia más erecta y celestial, lograba levantarse vertical cien vertiginosos metros en el rincón sur de la otoñal masa arbórea. En el tronco, a la altura del dominio humano, un garabato de navaja estropeaba la virginidad natural con dos letras cuyo nexo de unión era un corazón. Desde la cúspide, se regalaba un espectáculo visual único para el mortal que osase ascender el tronco. Si algún ser vivo se hubiese atrevido, como por ejemplo aquella lechuza, tan común en este bosque relicto, que descansa plácidamente sobre el acebuche junto a los columpios, hubiese podido maravillarse con la visión de la parroquia mayor escoltada por infinidad de paredes encaladas, de la plaza de toros desierta de algazara en estas fechas o de la ermita de la patrona amparando a sus fieles, pero, sobre todo, hubiera sentido la comunión entre el balcón vegetal y sus tres hermanas menores custodiando centenarias sus dominios.

Regresando de nuevo al acebuche, anonadada por la catarsis que pudo ser pero no fue, la lechuza soñolienta se distrae con una visión más terrenal pero no por ello menos grandiosa, que con seguridad hubiera transmitido a la rapaz una sensación de dicha si la naturaleza la hubiese dotado de mayor entendimiento.

Unas risas infantiles inundan el espacio recreativo del parque siguiendo un patrón fijo. La muchacha que las provoca pone todo su esmero en hacer coincidir el fuerte impulso del columpio con la desternillante carcajada de su hija. La madre, bajita, como era usual antaño más que ahora, no debe contar con más de veinte años a juzgar por las espinillas de la cara, aunque sus ojos, profundamente azules, revelan más de una batalla ganada. El pelo, de un rubio no tan brillante como el de su hija o como el de ella misma hace algunos años, descansa en una coleta lacia sobre un anorak amarillo con más de un otoño.

—¡Venga Helena, que nos vamos ya! —Ipsa facto, las risas se tornaron en protestas pueriles. La madre, enternecida, estampó un sincero beso en la mejilla de la chiquilla —Es que hay que irse mi niña, que tengo que ir después a trabajar y hay que comer primero —Helena cesó a regañadientes la reivindicación y se dejó coger por la madre que la depositó sobre la hojarasca. La niña tendría unos cinco años y era un perfecto clon de la madre, a excepción de una faz más fina y mejor proporcionada que la de ésta.

La muchacha y su hija se retiraron con relativa diligencia de los columpios y se internaron en una avenida conquistada por laureles y ciruelos del Japón. Junto a una de las puertas laterales, de reja romántica, un jardinero retiraba con dedicación las hojas de unos álamos revestidos para el invierno de plata de ley, que se alzaban por encima del verde y el granate dominantes. El hombre saludó con la mano a la chiquilla que sonrió y se apretó tímidamente contra la madre.

A la izquierda de la pareja, y acompañando a ésta en su caminar, se extendía una pradera de piedra y loseta que latía en el centro del parque, delimitada a lo largo por dos farolas que hubiesen hecho las delicias de Luis XIV. Un banco de mármol rojo recorría todo el perímetro del rectángulo adornado con exquisita carpintería metálica. En un punto concreto de éste, junto a una de las dos entradas que se abrían a lo largo, reían y vociferaban un grupo de jóvenes. Las inocentes preguntas de Helena y el solemne silencio del otoño construían una perfecta barrera acústica ante aquella algarabía en los oídos de la muchacha, que se vieron destapados de pronto con un grito familiar —¡Sofía! —La voz provenía de una figura que se destacaba del grupo y se dirigía hacia ellas corriendo. El muchacho era rubio y tenía el pelo ondulado y algo dejado crecer. Vestía unos vaqueros desgastados y raídos y una camiseta de algodón azul clara con la manga larga de un tono más oscuro. En la mano llevaba una cazadora de cuero negro que se vio obligado a dejar caer ante el amago de traspíe que sufrió al intentar saltar el banco. Repuesto del

susto se aproximó con más prudencia y la cazadora manchada de albero.

—¿Dónde va mi niña? —exclamó con dulzura, agachado en cuclillas para colocarse a la altura de la chiquilla. El joven era bien parecido, de gesto galante y provocadoras maneras.

—A mi casa a comer —respondió risueña Helena.

El muchacho dirigió por primera vez la vista a la madre que prestaba más atención a las risotadas de sus compañeros que a él mismo —¿Ya os vais? Déjamela un rato.

Sofía negó con expresión vehemente —Imposible, ya es tarde. Tengo que calentar la comida, comer, recogerlo todo... que dentro de un rato trabajo.

El joven pareció ignorar a Sofía y comenzó a jugar con los rizos de la pequeña —Helenita ¿no te quieres venir con papá? Me quedo contigo en los columpios hasta que te hartes ¿vale?

—¡Julio! ¿No me escuchas? He dicho que no y punto. Adiós —dirigiéndose a la hija le dijo: —Helena despídete de papá que nos vamos.

—Sofía, Helena también es mi hija. Deja que se quede conmigo, que ya come en mi casa y luego la llevo a la tuya.

Un ruido de cristales rotos procedente de la panda del muchacho cortó en seco el alegato de éste —¿Pretendes que deje aquí a mi hija? —la pregunta no necesitó respuesta alguna— Te recuerdo que mañana sí te toca. Espero que en otras condiciones —Madre e hija desfilieron abandonando al muchacho a los requerimientos de sus compañeros de juerga. Una voz ronca

femenina sobresalía por encima de todas —¡Julio, ven que te pierdes lo mejor!

El ascenso por las escaleras fue más raudo que de costumbre. Una vaporosa y penetrante humareda impregnada de esencia de carne quemada alertó a Sofía, que con su hija en brazos, se abrió paso a trompicones en la vivienda —¡Papá qué has hecho! —El paisaje de efluvios industriales inundaba toda la cocina. En la hornilla, en una sartén ennegrecida, dos filetes revivían el martirio de San Lorenzo.

Asustado por los gritos de Sofía, un hombre sexagenario salió del balcón con una pipa en la boca blandiendo el ABC —¡Los filetes! —El padre de Sofía transmitía solemnidad. Si no fuera por los pantalones de pinza beige y el chaleco de punto que vestía, hubiese pasado a cualquiera por un franciscano, debido a la venerable barba blanca perfectamente recortada y a la aureola alopécica que exhibía en la coronilla.

—¡Papá, no puedo dejarte solo! ¿Por qué has tenido que hacer nada si ya venía yo? —la reprimenda era simultaneada con el arreglo de aquel estropicio.

—Lo siento hija, es que me ensimismé leyendo el periódico. Un despiste, sólo ha sido un despiste. Anda, serénate que te ayudo y estamos comiendo en un santiamén —el hombre salió de la cocina con el periódico bajo el brazo y la pipa chimeneando a todo trapo.

Desde que se jubiló, el padre de Sofía era la compañía más valiosa que podía tener su hija para sacar adelante a la pequeña Helena. Antiguo profesor y viudo, letraherido y

filósofo a partes iguales, estaba más capacitado para disertar largamente sobre Séneca que para preparar unos filetes de pollo a la plancha.

El nacimiento de Sofía fue una sorpresa inesperada que bombardeó con alegría el seno de un matrimonio cuarentón. Este hecho de que Sofía fuera una hija tardía, agravó el impacto que el embarazo de ésta causó en el viejo profesor, que junto con su difunta esposa habían ido desarrollado infinidad de ilusiones acerca de la carrera de la hija, que apuntaba muy buenas maneras desde que de muy pequeña devorara con devoción la obra de Verne.

El transcurrir de los acontecimientos alejó el cariño del trato diario que mantenían padre e hija y la negativa de ésta a tolerar un matrimonio convenido trasladaron la tensión a cada palabra que se formulaba en la casa. El profesor insistía enfermizamente en que si la boda se hubiese llevado a cabo, al menos aquel granuja estaría más controlado de lo que estaba ahora. Sin embargo, allí estaba Helena, recordando cada momento con su presencia que el verdadero motor de aquel hogar era ella, y así de paso amortiguar el odio que, en especial el padre de Sofía, respiraba contra Julio.

—Abuelo, he visto a mi papá —el almuerzo había transcurrido enmudecido hasta que la pequeña habló.

El hombre miró a Sofía conminándola a relatar más ampliamente la historia. La hija se dio por aludida —Estaba con Helena en los columpios y lo encontramos allí cerca bebiendo

con sus amigos –Sofía hizo un gesto para no continuar la conversación delante de la niña.

El padre fingió ignorarla –Con sus amigos... y con su amiguita también ¿no? –Sofía asintió sin levantar la cabeza del plato –¿Y qué te dijo?

–Nada papá, sólo quería que Helena se quedase hoy con él a comer.

–¡Hoy sí! ¡Pero el resto de las veces a lavarse las manos! ¿Cuándo fue la última vez que se quedó con la niña o al menos te llamó para preguntar por ella?

Sofía se levantó de la mesa –No lo sé papá. Siempre es lo mismo, déjalo estar ¿vale? –Se acercó a la pequeña y le dio un beso en la cabeza– Me voy. Papá, recoge esto y ten cuidado con quemar algo más.

Sofía más que nadie detestaba haber tenido que abandonar sus estudios tan pronto. Embriagada por un halagüeño futuro al lado de Julio, se dejó llevar hasta que la realidad le sacudió fuerte en la frente. Lo que más aborrecía de tener que limpiar aquella escalera era romper así los sueños que siempre habían alimentado en ella sus padres. Allí estaba ella, refregando la bayeta en la barandilla de los que hubiesen sido sus vecinos, imaginándose delante de un ordenador escribiendo su primera novela, o ante doscientos alumnos universitarios explicándoles con pasión cómo se libraron las Guerras Púnicas.

Terminó la tarea después de que en su cabeza, Aníbal cruzara el Ródano y se dispusiese a afrontar los Alpes. Guardó los enseres de limpieza en una pequeña cámara junto a la

puerta del edificio, y en lugar de salir de él, cogió dos cubos de plástico y los llenó de agua. Subió hasta el tercer piso y se detuvo en la puerta del tercero izquierda.

Sacó un juego de llaves y abrió.

El piso estaba vacío de muebles pero no de polvo. Sólo dos elementos denotaban el paso de humanidad entre aquellas paredes. En el salón, en uno de los muros, un enorme óleo presidía el piso. En el cuadro, un formidable árbol se levantaba rígido buscando el cenit. A sus pies, una niña sentada, apoyaba la espalda en el tronco mientras leía un libro. Aquella pintura era el más valioso recuerdo que conservaba de su madre, y la representaba a ella con sus dos grandes pasiones, la letra escrita y la majestuosidad de la naturaleza en forma de sequoia. El otro retazo de vida se hallaba en el balcón, donde una veintena de diminutos bonsáis pugnaban desesperados por el escaso sol de noviembre.

Se acercó con lentitud a un pequeño olmo casi desnudo de hojas que clamaba agua a su ama.

Fue en busca de los cubos, pero algo le hizo detenerse de nuevo frente al cuadro. Allí estaba ella, una niña de vestido azul apoyada en su árbol, todavía límpido de inscripciones. Con lágrimas en los ojos, miró a su alrededor y se dejó caer derrotada en la pared que sostenía los recuerdos de su madre. Ante sus ojos llorosos, se manifestaba, desamueblado e inhóspito, el regalo de bodas que le hizo su padre.

El café humeaba su sabor negro hasta las mesitas adyacentes. El padre de Sofía lo sostenía triunfante en alto,

el codo apoyado en la rodilla y un ojo en las páginas de sucesos —¡Cuánta desgracia!— pensaba para sus adentros el viejo profesor. El otro ojo, aburrido de tanta tragedia, escudriñaba curioso la terraza de enfrente, tras la cristalera de su santuario vespertino.

Era una magnífica tarde de otoño, que los ociosos aprovechaban para disfrutar de los escasos rayos de sol que se regalaban. Junto a la calzada, el padre de Sofía había descubierto a Julio departiendo alegremente con su nueva novia —¡Qué familiar le resultaba todo ese pavoneo!— La muchacha era la antítesis de Sofía; morena de piel y de rizos y excesivas carnes blandas. De repente, el viejo profesor se sobresaltó. La imagen de Sofía con la pequeña Helena se añadió al marco de la pareja. En ese momento, comprendió que Julio había vuelto a incumplir sus deberes de padre barbilampiño.

Contempló impávido la escena y aguardó a que su hija terminara de vociferar y se retirara malhumorada. Comprobó el bolsillo de su americana, inhaló una majestuosa bocanada de aire y se irguió con tranquilidad. Después de pedir al camarero que le apuntara el café para otro día, salió de la cafetería.

En lugar de marchar, como era costumbre en él todas las tardes, hacia la biblioteca, para saludar a su buen amigo el bibliotecario y matar unas cuantas decenas de minutos, se internó en una callecilla estrecha donde guardaba el coche. El espléndido todoterreno esperaba inmaculado dentro de la

cochera. Montó en él y salió a la luz de la avenida principal, dejando atrás las sombras de la calle, y disfrutando del sonido poderoso y suave del motor. Al pasar delante del café donde Julio y su novia conversaban, accionó el claxon a modo de saludo.

Apenas comprobó la expresión de incredulidad en el rostro del joven, aceleró avenida abajo.

El profesor bordeó casi la totalidad del centro de la ciudad y se dirigió al parque. Aparcó en una de las calles que lo circundaban y se encaminó hacia el rincón sur. El ritmo célere que imprimía a sus pasos lo situó pronto delante de la más alta de las secuoias del parque. En el vetusto tronco de la conífera, una somera muesca de navaja hería las profundidades de aquel hombre que, aparentemente impertérrito, fijaba la vista en ella.

Una S y una J separadas por un corazón.

El padre de Sofía saltó con la agilidad que le permitía su edad el seto y se adentró en el jardín hasta tocar el tronco de la secuoya con las manos. Comprobó de nuevo el bolsillo de la americana, y esta vez sí, sacó una navaja del interior. Con paciencia de hilandero convirtió la inscripción en una maraña de trazos ininteligibles. Arrojó la navaja en el jardín y se marchó en busca del coche con barro en las suelas de los zapatos.

Arrancó rápidamente el coche como quien no quiere pensar en nada más que en los mandos. Rodeó la porción restante del centro urbano y se colocó en la cabeza de la

avenida principal. A lo lejos se veía todavía a Julio con su acompañante en la cafetería —Esa chulería, esos ojos de niño bueno que te sirvieron para encadenar a Sofía—. Presionó hasta el fondo el pie derecho y el todoterreno salió disparado hacia el final de la avenida. Al llegar a la altura de la cafetería, el profesor giró bruscamente la dirección del volante, y el vehículo arrastró la mesita donde la pareja charlaban.

En un último intento, el padre de Sofía procuró que la magnitud del golpe recayese principalmente en el padre de su nieta más que en la muchacha.

Julio quedó enganchado en el parachoques del enorme coche y cuando se soltó, el vehículo le pasó por encima. El profesor efectuó otro volantazo para volver a la calzada, y al verificar por el espejo retrovisor que el cuerpo del muchacho reposaba inerte en el asfalto de la avenida, detuvo el motor, bajó del todoterreno y dirigió cansinamente sus pasos hacia la comisaría de la policía nacional.

DOS: HELENA

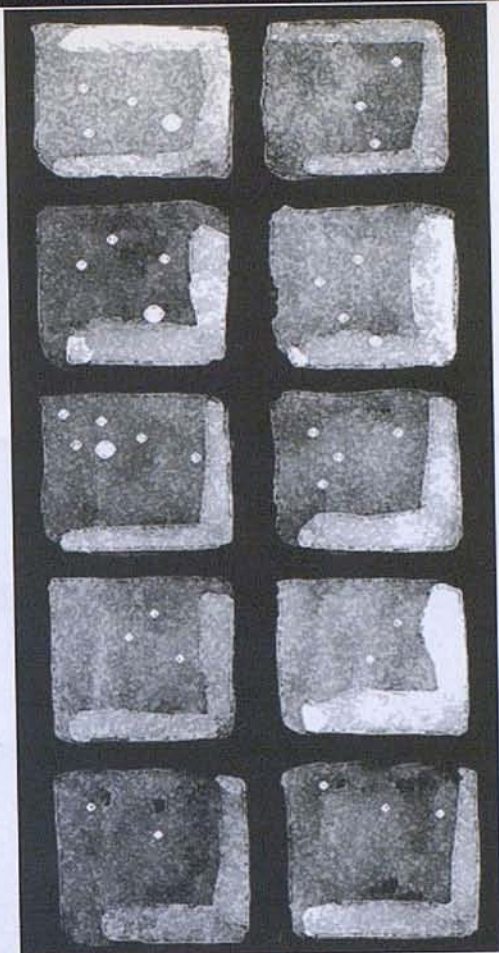
Una moderna lamparita de tenue luz iluminaba el cuadro que la madre de Sofía pintó para ella. Delante, en el suelo, Helena pintarrajeaba con lápices de colores copias sui géneris del óleo de su madre. Repartidos por todo el piso donde llegaba el sol, los bonsáis lucían el mejor aspecto posible. Y en la cocina, decorada con gusto exquisito, Sofía daba las últimas instrucciones a la canguro acerca de la cena de Helena.

Se miró una vez más en el espejo de la entrada retocándose el pelo y, despidiéndose de su hija, se marchó a celebrar su flamante y reciente bachillerato.

Sofía caminaba nerviosa por la calle meditando sobre los últimos meses de su vida. Al fin se había armado de valor y decidido concluir aquello que nunca debió dejar. Ahora las puertas estaban más abiertas que nunca.

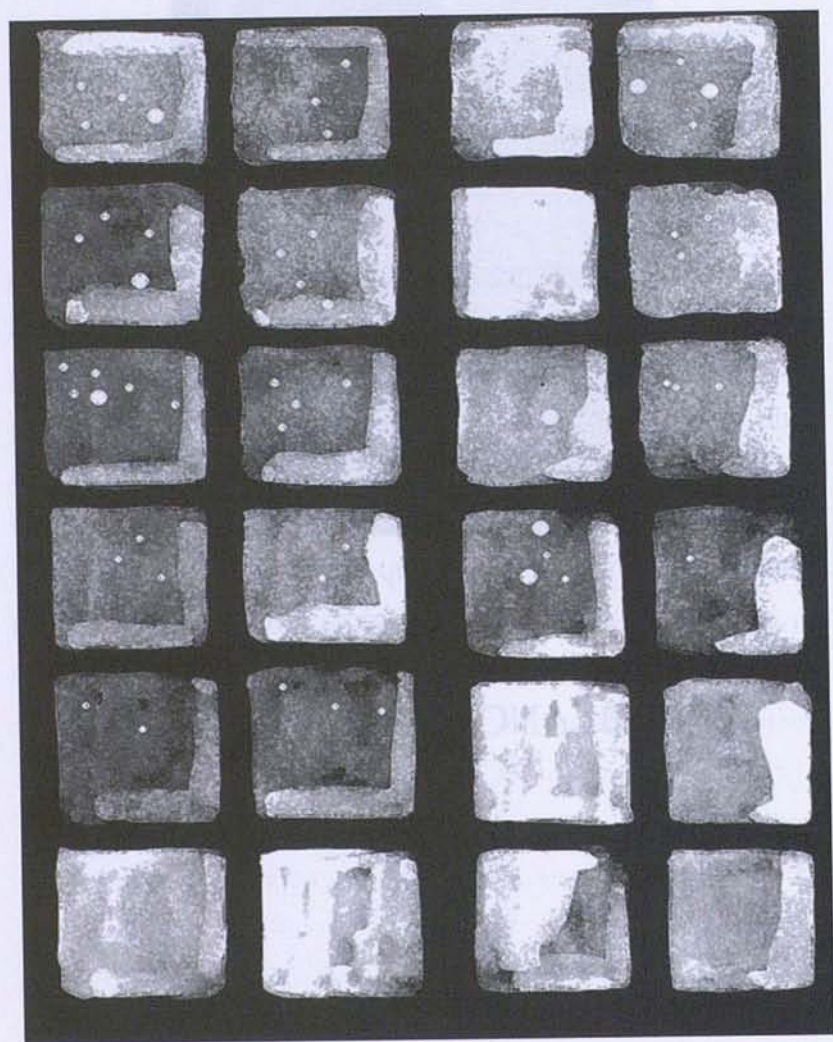
Cuando llegaba al instituto donde se celebraría el acto, recapacitó y cambió de ruta para pasar primero por el parque. En el umbral del verano ofrecía un aspecto mucho más populoso que en otoño e invierno. Avanzó entre la gente hasta su rincón predilecto y se detuvo ante la sequoia, como unos meses atrás hizo su padre. Con una sonrisa en los labios comprobó por enésima vez la nueva inscripción —Helena—

Respiró más satisfecha que nunca y se marchó silbando a disfrutar de un gran momento.



BLANCAS PAREDES

Aparte del doctor Tricatel, había dos enfermeros que
en la casa y la cur de la moneda. El médico es un príncipe.



El rutinario gorgojeo de las gargantas ajadas por el paso del tiempo revela que ya todos duermen. Yo, como siempre, permanezco despierto, acompañado por el inseparable insomnio que fastidia cada una de mis noches desde que murió mi hijo. Y de eso hace ya mucho tiempo.

Me llamo Agustín Marqués y tengo 76 años. Desde hace ocho estoy interno en este hospital geriátrico que tiene más ganas de prolongar mi vida que yo. Aclaro esto: no es que esté mal el sitio en cuestión, lo que ocurre es que a estas alturas de la vida, considero que todo lo que tenía que hacer ya lo he hecho. Y lo único que queda ahora es sentarse a contemplar los minutos pasar e ignorar en todo lo posible las chocherías de mis compañeros de fatigas, que no son pocas. Dicen que hasta la muerte todo es vida, y no voy a ser yo quien contradiga esta sentencia tan profunda.

El personal de la residencia es mejor que el que se le supone a un lugar como éste. El doctor Fuentes es majo, algo serio, pero buena persona que es lo que realmente importa. Lleva un par de años aquí y en ese poco tiempo ha hecho que olvidemos al impresentable de su predecesor, un viejo cascarrabias que nos aguarda al otro lado de la vida criando malvas.

Aparte del doctor Fuentes, trabajan dos enfermeras que son la cara y la cruz de la moneda. Remedios es un primor

de culito respingón y senos turgentes que aún no ha llegado a los cuarenta y que, en mi opinión, tiene enamorado al doctor. Lástima que sea tan remilgada y beata, pues así se pierde mucho el juego que nos podría dar si fuese de otro carácter.

Dolores en cambio, es una arpía estirada que deambula por la residencia como si todo le diese asco, excepto ella misma. Esta sí pasa de los cuarenta años, aunque está bien conservada y tiene unos bonitos ojos verdes que admiraría con deleite si ella no evitara mirarnos a la cara.

Todas las noches suelen estar marcadas por la monotonía de mi insomnio y diversos ruidos de fondo que prefiero no describir. Pero anoche ocurrió algo diferente. Entre ronquidos y ahogos procedentes de las demás habitaciones, se filtraba una discusión que provenía del despacho del doctor Fuentes. Con sigilo, me levanté de la cama y coloqué el oído detrás de la puerta con la esperanza de captar algo, y lo conseguí. La conversación se había trasladado al pasillo y desde mi posición se hacía perfectamente audible. Sin lugar a dudas se trataba del doctor Fuentes y Remedios que discutían acaloradamente:

—No hagas las cosas más difíciles, Ricardo. Tengo la decisión tomada y no voy a volverme atrás —la enfermera intentaba contener el tono, pero la emoción matizaba con tintes poco habituales el timbre de su voz.

—Sólo te pido que no tomes la decisión tan “a la ligera”.

—¿A la ligera? Llevo años pensándolo y tú lo sabes.

—Lo sé —se hizo el silencio— Supongo que no creí que lo hicieras —pasase lo que pasase, el doctor Fuentes estaba afectado.

—Adiós, Ricardo —fue lo último que se oyó.

Al día siguiente todo se aclaró. Desayunábamos con parsimonia en el comedor, cuando la enfermera Dolores entró con actitud de conquistador megalómano y nos comunicó:

—¡Atención todos! —gritó— Tengo que deciros algo importante.

Todos callamos porque ya estábamos previamente callados. Las bocas y gargantas no están ya como para ponerlas a prueba con números circenses, así que cuando comemos intentamos evitar peligros innecesario y callamos. El comedor al completo prestó mucha atención a lo que Dolores iba a contar.

—Nuestra querida Remedios ya no volverá a trabajar aquí. Finalmente ha tomado la decisión que barajaba desde hace tiempo y ha resuelto ingresar en una orden de monjas de clausura.

La noticia sobrecogió a todos excepto a mí, que ya barruntaba algo desde que me topé con la misteriosa discusión de ayer. Aunque el hecho de imaginar a Remedios con hábito monjil no era algo que pudiera dejar indiferente a nadie.

—Sí, ya sé que es impactante —continuó la enfermera— pero no os preocupéis, porque todo seguirá igual que hasta ahora, con la salvedad de que yo seré quien me ocupe en exclusiva de vosotros.

¡Solos con Dolores! Qué idea más descorazonadora...

Mis pensamientos debieron traspasar mi cabeza porque la enfermera se dispuso a aclarar la cuestión.

—La economía de la residencia no está como para tirar cohetes, así que en principio se probará con una sola enfermera que coordine al resto de auxiliares. Si la cosa no funciona, se intentará contratar a alguien más ¿Entendido?

Todos asintieron con sus cabezas como robots. Después de todo, no les importó demasiado que Remedios no volviera más por aquí.

Terminé de desayunar, así que me dispuse a retirarme para estirar un poco las piernas en el patio. Me gustaba contemplar los pajarillos revoloteando entre nosotros como si fuésemos viejas estatuas griegas.

—Agustín, ven un momento, por favor —me llamó la enfermera.

Me acerqué, pero tranquilamente, para hacerme de rogar. No me gustaba acatar las órdenes como si fuese un mayordomo victoriano. Era demasiado mayor para eso. Yo siempre he dicho que es una soberana tontería intentar tener una muerte digna, porque la muerte es tan implacable que no admite epítetos, pero la vejez es harina de otro costal: hay



que envejecer con la cabeza alta. Y en circunstancias como ésta, es cuando se demuestra la dignidad.

—¿Cómo estás, Agustín? —preguntó aparentando interés.

No contesté porque no lo consideré necesario. Simplemente me encogí de hombros.

—Verás, Agustín, no he querido contarles todo a los demás usuarios —¡cómo detestaba que nos llamase así!— para no alarmarlos. Pero como supongo que con tu insomnio algo habrás oído esta noche, pues voy a aclarártelo todo a ti, para que te encargues de controlar la actitud de tus compañeros.

¡Dolores sincerándose conmigo! Nunca lo hubiese creído. De todas formas, continué callado para hacerme el indiferente.

—La cuestión es que el doctor Fuentes, está muy enamorado de Remedios. Entonces, como imaginarás —asentí porque me lo imaginaba— desde que se enteró de lo de Remedios, está muy afligido. Así que me ha pedido que me encargue de todo y que no se le moleste salvo que se trate de algo importante. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

Comprendía, pero me limité a manifestarlo con un —Ajá—.

Dolores continuó —Lo que te pido es que, dadas las circunstancias, comuniqués a los demás usuarios el estado del doctor, pero sin entrar en motivos causales. Y que a partir de ahora, se dirijan a mí para todo lo que necesiten, que yo lo pondré en conocimiento del doctor Fuentes.

Acepté, pero no podía dejar pasar la oportunidad de enterarme de todo lo ocurrido, así que me decidí a preguntar directamente —¿Y cómo es que Remedios le ha dado por meterse a monja?

Supuse que la enfermera se iba a turbar por mi intrusión, pero se dispuso a contestarme con naturalidad —Yo creo, (pero estoy casi segura de que no me equivoco) que a Remedios no le van demasiado los hombres. Y como el doctor se le ha declarado en varias ocasiones, al final se ha llegado a sentir acosada. Así que ha echado mano de algo que siempre había tenido en la cabeza.

—¿Meterse a monja? —interrumpí.

—Sí. No sé si lo sabes, pero es que Remedios es muy religiosa y además, viene de familia tradicional. Así que yo creo que el convento ha sido una válvula de escape.

—Pobre doctor —dejé escapar entre dientes, porque desde que llegó aquí siempre le he profesado gran simpatía.

—Sí —corroboró Dolores— pobre doctor. Ah, se me olvidaba, Agustín. Vigila que nadie salga al patio hoy porque van a llegar unos pedidos de limpieza y no quiero que nadie esté revoloteando por allí. Os quedáis por aquí viendo la televisión ¿vale?

Todo cambió drásticamente desde que la encantadora Remedios se marchó. No sólo la echaba de menos el doctor Fuentes en la intimidad de su despacho, sino que hasta los que en un

principio no parecieron mostrar pesar por la marcha de la enfermera, comenzaron a quejarse de la actitud de Dolores.

Cada vez que había llegada de pedidos o cada vez que se le antojaba a nuestra particular dictadora, se restringían las salidas al patio. Los demás "usuarios" (como los llamaban en la residencia) se quedaban en el salón jugando al dominó o viendo la televisión. Yo, en cambio, paseaba. Caminaba por cada rincón con calma e intentaba escudriñar lo que pudiese. De esta manera me di cuenta de muchas de las maquinaciones de Dolores. Por ejemplo, descubrí que muchos de los productos de limpieza y enfermería que llegaban al geriátrico, partían a escondidas con ella al marcharse; comprobé con una mezcla de asombro y sorna la manera autoritaria en que Dolores trataba a sus auxiliares, cocinero y bedel e incluso la pillé un día manipulando con sus tretas al pobre del doctor Fuentes:

—Todo marcha a la perfección, Ricardo —mentía nuestro yugo sin inmutarse— te avisaré en cuanto haya algún problema.

—Estoy bien, Dolores. Creo que voy a salir a echar un vistazo, quiero comprobar como sigue Manuel con sus problemas respiratorios —contestaba el doctor.

—A Manuel déjalo en mis manos que ya está mucho mejor.

Así eran las conversaciones rutinarias entre Dolores y el doctor Fuentes. La pusilanimidad del doctor jamás vencía a la determinación de la enfermera.

Un día, sin esperarlo, Dolores se presentó del brazo de una joven muchacha.

—Os presento a Maribel. Es la nueva enfermera que hemos contratado para la residencia —anunció Dolores.

La joven era una belleza de poco más de veinte años. El brillante pelo negro lo llevaba siempre recogido en una coleta, y la blancura de la piel contrastaba con sus enormes ojos, de un profundo negro. Tenía unas bonitas piernas que asomaban debajo de la bata blanca de enfermera y unas manos delicadas con las que nos trataba con gran delicadeza. Pero además de hermosa, Maribel se reveló pronto como un alma cándida e inocente.

—Maribel —le pregunté un día simulando ingenuidad— ¿Se presentó mucha gente para cubrir el puesto? Debes ser muy lista si te cogieron a ti, siendo tan joven...

—Ah, pues no sé. Verá, Agustín, yo es que soy sobrina de Dolores, y un día, ella me llamó y me preguntó si quería trabajar aquí. Yo al principio dudé, porque todavía no soy enfermera (me falta un poquito), pero al final acepté. Oiga —cambió de tema— que raro es el doctor Fuentes ¿no? Me ha dicho mi tía que ni se me ocurra acercarme a él porque es un ogro y que todo lo que tenga que consultar que lo haga con ella.

—¿El doctor Fuentes? —dejé escapar algo sorprendido, aunque preferí seguirle la corriente a la muchacha —bueno sí, es mejor evitarlo.

¿Conque esas teníamos, eh? ¡Qué bien le había venido a Dolores que su compañera Remedios desapareciera del mapa

para siempre! No sólo campaba a sus anchas por la residencia como los capos de las mafias italianas, sino que controlaba cada uno de nuestros movimientos, incluidos el doctor y los demás trabajadores.

Decidí que era la hora de actuar un día que vi algo que me disgustó especialmente. Era un día precioso de otoño. El parque estaba totalmente cubierto de hojas ocre y amarillentas y el aire se movía con dulzura, repleto de humedad y golondrinas. Miraba embelesado el espectáculo a través del ventanal del salón cuando escuché unos gritos amortiguados por el lento ulular del viento. Pegué el rostro al cristal y localicé a Dolores y Maribel en un rincón del patio. Parecía como si la tía reprendiese violentamente a la sobrina. Desde allí no podía entender lo que decían, así que caminé hasta la puerta que daba al patio. Estaba cerrada. Permanecí allí un tiempo, intentando leer los labios de Dolores que era la única que hablaba. Maribel lloraba. Cuando terminó Dolores se dirigió hacia mí con intención de regresar al interior de la residencia. Entonces fue cuando me vio.

—¿Se puede saber que estás haciendo aquí? Recuerdo haberlos ordenado que os quedaseis en el salón. ¿Es que no te gusta lo que echan en la televisión? —gritó la enfermera.

—Prefiero las vistas del patio —contesté sin inmutarme. Había vivido demasiado para que me intimidase alguien como Dolores. Me ignoró y me dejó allí contemplando con pena las lágrimas de la joven Maribel.

No hablaba de esto con nadie. No confiaba en ellos lo suficiente como para contarles todo lo que había descubierto. Ellos gastaban sus días en silencio, tratando de esquivar con el dominó sus achaques, sin quitarles el sueño los tejemanejes de Dolores o los desamores del doctor Fuentes. Por el momento, nada de lo que ocurría les afectaba directamente.

Por esta razón decidí actuar solo. Aproveché una salida de Dolores de la residencia para charlar con el doctor. Le dije a Maribel que iba a salir al patio a respirar aire fresco. La muchacha (en contraste con su tía) no sólo no puso ningún inconveniente sino que se ofreció a acompañarme. Rehusé con la excusa de que me dolía la cabeza y prefería estar solo, en silencio. Me mostró que lo entendía con una sonrisa y me dejó el camino libre. Sin que nadie me viese me deslicé en el despacho del doctor Fuentes. Al principio no se dio cuenta que había nadie allí, hasta que tosí a propósito para advertirle de mi presencia. Se quedó mirándome fijamente como si no me reconociera. Después de unos segundos reaccionó:

—¡Agustín! ¿Pero que hace aquí, hombre?

—Doctor, venía para hablar con usted de un tema que me preocupa —no sabía como abordar la cuestión.

—Pues venga —me animó el doctor— ¿De qué se trata?

—Verá, quería hablarle de Dolores, de Maribel... y de usted.

—Usted dirá —la cara del doctor reflejaba incertidumbre.

—Tengo la impresión de que Dolores lo está manejando para su propio provecho —dejé escapar finalmente.

—¿Qué es lo que quiere decir exactamente?

—Quiero decir que Dolores se está aprovechando de que usted está así para controlarlo todo a su antojo.

—¿Y cómo estoy yo, si se puede saber? —tenía la impresión de que la conversación empezaba a disgustar al doctor.

—No sé... parece como si estuviese deprimido.

—¿Usted cree que estoy deprimido?

—Sí. He observado que desde que se fue Remedios, usted no levanta cabeza. Y eso lo está aprovechando Dolores para hacer las cosas a su manera.



DON ALONSO, SANCHO Y PHILEAS FOGG

por: *El fantasma de la agonía*

—Esta bien, señor. ¿Comenzará ahora?— dijo el doctor.
—Y dirigiéndose hacia Alonso preguntó al que estaba a su lado:
—Alonso ¿qué opinión le merece el Capitan. Nemo?



—Señora, no insista. Que le digo que su hermano está perfectamente. Hasta me atrevería a decir que está más cuerdo que yo. Es una de las personas más sensatas y coherentes que he conocido.

—Doctor, no se precipite en su diagnóstico. Ya sé que mi hermano puede parecer muy cabal, pero ¿le ha preguntado usted sobre las novelas de Verne?

—¿De quién? —preguntó el doctor para confirmar lo que había creído escuchar.

—De Julio Verne, el escritor. —aclaró la mujer.

—Sí, ya sé quién es Julio Verne. Sólo pregunté para asegurarme.

—Es que desvaría cuando le tocan el tema de las novelas de Verne —aclaró la hermana en un musitar que pretendía esquivar el oído de Alonso.

Alonso, que había seguido la conversación entre su hermana y el doctor plácidamente, comenzó a moverse nervioso en su asiento tras oír hablar sobre Julio Verne. El hombre, que por su aspecto parecía indicar que lindaba los sesenta años aguardaba impaciente la continuación de la conversación. Su cuerpo espigado, se tensionaba en toda su longitud.

—Está bien, señora. Como usted quiera. —dijo el doctor—. Y dirigiéndose hacia Alonso preguntó en marcado tono de broma —Alonso ¿qué opinión le merece el Capitán Nemo?

—tras apagarse el sonido de las palabras, en el aire quedó flotando un eco de cierta ironía que Alonso no captó.

—¿El Capitán Nemo dice usted? —la pregunta de Alonso a todas luces era retórica. Se mesó la perilla canosa en un gesto que indicaba que rebuscaba entre las ideas más recónditas de su cerebro. —Sin ánimo de ser presuntuoso, le diré querido doctor, y en mi humilde opinión, que el Capitán Nemo ha sido el personaje más honorable que jamás haya surcado los mares y océanos de este azul planeta que moramos. Su contribución a la ciencia de la navegación no conoce precedente alguno, y sus conocimientos marinos no desmerecen de los de cualquier ictiólogo eminente que se precie. Un personaje que a no ser a causa de su divorcio con la humanidad, hubiera debido merecer el Premio Nobel de Física por lo menos.

La habitación del despacho del doctor Carrasco permaneció en silencio durante unos segundos. Un súbito brillo de sorpresa en sus ojos delataba su corta experiencia como psiquiatra.

—¿Quiere decir, Alonso, que usted cree que el Capitán Nemo existió realmente? —interrogó el doctor en un intento de ganar tiempo para meditar el caso que tenía entre manos.

—¡Cómo! Pues claro, querido amigo —reía Alonso— ¡Tan seguro como de que Magallanes, El Cano y Cook son simples grumetes a su lado!

El doctor Carrasco intercambió una mirada fugaz con la hermana de Alonso.

—Ya le he dicho, doctor, que el dinero no es ningún problema.

El comentario de la mujer no fue pronunciado en balde. Al día siguiente Alonso ingresaba en el hospital psiquiátrico que dirigía el doctor Carrasco.

La habitación era tan implacablemente blanca como sobria pero este hecho no disgustó de ningún modo a Alonso que creyó así estar cautivo en la celda donde el Capitán Nemo recluyó al profesor Aronnax, al servicial Consejo y al intrépido arponero Ned Land. De esta manera se contentó, creyendo que compartía la misma suerte que corrieron sus admirados prisioneros del Nautilus.

No llevaba ni un par de horas internado cuando la enfermera anunció a Alonso que tenía una visita.

—Buenos días, don Alonso —pronunció una voz grave pero tímida.

—¡Amigo Sancho! ¡Qué alegría tenerte por aquí! —contestó Alonso levantándose para abrazar a su amigo.

—Su hermana me comentó que le habían internado aquí y yo, pues...

—Qué bueno eres, Sancho. Me hace muy feliz tenerte aquí. Pero ven, no te quedes ahí de pie y siéntate conmigo en la cama.

Sancho obedeció y ambos se sentaron al unísono sobre la cama.

Alonso prosiguió —¿Qué te ha parecido la enfermera, amigo? ¡Toda una belleza incólume! Digna heredera de la beldad de Juana de Kermor ¿a que sí?

—Yo no conocí a esa señora, don Alonso, ni tampoco estuve en ese lugar tan extraño de Kermor.

—Juana de Kermor fue una valerosa señorita que remontó el Orinoco en busca de su padre perdido, ignorante Sancho amigo. —aclaró Alonso.

—Da igual, donde sí estuve es en el pueblo, y por cierto que le traigo recuerdos de su sobrina y su hermana.

Sancho notó el pesar en el rostro de su paisano —También me han dado recuerdos sus amigos del Patronato de Cultura. Me han dicho que lo esperan pronto para que siga usted contando los cuentos esos que les contaba a los chiquillos.

—Eso tendrá que esperar, querido amigo, porque ahora tengo otros planes en la cabeza. —Alonso observó durante un instante a Sancho y prosiguió —Acércate, Sancho, pues quiero comentarte algo muy importante que he estado pensando durante mucho tiempo, pero que mi actual situación condena a una rápida resolución.

Sancho prestaba atención pero sin comprender demasiado.

—La cuestión es, querido Sancho, que al igual que el Capitán Nemo mostró las maravillas que encerraba el Nautilus a sus prisioneros, el doctor Carrasco tendrá seguramente pensado mostrarme las maravillas de su morada. Y yo no dispongo de ese tiempo que el asunto requiere ¿comprendes?

Sancho callaba.

—Aunque vigoroso, soy consciente de que ya no soy un jovenzuelo, y he comprendido que mi anhelo de continuar y completar el periplo de Phileas Fogg no puede aguardar más tiempo. Por eso he resuelto que debemos partir inmediatamente.

—¿Debemos, don Alonso?

—Claro, amigo Sancho. Necesitaré un ayudante si quiero dar la vuelta al mundo en ochenta días. No puedo hacerlo solo. Estás llamado a ser mi Picaporte.

Sancho se dispuso a hablar cuando Alonso lo interrumpió —Te pagaré por tus servicios, claro.

Veinte minutos más tarde, Alonso y Sancho se alejaban a bordo de la furgoneta de éste último.

Pretextando la excusa de que necesitaba respirar aire fresco y charlar cómodamente con su paisano Sancho, Alonso había conseguido el permiso de su enfermera para salir al jardín.

—Gracias, señorita Juana de Kermor. Es usted tan amable como bella.

Éstas fueron las últimas palabras que Alonso pronunció dentro de los dominios del doctor Carrasco, pues en un momento de despiste, los dos amigos se escabulleron de la blanca prisión.

—Y bien don Alonso, ¿adonde vamos ahora? —preguntó el fiel Sancho mientras pisaba el acelerador de su maltrecho vehículo.

—No te preocupes por nada, valiente Sancho, que el plan está perfectamente detallado en los diáfanos surcos de mi cerebro. Lo primero que tenemos que hacer es dirigirnos al pueblo, pues allí están mis tarjetas de crédito. Sin ellas en lugar de emular al gran Phileas Fogg pareceríamos más bien un par de míseros vagabundos tratando de evitar morir de inanición.

—Como quiera usted, pero ¿no ha pensado que en su casa del pueblo estarán su hermana y su sobrina? A lo mejor ya han avisado al doctor de la morada esa.

—¿Qué dices de morada, Sancho? El plan está claro. Aguardaremos hasta que salgan. Esas harpías no son capaces de permanecer mucho tiempo bajo techo. Cuando vayan a pasear, tú entrarás y cogerás mis tarjetas y documentos.

No tardaron mucho en llegar al pueblo, y menos en encontrar la ocasión propicia para que Sancho procediera a la conquista de las tarjetas de crédito. Mientras, Alonso aguardaba dentro del coche que aparcaron en las afueras. Todo parecía indicar que la voz de alarma aún no se había dado.

Sancho partió con instrucciones concisas acerca del paradero de sus tarjetas y documentos, pero todo ello fue inútil. Por más que buscó y rebuscó no halló el preciado botín. Tras poner patas arriba el piso que Alonso había compartido con su hermana y su sobrina, Sancho marchó hacia las afueras en busca de Alonso.

—Nada de nada, don Alonso. Ni rastro de tarjetas, ni carnés, ni dineros.

—¡Maldición! ¡Que se lleven los demonios a ese pendón de mi hermana! Que no le ha faltado tiempo para adueñarse de las posesiones que con tanta brillantez he amasado durante mi edad floreciente.

Mientras Alonso y Sancho se lamentaban en el interior de la furgoneta, Nicolás el barbero del pueblo y vecino de Alonso, percatado de la extraña presencia en el pueblo de su vecino supuestamente interno, fue a dar aviso a la hermana de Alonso.

Poco tiempo después, Alonso, derrotado y hundido, arrastraba su sed de aventuras dentro de la blanca y sobria habitación del psiquiátrico.

Al día siguiente, la enfermera volvió a anunciar a Alonso una visita, pero esta vez sin conseguir ningún cumplido por parte del interno.

—Buenos días, don Alonso —Otra vez la oronda silueta del bueno de Sancho aparecía bajo el dintel de la puerta de la habitación.

Alonso no contestó. Sentado en la cama, contemplaba absorto a través de la ventana el jardín por el que escaparon Sancho y él el día anterior. Entre sus piernas, sostenía un ajado ejemplar de *“La vuelta al mundo en ochenta días”* cerrado. Sancho se sentó a su vera sin hablar ninguna palabra más.

—Los tiempos modernos no quieren que haya más ningún Phileas Fogg, querido Sancho.

—Ni ningún Picaporte, don Alonso —añadió Sancho solidarizándose con su paisano.

—Sólo quieren individuos anónimos que ahoguen sus días en la mediocridad. Sin embargo, no entiendo nada, Sancho. J. T. Maston tuvo su sucesor en ese tal Neil Armstrong y a mí no me permiten viajar alrededor de La Tierra, ya no digo de la Luna, sino al menos de La Tierra.

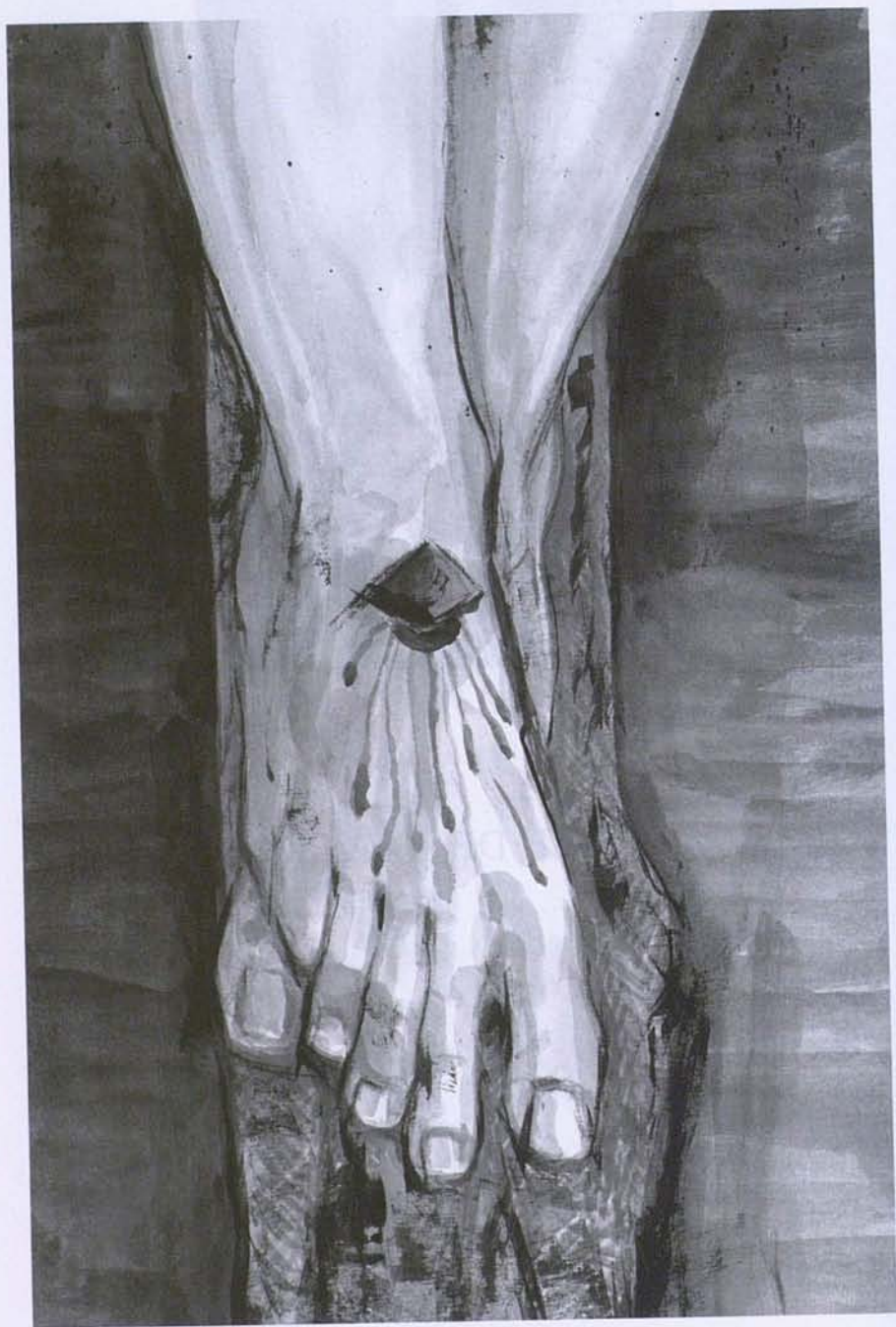
Sancho colocó su mano en el hombro de Alonso.

—¿Es que no se puede ser libre en este siglo fugaz? ¿Es que los sueños son cosa del pasado?

—No son esas preguntas que yo sepa contestar, don Alonso —dijo Sancho, y ambos quedaron inmóviles contemplando a través de la ventana la puerta que se les había cerrado para siempre.



DESFILE DE ANATEMAS



PRIMERA PARTE: DESFILES

I

Las puertas de la Parroquia del Ángelus cedieron lenta y pesadamente, como la piedra del sepulcro del Salvador. En ese momento, un tenue haz de luz escapó sigilosamente del abrigo del edificio para rellenar de melancolía la amplitud de la plaza. Afuera, un centenar de personas emergían impertérritos de cada baldosa. Con los cráneos cabizbajos y las lenguas prendidas de recato, aguardaban oscuros y centenarios la aparición del cortejo religioso.

Un golpe sordo. Un rechinar de alpargatas. La cruz de guía emergió bajo el dintel de la soberbia Puerta de La Redención. Los ojos de los espectadores ascendieron tímidamente en busca de la señal que daba comienzo a la Semana Santa de 1951. Como un rosario de cuentas desfilaban los eslabones del vía crucis, escapulario rojo sangre, túnica negra y cingulo ocre. El silencio se apretaba para dejar oír los pasos huecos de los cofrades. La cascada de luz humedecería pronto, cuesta abajo, todo el cauce adoquinado.

La cruz de guía avanzaba con paso aletargado sosteniéndose en dos manos fuertes pero titubeantes. Los ojos del portador se posaron fugazmente en el mostacho rubicundo

de un espectador. Don Fernando Rosal devolvió despreciativo la mirada y la retiró presto en pos de la inminente aparición de Cristo crucificado. La herida de claridad en la noche se abrió completamente en los flancos por los que se hacían paso un par de antorchas. Tras ellas, un penetrante olor a incienso y una niebla espesa en la que apenas se distinguía a un niño de unos diez años acompañado de un seminarista algo mayor que él, ambos ataviados de blanco immaculado. Alfonsito recibió la sugerencia de su compañero Jesús y disminuyó los movimientos del incensario. Una figura albimalva marchaba detrás de ellos a sólo escasos metros del extremo inferior de la cruz. Un penetrante sonido de corneta siguió a un acompasado redoble de tambores sordos.

El padre Sebastián prorrumpió las primeras palabras del alba.

—Primera estación: *"Jesús es condenado a muerte"*.

La cruz caía directamente en los hombros de seis encapuchados que aguardaban erectos como vigas durante los rezos del padre Sebastián.

La figura de Jesucristo resultaba de un patetismo hiperrealista. Unos morados pies con sangre seca alrededor de un único clavo negro precedían el conjunto de la estampa. El abdomen contraído y los músculos tersos vaticinaban un crucificado inerte cuyos ojos en blanco confirmaban la tragedia. Los incontables moratones y las huellas de los azotes mostraban sin tapujos al centenar de asistentes la crudeza de la muerte de su Redentor. Las tres potencias en la cabeza del Crucificado

reflejaban hacia las nubes la infinidad de puntos luminosos que captaban del océano de cirios y antorchas.

Detrás de la imagen, orgulloso y custodiado por dos encapuchados con fanal en mano, rezaba el Padrenuestro el alcalde don Ramiro Sánchez que encabezaba una marabunta muda armada con cirios y con pedazos de papel con los cánticos impresos.

—*“Misericordia, Señor, misericordia. Señor pequé, ten piedad y compasión de mí”*.

La voz del padre Sebastián sobresalía por encima de todas las demás en la entonación de los cánticos. Oculta entre la fila de los acompañantes que alumbraban la procesión, otra voz destacaba por su dulzura y volumen, la de Isabel Rosal que asida del brazo de doña Elvira sonreía maliciosamente a Jesús. Éste se sonrojó e intentó sin éxito concentrarse en los rezos pues en ese instante una especie de sollozo lejano comenzó a resonar dentro de su cabeza. Se giró compungido buscando la presencia de su madre. Allí estaba doña Herminia, de riguroso luto, absorta en la ceremonia del vía crucis. Le sonrió y volvió en sí pero con la extraña sensación de que todo el mundo lo vigilaba.

II

El breve tiempo que dispuso para dormir se le fue entre diserciones mentales y una amalgama de oraciones.

¡Qué extraño había sido todo!

Se incorporó lentamente con el eco de aquel sollozo flotando en la alcoba. Una súbita mirada al crucifijo que presidía su lecho le transmitió serenidad. Escuchó a su madre levantarse para prepararle un café. Él siempre se adelantaba a ella diciendo –Madre, tú duermes que ya lo preparo yo mismo –pero ella nunca hacía caso –Hijo, es mi labor, estoy acostumbrada. Se lo he preparado a tu padre toda la vida –Esa mañana ni siquiera intentó librar a su madre de aquel quehacer. Siempre se salía ella con la suya. Su padre también le decía lo mismo cada día pero con idéntico resultado que Jesús. La última vez que Rafael Rivas lo intentó fue una mañana como esa de Martes Santo hacía seis años, en la que tras contemplar detenidamente la delicadeza con que su esposa se afanaba en los menesteres del desayuno, marchó a trabajar para terminar con sus huesos en el estómago de una zanja, dentro de la cual expiró, tras caer del andamio desde el que se aplicaba en su faena.

Jesús volvió a mirar al crucifijo –Buenos días, padre –pensó, y se dispuso a vestirse.

Al salir de la habitación dejó tras de sí un perfecto reguero de orden y paz.

–¿Ya lo has recogido todo? Te tengo dicho que yo lo hago –cortó doña Herminia el incansable rumiar mental de Jesús. Le besó en la frente –Buenos días, hijo.

–Buenos días, madre. Pero si yo no tardo nada, y así te ahorro tarea, que te queda de todas formas el resto de la

casa —Se sentó en la cocina delante de la taza de café y tras sopesar la cortina de humo que ascendía de ésta, decidió esperar unos minutos a que se enfriase. Su madre se sentó a su lado, callada. El seminarista continuó con la mirada fija en las volutas de aire caliente que salían de su café pero sin detener su atención en nada en concreto.

Recién levantado, un par de bolsas bajo los ojos le conferían un aspecto aún más demacrado que el que habitualmente exhibía. Si no fuera por el flequillo negro que se derramaba lacio sobre su frente, parecería que dejaba pasar la luz, de tan pálido que era. Acercó la afilada nariz al café y esta vez sí se dispuso a beber, entornando unos diminutos ojos que aun abiertos en todo su esplendor apenas si eran perceptibles.

Doña Herminia observó un rato a su hijo para después marcharse a recoger su habitación. Jesús contemplaba la extensión de la cocina. Se trataba de un vasto receptáculo en el que de un extremo recogía la luz de un patio rebosante de vida vegetal para llevar lo que quedaba de claridad a una habitación adyacente, muy acogedora, con una chimenea en el centro. La casa en todo su conjunto resultaba de una majestuosidad excesiva para dos personas solitarias y recogidas como las que moraban en ella.

Herencia de tiempos en los que el nombre de la familia rozó la alcurnia y el prestigio.

Después de la guerra, la mayoría de los apellidos perdieron su postín, y en muchos casos como el de los Rivas, su consistencia financiera. Ahora esa casa no era más que una

aislada inmensidad que recordaba cada instante lo perdidos que madre e hijo se encontraban en el presente.

Aprovechando que su madre no estaba allí, Jesús apuró con celeridad el café corriendo el riesgo de quemarse paladar y lengua y recogió la cocina, fregando tanto la taza y la cucharilla como el par de enseres sucios de la cena anterior para aliviarle a su madre la penosa actividad diaria que una casa como aquella requería.

—¡Adiós madre! Me marchó ya a la Parroquia para ir ayudando al padre Sebastián —gritó Jesús desde la puerta de la cocina que daba al patio. Buscando la puerta de la calle escuchó a su madre que asomada en la ventana de su habitación en la planta alta le contestaba —¡Adiós Jesús! Terminó de arreglar el cuarto y voy para allá.

Después de un instante de lucha con la cerradura, consiguió abrir la puerta no sin tener que escuchar la sinfonía que le brindaban los oxidados goznes. Dejó la puerta abierta, ayudándose de una enorme piedra que escondían en un rincón para aquel menester.

El contacto con el exterior le heló los huesos.

El sol todavía no calentaba las calles lo suficiente y el relente de la luna de la noche anterior no se había retirado aún. Mientras rogaba a su sangre que se moviese más deprisa para calentar su cuerpo se fijó en la casa de enfrente. La familia Rosal.

—¡Qué fachada tan similar a la casa de los Rivas pero que relleno tan dispar! Esa gente fue más lista que los míos

y eligieron el bando que convenía –lamentó Jesús para sus adentros. Don Fernando Rosal era el dueño de la Fundación Rosal que mantenía empleada a medio pueblo –Isabel –murmuró –habría que enderezarla... debería seguir el ejemplo de sus padres, tan piadosos... –La locomotora de la conciencia tuvo que frenar en seco.

–¡Jesucito! Pero hombre, ¿ya vas para la Parroquia?, pero si no son ni las 6 –una voz amable y familiar salía del portal contiguo.

–Buenos días, Domingo. Ya ve que horas... Pero qué se le va a hacer –El panadero salió del portal. Llevaba las manos aún más blancas que el cuello del seminarista, que lo miraba sonriendo.

–Dile al padre Sebastián que me espere, que en media hora estoy terminado, je, je –bromeó Domingo.

–¡Cómo eres, Domingo! Ya te convenceré un día y te llevaré por la senda de Dios.

–Pero ¿para qué quiere Dios que me canse andando por su senda con lo bien que estoy haciendo el pan que después se comen sus fieles, o no?

Las gafas redondas del panadero, su delgadez enfermiza y su gaxnate prominente le asemejaban al maestro Unamuno. A pesar de ser un alma imposible de sentar en un banco de iglesia, el muchacho estimaba enormemente a Domingo, y más aún cuando recordaba lo bien que congeniaba con su difunto padre.

Jesús conocía bien al panadero y a su familia, pues habían vivido desde siempre junto a su casa. Aurora, su mujer, era más devota que Domingo que no creía más allá que en don Manuel Azaña, en cambio ésta no derrochaba ni la mitad de simpatía que su marido.

Y luego estaba su hijo Alfonsito, que iba mucho por la Parroquia para ayudar como monaguillo. El seminarista quería con locura a Alfonsito y tenía grabada la imagen del niño haciendo la comunión... Recordaba por el camino aquel día, Alfonsito pletórico, Aurora irradiando orgullo a diestro y siniestro y el pobre Domingo pasando un mal trago delante del padre Sebastián; cuando se encontró delante de la puerta trasera de la Parroquia. Antonio aún no había abierto.

Dio dos golpes en la madera astillada.

—¡Va! —escuchó tras la puerta la voz del sacristán.

Saludó al sacristán y se metió en la sacristía para enfundarse su túnica blanca que había llevado el día anterior en el vía crucis. El blanco estaba salpicado de gotas de cera de las velas, pero se concentraban sobre todo en la capucha —No se notará —pensó y fue en busca del padre Sebastián.

La ayuda de Jesús no solía ser precisa en misa de 6 los días normales, pues el aforo estimado para aquella jornada madrugadora de función religiosa no excedería de las tres o cuatro beatas de siempre entre las que se contaba a Doña Herminia. Pero en aquellos días de Semana Santa todo auxilio era poco. El ajetreo en la Parroquia era mayor pues el número de oficios crecía y la entrada y salida de cofrades



y curiosos revolucionaba la paz que ofrecía la Parroquia del Ángelus el resto del año. Doña Amparo ya limpiaba y ponía orden en el retablo del Cristo del Perdón procesionado en vía crucis la madrugada anterior. Tras la misa se encargaría del resto de la iglesia.

III

El recuento final de beatas a la misa fue de diez.

Los días de Semana Santa removían el espíritu religioso de los habitantes del barrio. El padre Sebastián se vació del atuendo protocolario y adquirió el habitual de sotana negra. Se colocó alrededor del cuello una estola morada.

—Tengo ahora que confesar a tu madre y a Conchita la pescadera. Ayuda mientras a doña Amparo en el retablo que parece que ha pasado por allí una jauría —comentó el párroco con voz cansada.

—¿Se encuentra bien, padre? Parece que no ha dormido usted en toda la noche —inquirió Jesús mostrando preocupación sincera.

—Estoy bien, Jesús. Anda y ve con doña Amparo.

El cura marchó hacia el confesionario que había al lado de la puerta principal. Allí apostada esperaba doña Herminia. Jesús se dirigió a la capilla del Cristo del Perdón, en un extremo de la nave transversal. Doña Amparo parecía sofocada.

—Fíjese, Jesús, que me han llenado de cera hasta los bancos. ¡Con lo mala que es de quitar! Ay paciencia, Señor —se quejaba sin mirar al seminarista.

—Ya me hago cargo. No se preocupe que entre los dos lo quitamos en un santiamén.

—Si se han dejado ahí tirado hasta una rebeca. Parece de un chiquillo.

—Será de Alfonsito que estuvo ayer ayudando a preparar el Cristo —conjeturó Jesús que recogió la rebeca y le resultó familiar.

—Si es que la gente... ¡Ay! Ahora que caigo... ¿Sabe usted ya lo del nuevo novio de su vecina la Isabelita? Es que esta chiquilla... —y bajando el tono de voz prosiguió doña Amparo —Es el hijo de Antonio el sacristán, el César. Por lo visto trabaja en la fundición de don Fernando.

Jesús meditó un momento antes de contestar —Pues a ver si echa formalidad ya, que es buena muchacha, pero a veces... —se detuvo. Al muchacho le resultaba fastidioso despotricar de los demás —César es buen chaval, por lo que tengo entendido.

La cera se iba con dificultad, y los bancos de la pequeña capilla lateral estaban desplazados de su sitio. El Cristo del Perdón volvía a estar vertical presidiendo un espléndido retablo barroco, aunque la realista talla del Cristo no se complementaba bien con los recargados alrededores. En ese momento apareció Alfonsito Mora jadeando.

—Jesús ¿dónde está el padre Sebastián? —preguntó con voz falta de aire.

Jesús aparcó la penosa tarea —Está confesando ¿no lo has visto al entrar?

El chiquillo negó y los dos se fueron juntos hacia la sacristía. Doña Amparo se quedó refunfuñando.

Los flancos de la nave principal empezaban a rebosar de imágenes de Cristos y Vírgenes que representaban la pasión de Jesucristo. Los pasos, que se procesionarían en su mayoría a partir del Jueves Santo, presentaban aún escasez de ornamentos florales. Antonio, el sacristán, ayudaba, encaramado a uno de los tronos más altos, a un par de hombres que intentaban colocar en la cima de la mole de madera dorada una imagen de un Cristo de la Humildad. El origen nortño del padre Sebastián hacía de éste un enemigo de toda esa clase de desfiles de imaginería. Aunque en sus primeros años como párroco del Ángelus protestó vivamente contra ellos, al final no tuvo más remedio que claudicar ante aquella tradición popular que tan extraña y folclórica le resultaba, y a la que los habitantes del pueblo proclamaban a bombo y platillo como la más espléndida Semana Santa de toda la provincia.

Encontraron al cura en sus aposentos particulares, arrodillado en un rincón, rezando. La puerta estaba abierta, pero Jesús llamó —¡Padre Sebastián! —El sacerdote los vio y se incorporó. Alfonsito Mora comenzó a explicarse:

—Padre Sebastián, que ha venido a buscarme un hombre que dice que se llama José Gutiérrez. Que dice que su mujer

está para morirse. Que vaya usted por favor cuanto antes. Me ha dicho que vive al lado del Ayuntamiento, en la calle esa que sube... la primera casa.

El padre Sebastián dejó escapar unas palabras —El Cabrero —miró a Jesús y le conminó a acompañarle —Alfonsito, quédate ahí con doña Amparo y le ayudas a poner bien los bancos que nosotros ya venimos pronto.

—Eso y recoge la rebeca esa que te dejaste ayer —intervino Jesús.

—¿Qué rebeca? —preguntó extrañado el chiquillo —Si yo ayer vine con la camisa sólo, no me traje ninguna rebeca.

Jesús se extrañó —¿Seguro? —Alfonsito asintió vehementemente.

El páter y el discípulo apretaron el paso. Aquél, con el rostro enjuto, habló —Tal vez te resulte esto duro, pero conociendo al Cabrero, su mujer seguramente estará ya muerta.

Jesús palideció.

De repente, le sobrevino el recuerdo de su padre. Se vio a sí mismo con apenas trece años, rodeado de plañideras y no pudiendo apartar la mirada del féretro descubierto de su padre. Jamás podría olvidar aquel derroche de maquillaje que los de la funeraria vertieron sobre Rafael Rivas para ocultar las marcas de las heridas...

La voz del cura lo arrastró de nuevo al presente —Jesús... ¿estarás preparado? —El seminarista sintió la cálida mano del sacerdote posarse sobre su hombro. El muchacho continuó impávido y dirigió la vista al frente.

El pronóstico del padre Sebastián fue certero. Un reguero de mujeres maduras entrando y saliendo de la vivienda los previno. Al verlos, las mujeres se persignaron. Saludaron afectando dolor y se deslizaron por un pasillo angosto y lúgubre adornado a ambos lados con infinidad de animales disecados. El aire pesaba como si fuese mercurio lo que flotaba —Ni siquiera ha ventilado la casa —apuntó Jesús, que imaginándose lo que se encontraría al final del corredor, comenzó a sentir náuseas.

La habitación se encontraba prácticamente en la penumbra. Una docena de mariposas alumbraban en el centro de la habitación delimitando el contorno del ataúd. Alrededor, se distinguían tres mujeres en silencio y una niña que se deshacía en frágiles lamentos. La niña llamó la atención de Jesús a pesar de la oscuridad. La conocía. Había visto aquellas trenzas de color miel por la parroquia. De pie, con la vista fija en el cadáver, una figura masculina balbuceaba palabras ininteligibles.

El cura hizo un gesto al seminarista para que abriese la ventana que tenían al lado, mientras él hacía lo propio con la opuesta. La luz y la atmósfera inundaron el receptáculo. El hombre continuó sin levantar la mirada. Jesús se acercó a él intentando apartar la vista en todo momento del féretro, aunque no pudo evitar discernir a una mujer de no más de cuarenta años.

Asió el brazo del dolorido manifestándole su solidaridad. El Cabrero no lloraba. Aunque sus ojos oscuros descubrían

gran pesar. La tez morena y curtida desvelaban toda una vida de duro trabajo a la intemperie.

El padre Sebastián se colocó al pie del ataúd y se dispuso a suministrarle los Santos Sacramentos a la difunta. El Cabrero con voz cavernosa, al fin habló —Termine pronto páter —a los religiosos no se les escapó el desprecio que destilaba el tono de la voz. El más joven agachó la cabeza presa del bochorno y la bisoñez. Sin embargo, el cura sostuvo la mirada al Cabrero —Se dice que las cosas de palacio van despacio —se detuvo un instante— Pues imagínese las de Dios que son eternas.

De regreso a la parroquia hablaron poco. El seminarista no encajó del todo bien el conjunto de la estampa. Estaba desconcertado por el tono de voz que empleó el Cabrero con el padre Sebastián. Resultaba evidente que la tensión que chisporroteaba entre los dos hombres no era nueva. Prefirió dejarlo correr y ahogó las preguntas que surgían en su cabeza. Pero no pudo disipar la imagen de aquella niña que gimoteaba en un rincón de la penumbra.

—Padre, ¿quién era la niña? Juraría que la he visto por la parroquia.

—Supongo que sí, que la habrás visto. No es extraño verla asistir a misa. Es la hija del Cabrero. Y aunque a su padre no le gustamos demasiado, su madre era harina de otro costal.

La escena en la Capilla del Perdón era sustancialmente diferente a la vuelta. No había rastro de doña Amparo, y la tediosa tarea de desprender los cúmulos de cera recaía

ahora completamente sobre Alfonsito. El cura se retiró a su estancia cerrando la puerta tras de sí y dejó a Jesús como acompañante del chiquillo. El ritmo de éste distaba mucho de ser dinámico.

—¿Qué tal con el Cabrero? —preguntó Alfonsito que celebraba la nueva compañía.

—Imagínate el cuadro... —Jesús intentó no volver a recordar la imagen— Por cierto, es muy extraño el Cabrero ese.

—Mi padre dice que no hay que fiarse de él —aseguró el niño.

—Creía que no lo conocías —el seminarista miraba con inquietud al chaval, que siempre demostraba más viveza que él mismo.

—Y no lo conocía... por el nombre de José Gutiérrez. Pero cuando el padre Sebastián dijo que era el Cabrero, entonces sí —Alfonsito se divertía tratando de sorprender a su vecino.

—¿Y qué dice tu padre del Cabrero? —ya que no se atrevió a preguntar nada al cura, decidió investigar un poco por otro lado.

—Dice que es un chivato y un chaquetero.

—¿Y por qué dice eso? ¿Lo conoce bien?

El chiquillo zanjó el interrogatorio de Jesús encogiendo los hombros.

Cuando estimaron terminada la tarea, colocaron correctamente los bancos de la capilla. Doña Amparo, que salía de la estancia del cura, se unió a ellos como directora de la operación.

IV

Monaguillo y seminarista se arrastraban con tedio por la cuesta de la Parroquia ansiosos por enfilar la calle común. Alfonsito estaba inquieto. Al fin decidió vaciar su desasosiego.

—Jesús, ¿Cómo era la muerta? ¿La viste bien? —los ojos del niño suplicaban a su compañero una descripción pormenorizada.

—Alfonsito, ¡Qué cosas tienes! Claro que la vi. Pero no me mires así que no pienso contarte nada. Demasiado desagradable es ya para mí que soy mayor que tú.

—Anda...

—Que te he dicho que no —cortó Jesús, que sólo demostraba autoridad en su carácter cuando se dirigía a su pequeño vecino.

De pronto, una diminuta luz pareció prender en las pupilas de Alfonsito —¿A que estaba allí Margarita?— la voz destilaba picardía en cada sílaba.

El seminarista se sintió de nuevo preso de la curiosidad y el morbo. Sonrió dando por sentado que el niño era perfectamente consciente de ello y se rindió a sus juegos —Margarita es la hija del Cabrero ¿verdad?

—No sé —Alfonsito repitió la sonrisa pícaro— Cuéntame cosas de la muerta.

—Está bien. Pero luego si tienes pesadillas no me digas que no te lo advertí —se detuvo un instante para amedrentar al chiquillo. Éste se bebía el silencio, aguardando impaciente el relato— Entramos en una habitación muy oscura. Los postigos de las ventanas estaban cerrados. Sólo se veían unas velas que el Cabrero había puesto alrededor del ataúd de su mujer. Entonces el padre Sebastián y yo abrimos las ventanas y vimos a la muerta, que estaba en el centro de la habitación —los ojos de Alfonsito se abrían cada vez más— Sentadas junto a la pared rezaban unas mujeres mayores, y a su lado lloraba desconsoladamente Margarita. El padre Sebastián se acercó a la mujer del Cabrero para suministrarle los Santos Sacramentos. Yo hablaba con el Cabrero tratando de no mirar, pero no pude evitar deslizar la vista dentro del ataúd... —el niño tragó saliva— La cara de la mujer del Cabrero parecía la imagen de la tristeza muerta. La boca tenía una extraña mueca rígida, como si alguien invisible tirase de ella hacia abajo. Ni siquiera la habían maquillado... —Alfonsito permanecía callado. La expresión de su rostro ya no invitaba al juego—. Ahora te toca a ti.

El monaguillo se desprendió de la impresión causada —Está bien. Margarita viene mucho por la parroquia.

—Eso ya lo sé. Soy despistado, pero no tanto —mintió Jesús que en un principio tardó en reconocer a la niña en la casa.

—Déjame que te cuente ¿no? La conozco por eso. Al principio a mi padre no le hacía ninguna gracia que fuese amigo

de ella, como es la hija del Cabrero, ya sabes. Pero como ella siempre venía sola con su madre, mi padre terminó dejándome. Margarita me contaba que su padre casi nunca estaba en casa porque tenía que cuidar la finca de don Fernando.

Jesús interrumpió a su vecino —¿El Cabrero trabaja en el cortijo de don Fernando? No lo sabía.

—Pues según mi padre lleva trabajando allí desde que terminó la guerra. Se va al amanecer para la finca y viene cuando ya es de noche. Margarita me contaba que ella y su madre apenas lo veían, y que cuando llegaba de trabajar, siempre estaba de mal humor. Lo que no sé ahora es que hará el Cabrero con Margarita.

Al llegar a la calle, los dos vecinos se separaron calladamente. El niño ensimismado en morbosas recreaciones mentales y el seminarista exhausto por la intensa mañana de Martes Santo.

Mientras forcejeaba en una lucha titánica con la anquilosada puerta de su casa, Jesús meditaba sobre la escena vivida en casa del Cabrero. La repetición de la visión de la muerte lo había vuelto a helar y la imagen de la mujer muerta no se desvanecía de su conciencia desde que la evocara para describirla a Alfonsito. Seguro que el chiquillo, aun contando con casi diez años menos, no estaba tan impresionado como él. Pero una cosa era una descripción de un cadáver, y otra muy distinta tenerlo delante de los ojos.

Un escalofrío punzante recorrió el frágil cuello del muchacho que, tras disparar una última fugaz mirada a la calle, franqueó el derrotado umbral del hogar.

En el patio, el sol calentaba tímidamente los naranjos y los almendros. Se detuvo delante del almendro que custodiaba la entrada a la cocina, admirando el soberbio porte y colorido del jerarca del patio. Dentro, un amortiguado estrépito de enseres revelaban la presencia de doña Herminia preparando el momento más reconfortante del día. Jesús aspiró una vez más la atmósfera que circundaba al almendro y entró a reunirse con su madre.

La temperatura era más cálida en el interior, y el aire estaba cargado de una infinidad de aromas y vapores que emanaban de una pequeña cazuela mimada con ternura por doña Herminia. La mujer advirtió la presencia de su hijo y cambió la mejilla de éste por la cazuela. El contacto con la piel tibia de su madre fue para el muchacho como una inyección de sangre renovada y exenta de malos augurios. Jesús se sentó junto a la mesa dejándose poseer por los efluvios del puchero.

V

Cuando el ejército nacional entró sin resistencia en agosto de 1936, un manto de muerte cubrió cada calle.

Los "paseos" hasta la puerta del cementerio mermaron considerablemente el número de habitantes, y el silencio se apoderó de los que querían conservar sus vidas a toda costa. Otros, sin embargo, encontraron en la palabra un arma mucho más mortífera, un particular pasaporte para la supervivencia a costa de unos indefensos vecinos.

"Jesús, las guerras siempre exprimen lo peor de cada individuo y brindan la alternativa a personajes siniestros. Nunca confíes en ellos, aunque todo haya pasado ya". Rafael Rivas nunca llegó a concretar el consejo para Jesús, y éste soñaba a menudo con aquellos hombres de los que hablaba su padre. Individuos de rostros enjutos y apariencia fantasmal, acechando tras un aspecto retraído y rencoroso y esperando el abrigo de otra contienda para explosionar sin piedad toda la suerte de mezquindades que se alimentaban bajo sus pellejos.

El contrapunto a aquella patética realidad lo ponía con su caminar, Isabel Rosal. Isabelita era el ángel de aquel pueblo sombrío. Su alegría contagiaba a los viandantes que se topaban con su belleza, pero también marchitaba los corazones de los jóvenes que alguna vez quedaron prendados de sus encantos.

Aquella tarde de Miércoles Santo, la Semana Santa que brotaba entre aquellas calles e iglesias, comenzaba su lento pero espectacular ascenso hacia la solemnidad del Viernes Santo. Las parejas de jóvenes parecían multiplicarse por aquellas fechas, y religiosamente acudían con alegría pero con recato a la cita.

Una de aquellas jóvenes y recientes parejas eran precisamente Isabel Rosal y César Sanlúcar, su apuesto acompañante. La vecina de Jesús había conocido al hijo del sacristán de la Parroquia del Ángelus en uno de los muchos días en que la muchacha visitaba la fundición propiedad de su padre, don Fernando Rosal. Las constantes apariciones angelicales de Isabelita por la Fundición Rosal constituían el aliciente para que los trabajadores se entregaran al oficio con más brío. Y el campeón en esta tarea era sin duda alguna el hijo del sacristán. El más enérgico en el golpeo y el más osado en sus miradas a la diva de la infernal fundición. Tanto, que incluso se atrevió a dirigirse a ella decididamente el Viernes de Dolores, día en que la muchacha pasó descaradamente cerca del puesto en que sudaba a chorros César Sanlúcar.

El atrevimiento de recoger el guante lanzado por Isabelita, le granjeó a César la posibilidad de acompañarla en sus paseos de Semana Santa. Oportunismo que saboreaba el joven herrero, asido del brazo que le entregaba con delicadeza y descaro la hija de su patrón; mientras ambos contemplaban embelesados la aparición, rellenando todo el alto del pórtico, de la estampa florida de la Virgen de los Desamparados.

La risueña faz de la escultura coloreaba, puntualmente, de luz y dicha cada Semana Santa. Cualquier visitante ajeno al pueblo que se encontrase ante ella, buscaba con la mirada, instintivamente, la figura del Niño Jesús en algún recoveco del manto de la Virgen, que completase aquella expresiva sonrisa. No era escaso el número de quienes consideraban

de sumo cinismo el desfile de tan espléndida talla sonriente durante estos funestos días; si bien es cierto que otra abrumadora mayoría aguardaba impaciente ante la fachada del Ángelus, la aislada pincelada colorista, que aliviase el recuerdo del tétrico vía crucis procesionado la pasada madrugada del Lunes Santo.

El paso descendía lentamente los escalones de la puerta de la parroquia, y siguiendo el compás de la música, los labios de Isabelita recorrieron una mueca de satisfacción, acompañados, unos centímetros más arriba, de unos ojos de un verde marino intenso que se maravillaban en la contemplación del collar de perlas que exhibía la imagen de la Virgen. Los corazones de las ostras reflejaban la luz de las velas del trono, asemejando cincuenta caleidoscopios. César también se fijaba en aquella maestría joyera ansiando para sus adentros algún día poder regalar un presente similar a una mujer como la que agarraba su brazo en ese momento.

Aguardaron en silencio el paso decidido del cortejo. Isabelita por recato, César por no saber qué decir.

En contra de ella, habría que decir que ese recato más provocado era por la suntuosidad de joyas y manto que por reserva religiosa. A favor de él, apuntar que tal distracción le venía dada, en gran parte, por la mirada inquisitiva que un hombre disparaba desde la comitiva de autoridades que parecía escoltar los últimos metros de la cola del manto bordado en oro. El hombre, de unos treinta años y bien parecido, daba la impresión de portar con el mismo orgu-

llo el afilado bigote que el tricornio de guardia civil. El hijo del sacristán sostuvo altivo los ojos inexpresivos del cabo Ridruejo, hasta que éste último declinó el juego en favor del herrero, para atender en primer lugar el saludo de Isabelita, y en segundo, el comentario que le destinaba a su lado su superior, el sargento León.

Un zarandeo del brazo hizo a César despertar —Bueno, ¿qué?— los ojos verdes de ella con sus interminables pestañas, provocaban en el muchacho unos inusitados nervios. Isabelita era consciente de ello, y por eso se acercaba tanto a él, hasta el punto de mostrarle con dulzura el cuello perfumado en abundancia —Podríamos dar un paseo hasta el Ayuntamiento, para ver otra vez la procesión y luego me invitas a un refresco ¿qué te parece?

A César no le apetecía ni lo más mínimo volver a encontrarse con el cabo Ridruejo, aún así aceptó con una sonrisa que, modestia aparte, era conocedor que también intimidaba a su bella acompañante. Así pues, la atractiva pareja se encaminó hacia el centro del pueblo por un itinerario alternativo al que seguía la marcha de la cofradía, con objeto de ganar tiempo, metros y sosiego.

Desde la puerta de la sacristía, sin que nadie reparara en su presencia, Antonio Sanlúcar contemplaba, con expresión ligeramente contrariada, el alejamiento progresivo de su hijo, calle abajo, con la hija de don Fernando. Sumido en mil ideas fugaces, centró la atención visual en César, orgulloso del porte de éste, tan fornido y atractivo como

un día debió ser él mismo. Antes de que doblaran la esquina también se fijó en Isabel, con sus rizos morenos, la piel blanca y el perfecto vestido rojo, ante el que todo el mundo se volvía para admirar. La silueta delgada de la muchacha, y sus femeninas maneras recordaban al sacristán a su difunta esposa.

Decidió dejar en paz a la pareja y se encaminó hacia la Puerta de La Redención para cerrarla por dentro, hasta que la música de la banda indicara que la Virgen de los Desamparados regresaba y que el portón debía ser abierto de nuevo.

VI

La vivienda más madrugadora entre todo aquel pequeño mundo sureño, era, evidentemente la casa del panadero, Domingo Mora. El hijo de éste, Alfonsito, empezaba ya a heredar la costumbre del gremio de dormir cuando casi nadie lo hacía y de despertar cuando ni los gallos se disponían aún a desentumecer sus gargantas. Bien es cierto, que el respetable hábito que a esta tierna edad practicaba, venía marcado, más que por la obligación, por el estrecho vínculo que unía al chiquillo con su padre y el deseo de pasar tiempo a su lado. Tampoco sería en vano comentar que si la vida de Alfonsito transcurre por la senda lógica impuesta por los tiempos, esta

voluntaria práctica se convertirá algún día y para orgullo de su padre, en su pan de cada día, si se permite la broma fácil.

Durante la Semana Santa, la actividad en el enharinado laboratorio Mora era más dinámica que los comunes días del año. Caña de bambú en mano, Alfonsito ayudaba a su padre en la fabricación de los dulces típicos de aquellas fechas de pasión, los gajorros. El infantil panadero procedía metódicamente, como quien ha gastado toda su corta vida haciéndolo. Llevaba horas extrayendo masa de un cuenco, aplanándola y enrollándola alrededor de las cañas de bambú para freírlas posteriormente.

Los rayos de sol comenzaron, tímidamente, a irrumpir en los dominios de la panadería a través de la ventana por la que Alfonsito se entretenía todas las mañanas viendo pasar a la gente más madrugadora.

De repente, la figura angelical de una niña rubia cruzó delante del marco de la ventana de la panadería. Alfonsito, pese a reconocer a primera vista al fantasma madrugador, decidió corroborar la impresión inicial con un segundo vistazo.

Abrió la ventana y alcanzó a distinguir a la chiquilla al final de la calle, con paso decidido y recto.

El pequeño panadero se deshizo rápidamente de su mandil y con un paño limpió toda la harina repartida por las manos, los brazos e incluso la cara —¡Papá esto ya está! ¡Salgo un momento!— Sin esperar corroboración o negativa, el chiquillo salió célere de la panadería dejando a su padre con la palabra en la boca.

Ni rastro de la niña en la calle.

El único destino posible entre aquella maraña de callejuelas era la parroquia. Y hacia esa dirección echó a correr Alfonsito. Sólo cuando estuvo lo suficientemente cerca de la parroquia, logró divisar la grácil silueta de Margarita. La chiquilla entró por la puerta principal que estaba entornada. Alfonsito, extrañado por la situación, decidió completar el espionaje y se coló por la puerta principal tras la hija del Cabrero.

El interior de la parroquia estaba desierto. Margarita se había volatilizado.

Recorrió con la vista los bancos. Nadie.

Mordido por la curiosidad, Alfonsito se dirigió hacia la entrada a los aposentos del padre Sebastián. La puerta parecía cerrada, pero ante un leve empujón del niño, ésta cedió con un grave quejido. Abrió la puerta lo suficiente para poder pasar y se introdujo dentro de la estancia.

Los aposentos del padre Sebastián estaban situados en un extremo del brazo corto de la cruz de la planta parroquial. Se podía acceder desde dentro de la parroquia o desde fuera, por una puerta contigua a la de la vivienda del sacristán. Constaba de varias habitaciones. La primera, donde se encontraba agazapado Alfonsito, estaba equipada básicamente por un pequeño reclinatorio y un crucifijo réplica de la talla principal de la parroquia, y era utilizada por el Padre Sebastián para rezar en la intimidad. A continuación, el pasillo

llevaba hacia un baño humilde y angosto para terminar en el dormitorio del párroco.

Alfonsito continuó sigilosamente avanzando por el pasillo hasta encontrarse ante la puerta del dormitorio que, esta vez sí, permanecía cerrada.

Una voz femenina se distinguía por encima de la del padre Sebastián y, claramente, no era de niña.

El chiquillo, movido por un impulso incontenible, asió el pomo de la puerta y como si la vida le fuera en ella, lo deslizó suavemente hacia abajo para abrir la puerta.

La ranura que abrió le permitió fisgonear lo suficiente para quedarse boquiabierto.

El padre Sebastián, de espaldas a la puerta, agarraba firmemente el seno descubierto de doña Amparo, que reía disimuladamente ante la torpe embestida del cura. En ese momento, la mujer se percató de que alguien había tras la puerta y lanzó un grito de sorpresa. Accionado como por un resorte, Alfonsito arrastró su curiosidad por el pasillo en una carrera desenfrenada, que en un instante lo llevó a la amplitud del interior de la parroquia.

Mientras, sentada en un banco dentro de la capilla del Cristo del Perdón, Margarita observaba impasible a Alfonsito salir despavorido por la Puerta de la Redención. Arrugó el gesto a la vez que apretaba contra su pecho una rebeca manchada de polvo.

Poco después, vio salir a doña Amparo.

VII

Amaneció una estupenda mañana de Jueves Santo. César Sanlúcar miraba hacia el techo de su alcoba con los dedos entrelazados sobre su robusto pecho. Aún en el lecho, se recreaba evocando la tarde-noche de ayer. Cerró los ojos y sintió la delgada mano de Isabelita apretando la suya, la firmeza del delicado talle deslizándose por su antebrazo, la risa dichosa resonando en su interior...

Un amortiguado ruido de llaves anunciaba la vuelta a la pequeña casa aledaña a la parroquia de Antonio Sanlúcar. El sacristán se tomaba un pequeño respiro en su jornada, pues más tarde el tráfico de personas en la parroquia alrededor de los pasos sería incesante. Aún era temprano así, que regresó a casa después de acondicionar ligeramente la parroquia.

—César todavía duerme —pensó—. Bien merecido tiene el descanso, que ese maldito Rosal lo tiene explotado.

La casa era de dimensiones ridículas, pero al ser sólo dos inquilinos, padre e hijo se las apañaban bastante bien. Además casi nunca estaban en casa. El sacristán se cuadró ante el espejo del saloncito. Orgulloso, vio ante él un hombre alto y fornido, y si no hubiese sido por las incipientes canas en su negro cabello y la piel aceitunada y curtida, hubiese parecido un calco de César. El muchacho lucía una piel mucho más fina y pálida, herencia de su difunta esposa. Ésta había

muerto desangrada al dar a luz a César. Ahora, su hijo era lo único valioso que quedaba en su vida.

El recuerdo más vivo de ella.

En el ajado mueble que presidía el saloncito, un pequeño retrato de pie subsistía a duras penas entre el polvo. Antonio Sanlúcar lo cogió y sopló con energía el cristal opaco por la suciedad. Una joven morena sonreía alegremente exhibiendo una dentadura impecable y unos labios muy finos. Pero la alegría de la imagen, sobre todo recaía en los ojos, inyectados de vida.

César Sanlúcar encontró al salir del dormitorio a su padre besando el retrato de su madre.

—Papá ¿estás bien?

El padre levantó la cabeza, mostrando los labios ligeramente manchados de polvo —Sí, sólo estaba limpiando este cuadro, tiene mucho polvo— Ahora lo que se estaba manchando el sacristán era la camisa, que refregaba con nerviosismo por el marco.

—Ya... limpiando el cuadro... con la boca ¿no? —César pasó el brazo por los hombros de su padre. Pese a ser el sacristán un hombre alto, el hijo lo superaba ya en una decena de centímetros. Con la mano que le quedaba libre, César le estiró cariñosamente la mejilla.

El sacristán, aunque muy afable con su hijo, era un hombre poco dado a las muestras externas de cariño. Por eso se libró en el momento que pudo del poderoso abrazo de su

hijo. Cambió el tema bruscamente —¿Ayer qué? ¿Cómo fue tu paseo con la hija del cacique?

—Tu hijo es la envidia del pueblo papá. A ver si te enteras de una vez —bromeó César pavoneándose— Pues muy bien papá. ¿Cómo le va a ir a don Juan Tenorio? Pues muy bien.

—Vaya vaya, así que don Juan ¿eh? Pues ten cuidado con el padre de tu doña Inés que no es moco de pavo.

—¿Ese? Bah... Ese ya mismo está comiendo de mi mano, como lo está ya su hija. Isabelita no se me escapa papá, ya verás.

El rostro del padre se entristeció en un gesto que manifestaba lástima por su único hijo. Aunque César hablara de ese modo, los había visto con sus propios ojos y tenía la certeza de que su hijo estaba enamorado de esa preciosidad. —Ahora en serio César, no te ilusiones mucho con Isabel que don Fernando no es persona de fiar. Te lo dice un perro viejo.

César aguardó pensativo antes de contestar. Cuando su voz iba a balbucir una réplica, unos golpes de nudillo se oyeron en la puerta. Antonio Sanlúcar abrió.

Bajo el marco de la puerta se recortó sombría la imagen del padre Sebastián.

El sacristán y su hijo se extrañaron. Antonio Sanlúcar venía de ver al párroco hacía un instante e iba para la parroquia en unos minutos. El padre Sebastián pasó al interior sin esperar a ser invitado a ello.



LA LIBERTAD NO ES
UN LUGAR COMÚN



El Vodka la miraba con una insólita mezcla de dulzura, miedo y tristeza. La acompañó de la mano hasta la puerta inexpugnable que los separaba del exterior.

—Mi niña, la vida es hermosa incluso ahogada entre estas paredes. —Susurró el hombre al oído de la muchacha.

—Precisamente por eso es hermosa, Vodka.

—No, cariño; sabes que no. Cuídate.

—No te pongas sentimental que vas a perder de un plumazo toda tu reputación. Volveré pronto, Vodka.

—No te quiero aquí. Mejor quédate fuera y respira el aire puro en nuestro nombre.

—Volveré. La libertad no es para mí.

Después de fundirse en un efímero abrazo, la puerta de hierro se cerró tras Carmen.

El Vodka era lo más parecido a un padre que tenía. En la prisión todos la querían, pero el Vodka, desde que murió su madre, era el que más cuidaba de ella. Ahora, después de muchos años, volvería a encontrarse con la luz del sol. Pero sería sólo un instante. Un momento en el desamparo del mundo exterior; pues después de todo, los médicos le habían dado muchas esperanzas respecto a la operación y Carmen deseaba terminar lo más pronto posible con el maldito trasplante de médula para regresar con su familia de nuevo a la prisión.

Su madre cumplía condena por robo a mano armada cuando dio a luz. Así que Carmen nació en la cárcel. Allí aprendió a andar de la mano de su madre, del Vodka y los demás y balbució sus primeras palabras ante la mirada enternecida de los funcionarios de la prisión. Cuando creció, esta hija de la cárcel tuvo que abandonar a su familia para recibir educación en diversos orfanatos y colegios internos. De vez en cuando le permitían regresar con su madre, unos días en vacaciones; pero insuficiente para el hermético anhelo de Carmen. Al terminar la educación obligatoria todo cambió. De repente se encontró desvalida en un mundo hostil que la miraba con ojos recelosos. Así que un día en el que se encontraba especialmente melancólica, agarró un cuchillo, entró en el primer banco con el que se topó y retuvo por la fuerza a una trabajadora que tecleaba monótona junto a la puerta. Poco después, Carmen volvía junto a su madre y el Vodka, que la recibieron con el sentimiento dual y contradictorio de la alegría por volver a ver a su pequeña y el pesar por comprobar cómo la muchacha estaba malgastando los días más luminosos de su juventud.

Mientras la llevaban en coche al hospital, Carmen no pensaba en nada. Se dejaba llevar por la apatía. Sólo quería regresar a su hogar. Y su hogar era aquel aire viciado de humo y reclusión. Pese a la insistencia del Vodka, Carmen tenía una idea fija atravesada en su entendimiento: en cuanto estuviese recuperada de la operación, si todo salía bien,

haría lo que tuviese que hacer para regresar a la prisión que la vio crecer.

Y es que el mismo día que a Carmen le diagnosticaron leucemia, su condena expiraba. Volvía a la maldita libertad con algo que le recorría las venas envenenando su sangre.

Sin embargo, a los pocos días de la fatal noticia, los médicos le comunicaron que alguien le salvaría la vida.

—¿A quién le puedo importar? —Preguntó Carmen cuando se enteró de que posiblemente no moriría tan pronto como creía.

—Si lo deseas, cuando pase todo, podrás contactar con esta persona. El hecho es que la médula de este donante puede salvarte. —Fue todo lo que le contestaron.

Todo esto evocaba la joven cuando sintió un leve pinchazo y comenzó a perder la conciencia. Era la señal de que se acercaba la hora de la verdad.

La operación fue bien.

—Perfecto. —Le dijo el cirujano cuando despertó.

Se confirmó entonces. Alguien cuya identidad desconocía le había salvado la vida.

—¿Por qué? —Preguntó al doctor.

—Aún existen personas que hacen un esfuerzo para que jóvenes como tú puedan seguir soñando y peleando por cumplir esos sueños.

—Deberían haber salvado a otra persona. Yo no tengo sueños, sólo quiero regresar con mi familia a la cárcel.

La recuperación no fue tan bien. Pasaron unos cuantos meses duros hasta que Carmen se vio libre del hospital. Lo único que quería ahora es verse también libre de la libertad. Por eso volvió a hacerse con otro cuchillo, se dirigió al mismo banco y amenazó a la misma trabajadora que tecleaba con la misma monotonía de siempre junto a la puerta.

Ahora que su madre estaba muerta, el recibimiento fue exclusivamente a cargo del Vodka que, con ojos vidriosos, la abrazó tiernamente un buen rato.

—Hueles muy bien. ¿A esto huele la libertad? —Preguntó el Vodka sin soltarla de su enorme abrazo.

—La libertad apesta, Vodka. Tú, en cambio, sí que hueles bien. Es tabaco negro ¿verdad?

—El mismo de siempre. Por aquí nada cambia. Estás más guapa. —Le dijo el Vodka acariciándole la pelusilla que empezaba a poblar de nuevo el cráneo de la muchacha—. Deberías haberte quedado fuera. Buscar un trabajo y vivir.

—¿Ya has olvidado lo que decía Faulkner?

—No, cómo iba a olvidarlo. Aquí no se olvida nada. Todo queda encerrado con nosotros.

—Lo más triste de la vida...

—Es tener que trabajar ocho horas al día. —La interrumpió el Vodka—. O algo así.

—O algo así. —Rió Carmen y volvió a abrazarse a su viejo amigo.

—Maldito el día en que te enseñé a leer. —Bromeó el hombre con la tristeza en los ojos.

—Vodka, pero si aquí no hay otra cosa que hacer. Vamos, llévame a ver a los demás.

Un día mientras fumaba en silencio en el patio, un funcionario de la prisión que no llevaba mucho tiempo allí, se le acercó y le acarició la cabeza. Lo hizo porque todo el mundo lo hacía. Y a ella le gustaba, o por lo menos eso decían.

Cuando Carmen levantó la cabeza, el muchacho le dijo:

—Carmen, tienes visita.

—¿Yo? Vete a comprobarlo, que te has equivocado. Nunca han venido a visitarme.

—No me he equivocado, Carmen. Es una visita para ti. Acompáñame.

Carmen se levantó con incredulidad y siguió al joven funcionario hasta la sala de visitas. Ni siquiera se preguntaba quién sería porque seguía convencida de que todo aquello era un error. De pronto se encontró ante una silla vacía frente a un joven muchacho que le señalaba el teléfono. Un grueso cristal los separaba.

Carmen se sentó y agarró el teléfono rápidamente. Más era la curiosidad por saber quién era aquel chico que por charlar con alguien del exterior.

El joven vestía una camiseta estrecha con un dibujo del cómic de La Patrulla X. La cabeza la llevaba afeitada y lucía una barba de tres o cuatro días. Sus ojos verdes no cesaban de mirarla.

—¿Dejan fumar aquí dentro? —Fue lo primero que preguntó el joven, que, ante el gesto de asombro de Carmen, señaló el pitillo que fumaba la chica.

—Aquí dentro no pueden prohibirlo. Sería la revolución, y nadie quiere una revolución. —hizo una pausa— No me gusta tu pelo. Deberías llevarlo largo.

—Lo llevaba. —contestó el chico— Me lo afeité por ti.

—No debiste hacerlo.

—Lo hice para hablar contigo en igualdad de condiciones.

—Confesó el muchacho que encendió un cigarrillo.

Carmen lo miraba tratando de escrutar en los ojos del muchacho. —Eres tú quién donó la médula, ¿verdad?

—Sí. —Salvador y salvada se quedaron observándose unos segundos sin decir nada—. Mira. —Dijo el chaval y le pasó un papel por debajo de la rendija del cristal que los separaba—. Es para ti.

Era un dibujo a carboncillo de Carmen. Parecía copiado de una foto que guardaba en su celda.

—Yo tengo una foto como este dibujo. —Aclaró Carmen.

—Lo sé. Tu amigo el Vodka me la mandó.

—¿Te pidió también él que vinieras? —Preguntó la joven.



—Contactó conmigo hace una semana. Pero he venido por mi cuenta. Quería conocerte.

—Ya... ¿Y por qué lo hiciste? ¿Por qué me salvaste? —Preguntó Carmen con cara de pocos amigos.

El muchacho se encogió de hombros. —No sé—. Contestó. —Pero me alegro de haberlo hecho.

—¿Cómo te llamas, si puede saberse?

—Bruno, pero me gusta que me llamen Bruce. Bruce como Bruce Wayne.

—¿Ese no es el tío que va dentro de Batman?

—Exacto, el mismo. Soy dibujante. Adoro los cómics. —Una bocanada de humo salió de la boca de Bruce—. Oye ¿por qué estás aquí?

—Esta es mi casa. —La muchacha echó una mirada nerviosa por encima del hombro— ¿Qué pasa, que sientes que has desperdiciado tu médula con alguien como yo? ¿Con alguien que va a pasar aquí el resto de sus días? ¿Preferirías haber salvado a otra persona, a que sí?

—No, no. Está bien. Tú misma. —Bruce se levantó de la silla—. Oye... volveré otro día ¿vale? Adiós. —Sin esperar la respuesta de Carmen, el joven dibujante salió de la sala de visitas.

Los días pasaron como siempre, sin sobresaltos. Era eso una de las cosas que más gustaban a Carmen de la prisión. La seguridad de la monotonía, la protección dentro de las gruesas paredes. El Vodka trató de indagar un poco acerca

del encuentro de su protegida con aquel chico que la salvó, pero no hubo éxito. Carmen estaba esquivada. Pasaba las horas releendo los libros de la biblioteca que ya debía de conocer de memoria. Gustaba mucho de hojear un viejo diccionario ajado que nadie parecía notar que estaba allí. Lo leía y releía a menudo. Su madre le decía que una cabeza llena de palabras era más poderosa que una mano con una pistola.

—Cuando estés fuera. —Le susurraba su madre al oído—. Tendrás que defenderte con las palabras. Sólo las palabras te darán la seguridad que ahora te dan estas paredes.

Tal vez recordara aquel consejo de su madre mientras pasaba las hojas del diccionario. Lo cierto es que lo había seguido durante toda su vida. Se había tomado muy en serio su educación, pese a no haber querido continuar los estudios tras la educación obligatoria. Pero era una chica muy inteligente, y el Vodka lo sabía porque hablaba mucho con ella de los libros que ambos leían y porque la conocía muy bien. Tal vez la conocía mejor que ella misma.

Precisamente, uno de esos momentos en los que Carmen y el Vodka conversaban sobre los libros de la biblioteca se vio interrumpido por otra visita. El mismo funcionario de la otra vez se acercó a ellos, y esta vez sin acariciar la cabeza de Carmen, le dijo: —Carmen, el chaval del otro día ha vuelto. —La joven pareció no oír al funcionario y siguió hojando el libro que tenía entre manos. El Vodka, que conocía a su niña muy bien, pidió al vigilante que los dejara un momento solos.

—Carmen, mírame. Vete a ver a Bruce.

La joven callaba mientras continuaba pasando las páginas.

—Carmen. —Le susurró y la besó en la sien— Se lo debes. Te salvó la vida. Ve.

Carmen dejó el libro y miró a los ojos de su amigo el Vodka. Al instante, la muchacha acompañaba al funcionario de nuevo a la sala de visitas.

El muchacho esperaba allí, con un cigarro encendido y una camiseta de Batman.

—Hace juego con tu nombre. —Dijo Carmen.

Bruce asintió con los ojos y sonrió. Era la primera vez que veía sonreír a su salvador. —Estás más guapa. El pelo te ha crecido mucho en este tiempo—. Y era verdad. El castaño del cabello se hacía cada vez más patente y se complementaba muy bien con los ojos color miel.

—A ti también.

—Me lo dejaré largo, como dijiste. —Y le pasó otro papel por debajo de la rendija del cristal. Era una foto de Bruce con melena. —Como en la foto.

—Sí. Estás mejor así. —Carmen hizo el ademán de devolvérsela.

—No. Es para ti. Yo tengo tu foto, es justo que tengas tú la mía. —Carmen se encogió de hombros y se la guardó en el bolsillo del mono. —He hablado con la mujer a la que amenazaste con el cuchillo en el banco. —Carmen callaba

con gesto serio. —Le conté tu historia. Está dispuesta a retirar todos los cargos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Preguntó la joven reclusa enfadada.

Bruce no respondió. —También he hablado con un abogado. Teniendo en cuenta tu historial y la retirada de las acusaciones, si quieres, pronto puedes estar libre.

—Creí que ya sabías que no quiero ser libre. He nacido aquí y aquí quiero morir. —Esta vez fue Carmen quien cortó la comunicación. Se levantó y salió de la sala de visitas.

En la celda la esperaba el Vodka, tumbado en su litera.

—¿Qué tal todo, pequeña? —Preguntó el hombre que miraba al techo con las manos entrecruzadas sobre el pecho.

—Mal. ¿Cuándo se va a enterar el mundo que quiero estar aquí? ¿Tan difícil es de comprender? Cada uno entiende su libertad como quiere.

El Vodka se incorporó en la litera. —Cariño, mírate. —Le acariciaba la mejilla con dulzura. —Eres lista, tienes una cara muy linda y unos ojos que merecen florecer bajo la luz del sol. No voy a permitir que te marchites aquí. Tienes que entender que aquí ya no te retiene gran cosa. —Como siempre que le hablaba el Vodka, Carmen callaba y miraba hacia abajo como si aún fuese una niña. —Tu madre murió, los chicos van saliendo poco a poco porque van quedando libres, y pronto también cumplirá mi condena. Eres la más joven de la prisión y estás aquí porque quieres. No voy a

permitirlo, te pongas como te pongas. —La muchacha se dispuso a protestar pero el Vodka la interrumpió. —He estado en contacto con Bruce. Es un buen chaval. Tiene que serlo ya que te ha salvado la vida. Será tu nexo con la sociedad. Confía en él y confía en mí. Libérate y vive. Pronto nos veremos en el aire limpio y puro de fuera.

A través del Vodka, Bruce preparó junto con el abogado la salida en libertad de Carmen. En poco tiempo la muchacha se despedía nuevamente de su amigo el Vodka, ésta vez para vivir. En la celda quedó el mono de reclusa. Ahora la chica vestía unos vaqueros un poco pasados de moda y una blusa blanca que heredó de su madre.

—Ten cuidado ahí afuera, pequeña. —Musitó el Vodka. —Y dile a Bruce que te proteja.

—Te escribiré, y así me cuentas cuándo sales. Te quiero, Vodka.

—Te quiero, mi niña. Adiós.

El Vodka se quedó mirando marchar a su pequeña hacia la libertad. Podía ver cómo la esperaba Bruce en un pequeño y viejo utilitario rojo. Había costado mucho esfuerzo vencerla, pero ahora respiraba satisfecho con la sensación de haber salvado la desviada vida de la persona que más quería en el mundo.

—Qué extraño es todo. Para poder liberar a mi pequeña, ha tenido que estar al borde de la muerte. —Pensaba para sus adentros el Vodka.

Bruce conducía despacio su coche de segunda mano, poniendo todo su cuidado en llegar sanos y salvos al pequeño apartamento donde vivía.

—Si no tienes pensado donde dormir esta noche, puedes quedarte en mi apartamento el tiempo que quieras. Estoy cansado de vivir solo, así que cuanto más tiempo quieras quedarte, mejor. —Bruce hablaba sin dejar de mirar la carretera.

—Está bien. —Se interrumpió un instante para contemplar desde la autovía la cárcel donde tanta vida dejaba. —Oye Bruce ¿has hablado con el abogado del Vodka?

—¿Hablar de qué? —Preguntó Bruce.

—Hablar de su salida. ¿Cuánto le queda por cumplir? El Vodka me dijo que ese tema lo llevaba el abogado ése.

—¿Eso te dijo?

—Sí. ¿Es que pasa algo que yo no sepa o no quieres que sepa?

En ese momento, Bruce aparcó en la calle donde estaba su apartamento. —Carmen, el Vodka no creo que vaya a salir nunca.

La muchacha empezó a llorar en silencio. De pronto estalló en cólera. —¡Me habéis engañado! Estúpido santurrón... ¿Qué te crees que eres, una ONG? ¿Por qué no me dejaste en paz en su momento? ¿Eh?

Bruce la agarró con delicadeza pero firmemente de los brazos. Aún no habían bajado del coche. —Escucha, el Vodka

me ordenó que no te permitiera hacer nada para volver al trullo.

—¿Cómo que no? Ahora mismo hago lo que sea...

—No. Escucha un momento, por favor, Carmen. El Vodka ha solicitado que lo trasladen lejos. Va a hacer todo lo posible para que no lo encuentres ¿entiendes? Te quiere mucho y por eso quiere que vivas en libertad. No puedes desperdiciar tu juventud en la esclavitud.

—Lo encontraré ¿Te enteras? ¡Lo encontraré! —Carmen lloraba y gritaba dentro del coche.

—No puedes. Y si lo encuentras... —La muchacha calló esperando las palabras de Bruce. —Si lo encuentras se quitará de en medio, Carmen. ¿Lo entiendes? Quiere que vivas, te ordena que vivas. Y si lo encuentras, o tiene noticias de que lo estás buscando, se suicidará.

—Eso es mentira. Escucha, ¿Es que tienes que manejarlo todo? ¿No te conformas con salvarme la vida aún sin yo pedírtelo?

—Carmen, para. Es verdad. Lo dejó por escrito. —Bruce extendió ante los húmedos ojos de Carmen un papel manuscrito. —¿Reconoces la letra del Vodka?

La joven cogió la carta. —Sí, es su letra. —Comenzó a leerla entre sollozos ahogados.

“Hola mi niña. Si estás leyendo este papel es porque no te fías de la palabra de Bruce. Mal hecho. Ya te he dicho

que es un buen chaval. Confía en él y pídele que te enseñe el mundo. Vive y no me busques. Haré todo lo que te ha dicho si me entero que quieres volver a prisión.

De todas formas, si te portas bien y eres una buena persona libre, le puedes pedir a Bruce que te diga donde estoy y podéis visitarme. Todo ello, sólo si Bruce considera que no vas a hacer nada por volver. Te quiere, el Vodka”.

Carmen se quedó en silencio llorando y miró a Bruce para pedirle perdón con los ojos. El muchacho la abrazó y la besó en la sien como solía hacer el Vodka.

—Vamos. —Dijo Bruce tomándola del brazo. —¿Qué tal huele la libertad?

—Huele a vodka. —Respondió Carmen con una sonrisa manchada de lágrimas.

Bruce rió con ella. —¿Por eso le llaman el Vodka?

—Olía a vodka a todas horas, algo raro siendo abstemio. —Carmen echó un vistazo a la fachada del edificio. —Es curioso que la persona más libre que he conocido haya pasado la mayor parte de su vida entre rejas.

—¿Alguna vez te contó lo que hizo?

—Nunca. —Y agarró de la mano a Bruce mientras subían las escaleras hacia la nueva vida.



EL ECO DE UNA LÁGRIMA DE
SAN LORENZO



I

A pesar del frenesí con que transcurría la película aquella noche de agosto, mi espíritu sólo atendía a las intermitentes estrellas fugaces que cruzaban la nocturna bóveda celeste.

Y no era el único.

Cada vez que una de las llamadas lágrimas de san Lorenzo se atrevía a salir a escena y robarle el protagonismo al semiadolescente galán de turno, los espectadores del cine rompían al unísono con un cursi: "Oh...". Entonces, paulatinamente pero en un breve espacio de tiempo, se extendía por el cine un silencio conmovedor. De esos que acostumbran a poblar cada segundo de los camposantos entre un sepelio y el siguiente.

Se trata del sonido de los deseos, que la tradición popular coloca tras las Perseidas. El mío, una vez más, era inmutable. El mismo sueño que año tras año lanzaba al cielo con la remota esperanza de que en alguno de esos intentos alcanzara la montura de esas estrellas que mutan la quimera en realidad.

Esa noche, el sempiterno anhelo ya no era etéreo, sino que portaba un rostro concreto. El rostro femenino que a escasos milímetros de mí compaginaba la acción del film con sus, también, íntimos deseos. Su pelo rojo descansaba

sobre mi hombro. Sus ojos del color del mar refulgían ora con las trepidantes imágenes cinematográficas ora con el teatro cenital. Su nombre flotaba en la atmósfera coloreando mi ánimo con su esencia. Paz.

II

Mis padres me dieron el nombre de Alejandro hace veinticinco años. Supongo que lo hicieron porque me creerían destinado a grandes hazañas. Como siempre, erraron.

Durante la semana, me dedico con todas mis energías a uno de los pocos oficios que hoy en día ennoblecen el espíritu: la literatura. Pero no crean que soy un sucedáneo de Víctor Hugo que alumbra al mundo constantemente con la luz de su ingenio (más quisiera yo). No, yo contribuyo a que escritores como él sigan llegando a todas las personas. Y esto lo hago tras el modesto mostrador de mi librería, que gobierno solo desde que mi padre me la dejase al morir.

Muchos clientes me recriminan el haber abandonado los estudios tan pronto. Pero yo tengo la conciencia bien tranquila. No me canso de explicarles que fui nada más que yo quién se pasó las horas en la intimidad de las matemáticas o la física, y nadie mejor que yo sabe que aquella odisea no hubiese podido concebir nunca alguna Ítaca. Nada hay de qué lamentarse. Siempre he creído que cada cual ha de saber



ocupar el nicho que mejor se adapte a sus medidas. Y mi nicho, a pesar de ejercerlo de forma tan poco grandilocuente, es la literatura.

Hubiese deseado tener la brillantez de Kafka, o la mordacidad de Chesterton, o al menos la cultura y dedicación perfeccionista de Flaubert; pero he de conformarme únicamente con la afición, que no es poco en estos tiempos que corren. Además no quiero tentar a la suerte. Puesto que lo que más fervientemente desee en toda mi vida al fin puedo tenerlo. Así que por condescendencia con otros que no tuvieron tanta suerte como yo, acato lo que el azar y la naturaleza tuvieron a bien concederme.

III

Todo comenzó cuando vi a Paz por primera vez. Ese mismo día resolví encomendarme a la astrología.

Yo nunca he prestado demasiada atención a las artes adivinatorias. Es más, ni siquiera soy un hombre religioso. Pero después de darle muchas vueltas al asunto, deduje que mi historia con Paz sólo podía deberse a las lágrimas de san Lorenzo.

La primera vez que la vi, fue a través del escaparate de la librería. Era su primer día de trabajo en una pequeña tienda de discos y bisutería que había en la misma calle

de nuestro establecimiento. Era un agosto liviano. Mi padre repasaba una y otra vez la hoja de pedidos. Yo ojeaba un libro de astrología dedicado por completo al fenómeno de las Perseidas. Ella se dirigía tímidamente hacia el trabajo, como si quisiera que el mundo ignorase su grácil caminar.

Fue curioso que entre estrella y estrella del libro apareciese ella en mi vida: con su paso sereno y su cabello rojizo recogido firme en la espalda, como si se tratase de la cola de algún cometa.

Entonces supe que ninguna de las estrellas fugaces que viera en mi vida serían tan hermosas como Paz.

Embotado aún con la visión, automáticamente dejé filtrar por mi entendimiento lo que el libro trataba de decirme. Las palabras, borrosas, apuntaban que muchas culturas atribuían un halo de esoterismo al fenómeno de las estrellas fugaces acaecido en torno al día de san Lorenzo, y que no eran pocas las personas que formulaban un deseo justo después del momento en que una estrella fugaz cruzaba el cielo.

De repente, despertó mi interés aquella revelación. Miré el calendario que colgaba en la trastienda y comprobé que aquel día era 9 de agosto, víspera de san Lorenzo.

Decidí que aquella noche la pasaría al raso del patio, atando a cada cometa el deseo de que Paz se enamorase algún día de mí.

IV

Un total de diez lágrimas de san Lorenzo transportaron mis anhelos de un lado a otro de la bóveda celeste. Una a una les fui murmurando el nombre de Paz, con voz queda para que mis padres no lo oyesen. Dejándome llevar por el dibujo de las estelas, iba manchando de pátina la armadura escéptica que había lucido durante toda la vida.

Arriba, las luces centelleaban intermitentemente y abajo en el patio, los jazmines pletóricos de blancura, derramaban su perfume para perfeccionar la noche. La brisa nocturna auspiciaba un cambio de temperatura. La tregua ofrecida por el calor tocaba a su fin.

En ese momento, pensé lo que ocurriría si alguien pedía un deseo sobre la misma estrella que yo. Tal vez se fundirían. O quizá tanto deseo junto equivocaría al cometa.

Quién sabe.

Yo, por si acaso intenté pedir mis deseos sobre estrellas fugaces pequeñas. La gente prefiere las grandes, así me dejarían las pequeñas sólo para mí. Había muchos cometas en el cielo aquella noche.

V

Al día siguiente, yo me encargué de la librería porque mi padre no se encontraba bien. No había nadie y yo me entretenía escuchando la radio sentado tras el mostrador. Siempre hablaban de política, nunca de poesía.

Entonces, Paz entró en la librería.

Llevaba un fino vestido rojo de algodón. Sonrió sin decir palabra alguna y se colocó delante del ventilador. No paraba de mirarme. Era el día más caluroso de un agosto que había comenzado suave. Estuvo un rato dejándome contemplar sus ojos de gata. Después se marchó, sin dejar de sonreír.

Por la tarde mi padre murió.

Lo que por la mañana comenzó con un leve mareo e indisposición, por la tarde se tradujo en un fulminante ataque al corazón. Murió delante de mi madre, así, de repente, sin darle tiempo a decir nada.

Cuando llegué a mi casa, el cuerpo de mi padre aún estaba allí, pero la sorpresa atenazaba cada uno de mis músculos haciéndome indolente a la fatal tragedia.

Mi madre aguantaba en silencio el pesar. Sentada en un sillón como si no hubiese nadie más en el mundo.

VI

La librería estuvo dos días cerrada. Fueron momentos muy confusos. En mi ánimo se alternaba la visión del cadáver de mi padre, con el recuerdo de la imagen de Paz delante del ventilador de la tienda.

Necesitaba una distracción, así que fue un alivio escuchar a mi madre pedirme que reabriese la librería.

Esa mañana, Paz estaba esperando en la puerta. Permaneció callada con la mirada baja. Abrí y la dejé entrar delante de mí.

Nunca he estado más turbado en mi vida. Tanto que aún tengo instalado en mis oídos el tintineo de las llaves en mis manos temblorosas.

Paz continuaba callada, así que para relajarme, me dispuse a poner un poco de orden en la tienda. Descorrí las persianas del escaparate, coloqué en las estanterías varios libros que estaban sobre el mostrador y me oculté en la trastienda con la excusa de preparar un poco de café.

En ese instante, Paz habló:

—¿Cómo estás? —preguntó queda.

—Bien —balbucí tras la cortinilla que separaba la trastienda de la librería.

Hubo un silencio incómodo que aproveché para retirar el café y servirlo en dos tazas de deplorable aspecto.

Cuando salí, dos regueros de lágrimas surcaban lentamente las mejillas de Paz.

—Si quieres, podemos estar juntos en esto —sugirió entre un sollozo casi inaudible.

Sentí como si todo aquello fuese obra de algún encantamiento, y algo dentro de mí evocó las Perseidas.

—Me parece bien —contesté.

VII

En cuestión de un par de días, perdí a mi padre; la chica que amaba en silencio, misteriosamente me correspondió y asumí la responsabilidad de sacar adelante la librería. Cualquiera quedaría desconcertado con todos estos cambios en su vida, y eso fue lo que me ocurrió a mí. Y no era de extrañar, pues siempre había limitado al máximo el contacto con la realidad. En otras palabras, era un chico sentimentalmente inmaduro.

En mi casa, mi madre aún reflejaba el impacto inicial, y yo me sentía incapaz de consolarla, sin la habilidad necesaria para acertar unas cuantas frases de cariño.

Pasaba los ratos libres paseando con Paz. Hablábamos poco, pero caminábamos mucho por mis rincones preferidos de la ciudad. A veces le recitaba poemas que aprendía de memoria para impresionarla y ella los escuchaba con atención (o al menos eso me parecía). Durante la semana, solíamos ir por la noche a ver alguna película al cine de verano, y los

domingos nos decidíamos por combatir el calor en la piscina municipal.

En aquellos días últimos del verano, llegó a la ciudad un teatro itinerante; y debido a la fama de aficionados a la cultura que habíamos cosechado durante años entre todos los habitantes, la compañía decidió instalarse un par de meses aquí (en lugar de las dos o tres semanas que permanecían en el resto de municipios). Se instalaron en un parque de la periferia, cerca del lugar donde asentaban los puestos los feriantes durante las fiestas que comenzarían en septiembre. Así aprovecharían, pensaron, el tirón popular de los días que se acercaban.

VIII

El verano se marchó con parsimonia entre obras de teatro, paseos por el parque y domingos de piscina.

La librería marchaba un poco mejor, en parte gracias a los vecinos, que se acercaban con más frecuencia por los estantes de la tienda para ayudar, en la medida de sus posibilidades, a mi madre y a mí.

Yo tenía puesta toda mi ilusión en las inminentes fiestas de septiembre. Por extraño que parezca, en mis veinticinco años de vida, iba a ser mi primera feria.

Todos estos pensamientos discurrían por mi cabeza cuando, de repente, mi madre tomó la decisión de dejar la ciudad. Así, de pronto, sin consultarlo antes conmigo. Súbitamente rompió su silencio para comunicarme que tenía intención de marchar con su hermana a la capital, para pasar, en principio, una temporada.

—Tu tía me llamó ayer y lo decidimos juntas —me explicó.

No dijo nada más, y yo por mi parte, no objeté motivo alguno para persuadirla de su marcha. Así que le ayudé con los preparativos, y a los dos días la despedí en la estación de autobuses.

IX

Con tantos cambios sucesivos en mi vida en tan poco tiempo, me olvidé momentáneamente de mirar al cielo. Ya no buscaba estrellas fugaces a las que contarle mis deseos. No había dejado de creer, pero Paz suplía con creces la magia de los misterios cósmicos.

La librería empezó a vaciarse paulatinamente. Las revistas que tanto habían comprado mis vecinos días antes, ahora se acumulaban en los estantes. Yo no necesitaba mucho para vivir, así que me las apañaba con los libros que vendía a

unos cuantos clientes fieles que aún creían en el valor de las palabras.

Visitábamos con frecuencia el teatro. Paz fue en principio reticente (callaba, aunque yo notaba su desinterés), pero después de unas cuantas obras impactantes me pareció que se fue aficionando. La desbordante pasión en *"Bodas de sangre"* de Federico García Lorca fue mucho más efectiva que los dramas shakesperianos para provocar ese cambio de actitud en Paz. Debido a nuestra asiduidad dentro de la carpa portátil, conocimos a muchos de los miembros de la compañía: Rafael, el protagonista masculino; Azahara, la protagonista femenina; Carlos y Raquel, encargados de la tramoya; secundarios como Pepe, Carlota y Tere, etcétera. Personas todas muy interesantes con las que compartimos muchas funciones y, ¿por qué no decirlo? También muchas botellas de fino y bailes al abrigo de la alegría de la feria.

X

Fueron días fugaces que hicieron olvidarme de mi padre y de mi madre. Horas que pasaban volando delante de mi cara y se marchaban dejando un eco de risas y besos.

Eran los días que yo había soñado en los libros de fantasía que leía siendo niño.

Cada rincón de mi casa me pertenecía en exclusiva. Sentía como si mi padre nunca hubiese yacido muerto en el salón, ni mi madre se hubiese paseado como un alma en pena por los pasillos. Sencillamente, parecía que nunca hubiesen existido.

Por aquellos días, me propuse reconstruir aquella mágica noche de san Lorenzo en la que una estrella fugaz me trajo a Paz. Así que cada noche, al regresar de mis paseos románticos, me sentaba en el patio a observar el cielo hasta que el ambiente refrescaba demasiado y me obligaba a entrar dentro e intentar conciliar el sueño.

Apenas lograba ver algún cometa, pero no importaba porque ya no pedía deseos. Tenía a Paz y no deseaba nada más en la vida. Ningún deseo podía hacerme más feliz. Así que simplemente pasaba las horas mirando al cielo.

XI

Un día corriente de octubre, despidieron a Paz de la tienda de discos. Se marchó apesadumbrada con una mentira en sus oídos:

—No es por nada que hayas hecho. De hecho, la tienda va muy bien. Simplemente creo que no encajas con la imagen que quiero que tenga mi negocio —Esas fueron las palabras que utilizó su jefe para despedirla.

Paz, que había notado la disminución de la clientela, se culpó del fracaso del negocio. Se cerró en sí misma y dejó de salir conmigo cada atardecer. Permanecía en su casa, ayudando a su madre y viendo la televisión. Sólo accedía a salir de casa los fines de semana, pero previa insistencia mía. Por teléfono se mostraba apática e indiferente y esa pusilanimidad me desgarraba las entrañas.

Así que decidí actuar. Aunque para ello, tuve que esperar casi una semana de copiosas lluvias. Pero al fin, un día, la atmósfera se limpió de humedad y mostró un hermoso cielo estrellado. No era un experto en astrología, pero supuse que en octubre disminuía la cantidad de estrellas fugaces, así que no me impacienté al comprobar que no veía ninguna. Tuvieron que pasar casi tres horas para que, en una diminuta porción de la bóveda celeste apareciera un exiguo cometa de estela muy difusa. La puesta en escena fue breve pero mereció la pena, ya que cuando el cometa desapareció en la oscuridad, mi deseo de que Paz encontrara un nuevo trabajo se marchó con él.

Ya sólo quedaba esperar.

XII

La compañía de teatro preparaba la despedida. No marchaban muy lejos, pero la cuestión es que se iban.

Decidieron adelantar la función de aquel día para ganar tiempo con los preparativos de la marcha. Por esa razón no pude asistir.

De todas formas, cerré un poco antes la librería y logré que me dejaran entrar en los últimos minutos de la representación. Busqué a Paz con la mirada y la localicé pronto. Esperaba en el mismo sitio donde habíamos presenciado todas las obras anteriores. Estaba muy seria.

Al caer el telón y ovacionar por enésima vez a los actores de la compañía, nos despedimos de ellos. Prometieron volver cuando montaran obras nuevas. Paz no se despidió de ellos.

Mi extrañeza no duró mucho tiempo, porque al quedarnos solos, Paz me dijo que se marchaba con la compañía.

—Rafael me ha ofrecido que me vaya con ellos. Queda un puesto libre de tramoyista y he aceptado. Salimos mañana —No se atrevió a mirarme a los ojos mientras hablaba.

No contesté. Me quedé pensativo mientras la veía marcharse. Me preguntaba si la vería otra vez, o si al menos el amor que sentía por mí la haría recapacitar y volver a mi lado. Entonces comprendí que no tenía sentido que me enredase con cábalas que yo no podría responder porque las estrellas habían cumplido una vez más su cometido y el deseo que les pedí, se había hecho realidad, aunque tan lejos de mis intenciones.



MARTE VS LA TIERRA



PRIMERA PARTE

“MARTE”

La atmósfera en la tienda de campaña apenas admitía la presencia de vida humana. El calor se sobrellevaba con esfuerzo, pero el aire que se respiraba estaba tan vacío de vapor de agua que resecaba hasta agrietar las bocas de los soldados. Una barrera de hormigón coronada por una madeja de alambres espinoso definía los lindes del campamento. Éste constaba de una sola tienda de campaña que albergaba a los veinte soldados españoles destinados en aquel minúsculo asentamiento humano perdido en el estrés del desierto. El grueso del contingente nacional, realizaba sus tareas de reconstrucción a sólo treinta kilómetros al noroeste de aquel infierno. Afuera se escuchaba el insistente rumor de unas plañideras que recordaban la quinta muerte de uno de los suyos en esa misma semana. Un soldado trataba de alejar con ternura a las dos quejumbrosas mujeres mientras su compañero de vigilancia no perdía detalle de los alrededores. Intermitentemente surgían arroyuelos de gente entre los escombros de las casas bombardeadas y se agolpaban ante la garita de vigilancia implorando agua y comida.

Dentro de la tienda de campaña se encontraban los soldados que se habían librado de la ronda con jeep y de la guardia, contabilizando un total de trece. Diez de ellos se amontonaban en el centro de la tienda, sin más ropa que unas sudadas camisetas de tirantes y eternos pantalones guerreros, entreteniéndose en una infinita partida de cartas que disputaban con una ajada baraja española. Otro par de muchachos con un ojo en la partida y otro en lo que se traían entre manos, simulaban leer novela barata encaramados a la altura de sus literas. Por último, a unos metros de la humanidad, un soldado taciturno trataba de dormir desesperado por los sonidos de tauría.

En el exterior, al fin el joven guardia consiguió que las plañideras alejaran su llanto a unos metros de distancia. A pesar de no tratarse de una actividad fácil para alguien tan inexperto como él, el guardia bromeó con el compañero para quitar hierro al asunto. Sin embargo, un grupo henchido de bisoñez sustituyó con presteza a las plañideras en el merodeo por la entrada del campamento. Hablaban entre ellos y de vez en cuando alguien hacía señas a los guardias a través de las cuales pedía algo de ropa o comida. Los víveres aún no habían llegado a la base, y los guardias intentaban hacérselo saber al solícito grupo por medio de gestos. Éstos no parecían comprender y continuaron con la insistencia acercándose cada vez más a la garita. Entonces, uno de ellos se adelantó y se dirigió a los dos soldados y, ante el estupor de éstos, dejó entrever bajo la túnica unos

explosivos que llevaba adheridos y que antes de provocar reacción alguna, los hizo detonar.

La explosión provocó una inmensa polvareda, haciendo estallar la barrera de la base y derribando la tienda de campaña. Los restos de los vigías de la garita quedaron dispersados por los alrededores junto con los del kamikaze. Muchos de los soldados del interior de la tienda también perecieron al instante al ser alcanzados por la onda expansiva. Al otro lado de la barrera, cinco cuerpos inertes rodeados de heridos magnificaban la tragedia de su compatriota suicida.

En el interior de lo que quedaba de tienda de campaña, los cadáveres se alternaban entre los heridos. Los que se habían llevado la mejor parte eran los dos lectores y el dormilón, cuyos compañeros caídos les habían salvado la vida parapetando la explosión. Los lectores, con arma en mano, escondían con dificultad los heridos tras las literas derribadas para allí esperar ayuda. Por el contrario, el dormilón, semisepultado por el doble lecho aguardaba agazapado y armado también, un probable segundo ataque.

Los lectores continuaban con dificultad la tarea de recoger heridos. Estaban tan aterrorizados que no sabían siquiera si la sangre que goteaba por sus brazos y caras era la suya o si por el contrario pertenecía a otros compañeros menos afortunados. El ruido ambiental también era desconcertante, los gritos quejumbrosos de los soldados se veían enmascarados por una especie de alaridos de guerra que

provenían del exterior de la base. De repente, una pareja de hombres armados irrumpió en el caos de la tienda. Antes de que los lectores lo advirtieran, un disparo certero del dormilón ya había derribado a uno de ellos. El otro intruso buscó desesperadamente una trinchera entre los cadáveres, pero una temblorosa ráfaga proveniente de la posición de los lectores lo derribó. Éstos vocearon con contenida alegría hacia el rincón desde donde salió el primer disparo, dichosos por haber descubierto a otro compañero vivo. No obtuvieron respuesta de ningún tipo.

El dormilón se ocultaba más y más en su refugio pero sin despegar el ojo de la mira telescópica. Aterrorizado, un vaivén de aire caliente le paralizó los miembros. Dirigió su atención hacia el diminuto vórtice y atisbó un roto en la parte trasera de la tienda de campaña custodiado por una calma desconcertante. En el otro extremo de la tienda, se preparaba la acometida definitiva. Tragó saliva y extrajo un mechero de un bolsillo. Al vislumbrarse al primer atacante entre la claridad exterior, el dormilón arrojó el mechero con decisión hacia el lugar donde aguardaban temblorosos los lectores. Cuando concluyó la lluvia de balas el dormilón ya había desaparecido.



Rafa Manjón

(2 de Diciembre de 1980 - 9 de Agosto de 2007)

Just believe and you can't go wrong. (In the light, Led Zeppelin)

Diciembre, buen mes para nacer. Sagitario con las ideas claras, noble y sincero.

Cada persona que ha compartido contigo algún momento, como quien suscribe estas palabras, se sentiría orgullosa de compartirlos con quienes se adentren en las páginas de este libro. Me permito la licencia de esbozar al lector tu figura, para que sea cómplice de tu bagaje en la lectura.

"Sitting round singing songs 'til the night turns into day"
(The Ocean, Led Zeppelin)

Creciste en Cabra, estudiaste en los Colegios Públicos Juan Valera y Ntra. Sra. de la Sierra. Desde que te conocí, una de tus grandes pasiones siempre fue la música. Ya desde el instituto (*Aguilar y Eslava*) donde todos coincidimos, era habitual poder verte con una camiseta de alguno de tus grupos de música favoritos: *Led Zeppelin*, *Helloween*, *Iron Maiden*, *Blind Guardian* o esa camiseta tan característica de los *Rolling Stones* que solías llevar. Recuerdo el día, en verano, en el cual propusisteis varios nombres para el futuro grupo de música que ibais a formar; entre los nombres candidatos algunos extraños (o todos, si no recuerdo mal)

de las obras de Tolkien que tanto admirabas, *Elendil* fue el ganador, que significa "el que ama las estrellas". Y el primer single, *Lágrimas calle abajo*, que seguro muchos guardan en su memoria (y la cinta en algún cajón). Siempre presente tu afición no sólo por la música, sino por la guitarra, pasabas horas en tu habitación practicando.

Llegan los años universitarios en Córdoba, donde te licenciaste en Ciencias Ambientales, me vienen momentos como tu viaje a Galicia a limpiar "chapapote", épocas de conciertos (en Granada, por ejemplo, y en otros muchos lugares, donde la música te llevaba), conversaciones con los amigos, disfrutar del buen tiempo en una terraza de verano... Y de un buen libro. Por ejemplo. O una buena película.

"...pero segura estoy de a dónde viajo..." (extraído del poema *Certidumbre*, de Emily Dickinson)

Llegaba el tiempo de la escritura. Esa pasión, que quien tiene el honor de redactar estas líneas, pudo compartir contigo, en numerosas charlas e intercambios de opiniones, maravillosos e intensos textos los que me dejaste descubrir. Recuerdo tus poemas, tus lecturas (Emily Dickinson, Auster, Herman Hesse, Juan Gelmán, los eternos clásicos, etc...), nada caía en vano en tus manos. Te dejabas aconsejar y aconsejabas, ávido de conocimientos. Una anécdota: te regalé dos veces *El guardián entre el centeno* (recuerdo cómo nos reímos cuando abriste el paquete).

Como bien sabemos los que te conocimos: hombre de letras y de ciencias. El mundo de la cultura siempre ha estado presente en tu vida, participabas activamente en revistas (*Saigón*, *La Opinión* de Cabra...) con interesantes artículos, llenos de ideas frescas; recitales de poesía; foros de música....

Y tu afición a la literatura, que atestiguan las páginas de estos libros, se vio también recompensada con algunos premios literarios.



La breve eternidad de Morfeo

Tras los años de formación universitaria, seguiste ampliando tus conocimientos y entraste en el mundo laboral: empresa "Aborgasa" de Dos Hermanas (Sevilla) y posteriormente en la Empresa Pública Desarrollo Agrario y Pesquero, de Córdoba

No se me olvida el fútbol. Fiel seguidor del Sevilla FC, que tantos momentos emotivos te dio. Las paredes de tu cuarto compartían espacio con los posters del Sevilla, los de tus grupos de música favoritos y las fotos de tus seres queridos y amigos cercanos. Fotos donde aparecemos haciendo carrozas en verano, en algún perol o seguro de algún partido de fútbol. Cada vez que podías acudir al campo, al Sánchez Pizjuán, para ver un partido, sufriendo y luchando con tu equipo. Y sobre todo, compartiendo tu alegría. La que regalaste a cada segundo a tu familia, a Raquel y a tus amigos.

Podría continuar esbozando tu personalidad, pero quiero cerrar esta breve reseña biográfica con unos versos tuyos:

*"Aunque el mundo acelere su girar
no faltarán nunca los poetas..."*

Como tú. Hombre comprometido y sincero.

Luci Romero

Una amiga y una lectora

Valencia, 20 de Abril de 2010



It is the duty of the physician to maintain the highest standards of his profession, and to do so in a manner which is consistent with the principles of the medical ethics. The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics. The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics.

The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics. The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics. The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics. The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics. The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics.

The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics. The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics. The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics. The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics. The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics.

The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics. The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics. The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics. The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics. The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics.

The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics. The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics. The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics. The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics. The physician should be a member of the American Medical Association, and should adhere to its code of ethics.

La presente edición del libro
La breve eternidad de Morfeo
se acabó de imprimir en los talleres CEAG, S.L.
(Compañía Egabrense de Artes Gráficas)
el 5 de septiembre.

CABRA 2010



Btca. Cabra Central

Sig.: N MAN bre

Tít.: La breve eternidad de Morfeo

Aut.: Manjón-Cabeza Guzmán, Rafael

Cód.: 1003945392 R.53093 FL





AYUNTAMIENTO DE CABRA
DELEGACIÓN DE CULTURA